

HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón®

Volver a ti

Carole Mortimer

285Ptas

Volver a ti
Carole Mortimer

Volver a ti (1994)
En Harmex: La noche anterior (Colección Julia)
Título Original: Mother of the bride (1992)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 657
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Zack Neilson y Helen Palmer

Argumento:

Helen no deseaba para su única hija un matrimonio desastroso como el que ella había hecho. Así que, cuando Emily anunció su compromiso, a Helen le dio un vuelco el corazón. Que el novio fuera el hijo de Zack Neilson le provocó una mayor consternación. Ese hombre le causo un enorme sufrimiento en el pasado, y siempre deseó erradicarlo de cuajo de su vida.

Entonces, ¿cómo iba a soportar verlo de nuevo?

Capítulo 1

Aquella mañana, Helen leyó un anuncio en el periódico que la inquietó mucho: *Gregory, hijo del señor Zack Neilson, de Knightsbridge, Londres, y Emily, hija de la señora Helen Palmer, de Londres, tienen la alegría de anunciar su compromiso matrimonial.*

Helen estuvo a punto de ahogarse con el zumo de naranja cuando vio el anuncio en el *Times*. ¿Emily y Greg? ¿Qué demonios pasaba?, se preguntó intrigada.

—¿Qué sucede, Helen? —el hombre que se encontraba sentado al otro lado de la mesa frunció el ceño, interrogándola.

Ella dobló el periódico inmediatamente para que su padre no leyera lo que la había inquietado. Limpió el zumo de naranja que había derramado con la servilleta blanca que le cubría las rodillas y le sonrió a su padre para tranquilizarlo.

—Me he atragantado con el zumo —explicó Helen en tono ligero.

Su padre estaba enfermo del corazón y no quería inquietarlo con lo que debía ser una broma organizada por una de las amigas de Emily con ocasión de su cumpleaños. Sin embargo, a su anciano padre tampoco le parecería graciosa la noticia.

—A veces eres muy torpe —el viejo se levantó para coger un trapo.

Helen se irritó al oír ese reproche.

—Es sólo zumo y no manchará el mantel —replicó cortante; aunque se arrepintió de inmediato, cuando su padre la miró con un dolido reproche en los ojos, ante el malhumor tan poco habitual en ella.

Pero el anuncio del periódico la había perturbado, tenía que admitirlo, a pesar de que lo consideraba una tontería.

—Lo siento —suspiró Helen, poniéndose de pie—. Debo irme; hoy se van a celebrar tres bodas y necesito supervisar los arreglos florales —sin embargo, antes de irse, empezó a quitar la mesa con movimientos apresurados.

—Deja eso —la regañó su padre—. Yo lo haré cuando te hayas ido.

Helen le sonrió afectuosa al oír ese ofrecimiento, dejando la tarea y sintiéndose culpable por su exabrupto.

—No olvides que hoy vamos a cenar con Emily —le recordó Helen a su padre, poniéndose la chaqueta de su traje negro. La blusa azul que vestía combinaba con sus ojos.

El anciano se ofendió por la insinuación de que estaba perdiendo la memoria, porque odiaba tener que admitir que había cumplido setenta y ocho años.

—¡Como si fuera fácil olvidar que mi nieta cumple dieciocho años! —comentó molesto.

Como si alguno de ellos *pudiera* olvidarlo, sonrió Helen para sí.

Al día siguiente, Emily daría una fiesta en un hotel de la localidad para todos sus amigos, y esa noche cenarían en familia. De esa forma el abuelo y ella celebrarían el cumpleaños sin necesidad de ir a una juvenil y ruidosa fiesta.

Helen se detuvo para estudiar su reflejo en el espejo que se encontraba en el vestíbulo, camino de la puerta principal. No lo hacía por vanidad, sino porque había adquirido la costumbre de revisar su aspecto antes de salir hacia la floristería que dirigía en el centro de la ciudad.

Su pelo negro, corto, no mostraba ninguna señal de encanecer, sus grandes ojos estaban rodeados por largas pestañas; su pequeña nariz, un poco respingona, aumentaba su aire juvenil, y su tez parecía de terciopelo. Había sufrido muchas decepciones en su vida, sin embargo, ninguna había dejado huellas en su rostro.

A Helen ni siquiera se le ocurrió pensar que no representaba tener la edad suficiente para ser la madre de una chica de dieciocho años. De hecho, cuando dio a luz a su hermosa hija era más joven que Emily en ese momento. A sus treinta y cinco años, la hubieran confundido con la hermana mayor de su hija.

—Hasta la tarde —gritó Helen a su padre cuando terminó de mirarse en el espejo. Se dirigió hacia la puerta, pensando en los ramos de flores que estaban en exhibición y los arreglos que debía preparar para las bodas que se iban a celebrar ese día. Por suerte, las ceremonias se efectuarían por la tarde, de otra manera hubiera tenido que presentarse en la tienda a las seis en vez de a las ocho y media de la mañana.

Al abrir la puerta del coche, Helen se dio cuenta de que llevaba el periódico doblado bajo el brazo.

Un acto del subconsciente, pensó, aliviada, pero gracias a Dios no lo había dejado en su casa, donde su padre lo hubiera encontrado y leído.

Esperó hasta sentarse detrás del volante para volver a leer el anuncio del compromiso.

No se había equivocado, suspiró, mientras lo leía de nuevo. Se trataba de Emily y Greg. Y Greg significaba Zack. Helen se preguntó

si él ya habría visto el anuncio, ya que recibía el *Times* por las mañanas.

Fuera una broma o no, ese error se tendría que rectificar tan pronto como fuera posible, meditó Helen, esperanzada.

Decidió llamar por teléfono a Emily en cuanto llegara a la tienda, para pedirle explicaciones de lo que estaba pasando. Sin duda, su alegre hija juzgaría muy divertido ese asunto. Y, quizá, si se hubiera tratado de alguien distinto a Greg Neilson, incluso a Helen le habría parecido gracioso.

La ayudante de Helen, Sonia, y las dos chicas que por lo general la ayudaban los sábados, ya la esperaban en la puerta de la tienda cuando ella aparcó su coche en la calle de enfrente, justo a las ocho y media. Bajo del vehículo llevándose el periódico. Gracias a Dios, a ninguna de las tres chicas le interesaba leer el periódico, aunque comprendió que tendría que dar algunas explicaciones a sus amigos, pues pensarían que el anuncio era cierto y que debieron informarlos antes.

Como sucedía a veces, el teléfono sonó en el momento en que Helen abría la puerta para que todas pasaran. Las dos jóvenes ayudantes sacaron las cestas llenas de flores, las colocaron en la acera y, a las nueve en punto, la tienda estaba lista para ser abierta. Sonia se dirigió a la trastienda y empezó a hacer ramos, utilizando las flores de las cajas que acaban de recibir.

Helen abrió el libro de pedidos que siempre colocaban al lado del teléfono y cogió un bolígrafo antes de levantar el auricular. Supuso que se trataría de un pobre hombre que había olvidado el cumpleaños de su esposa o su aniversario de boda y deseaba saber si ya era demasiado tarde para que entregaran un ramo de rosas ese día. Esas llamadas telefónicas, a primera hora de la mañana, casi siempre provenían de esa clase de clientes. Helen sentía lástima por ellos.

—Floristería Palmer, ¿en qué puedo ayudarle? —sonrió al contestar. Sonia entregaría el pedido más tarde y la esposa en cuestión jamás se enteraría de la angustiosa llamada de su marido a la floristería.

—Helen —afirmó una voz por el auricular.

Ella sólo oyó eso. Pero fue más que suficiente.

Apretó con fuerza el auricular; después, replicó con calma:

—Sí, Zack.

—¿Has leído el periódico? —hablaba procurando utilizar pocas palabras. Las justas para comunicarse y ser entendido.

Helen pensó entonces que los dos podían participar en el mismo juego y contestó:

—Sí —con igual brevedad de palabras.

—Creo que debemos hablar —Zack no rogaba, sino que daba una orden.

Recordó que ese hombre siempre había sido así: ordenaba y todos le obedecían.

Helen se tensó por el resentimiento que sentía, y dijo:

—No merece la pena que nos...

—Nuestros hijos han pensado que era conveniente anunciar su compromiso matrimonial —agregó Zack, interrumpiéndola—, a menos que tú hayas tenido esa idea —parecía que se le había ocurrido esa posibilidad en ese momento.

—Desde luego que no —se indignó Helen.

—Eso pensé —repuso—. En tal caso, el anuncio nos proporciona una razón más que suficiente para que hablemos.

Helen se sonrojó, apenada por esa reprimenda. Era ridículo. Se trataba de una broma, nada más, así que no debía sentirse culpable por negarse a discutir el asunto con ese hombre. Con seguridad, así deseaba él que ella se sintiera.

—Tómalo como una broma, Zack —le pidió Helen, impaciente. «Que nos involucra a todos nosotros», agregó para sí. Quienquiera que hubiera hecho eso, no se daba cuenta del problema que estaba causando.

—¿Qué te hace pensar que es una broma? —preguntó Zack, cortante.

Helen se turbó, y luego respondió con burla:

—Supongo que tengo una relación lo bastante buena con Emily como para que me hubiera confiado sus planes —afirmó.

—¿Ah, sí? —replicó Zack con suavidad.

—Espera un momento —le advirtió, conteniendo una exclamación irritada.

—Iré a verte a la tienda esta tarde a las cuarto —le informó.

Zack siempre había tenido ese problema; actuaba con demasiada rapidez, a juicio de ella y de otras personas.

—Yo no... —replicó Helen.

—Ya hablaremos —sentenció Zack, descartando esa objeción.

—No tengo tiempo para verte hoy —terminó ella con decisión, y luego se dio cuenta de que quizá parecía demasiado agresiva, al no escuchar una respuesta al otro lado de la línea. ¡Maldición!, ni siquiera la dejaba acabar lo que tenía que decirle.

Respiró hondo para controlarse—. Es sábado, Zack —le recordó, sin alterarse—.

Tengo tres bodas hoy…

—Y nuestros hijos acaban de anunciar la cuarta —ironizó, provocándola—. Eso es más importante que cualquier cosa que tengamos que hacer hoy —le insinuaba que, como cirujano, él tenía más ocupaciones urgentes en comparación con ella—. Te veré en la tienda a las cuatro —repitió con resolución, antes de colgar el auricular.

Helen temblaba. No sabía si por la rabia que sentía o por el impacto que le había producido hablar con él. Al fin pudo colgar el teléfono.

De algo estaba segura: Zack se presentaría allí a las cuatro de la tarde, como había anunciado. Era un hombre que siempre cumplía su palabra, no importaba lo desagradable que resultara la tarea; Helen no creía que Zack estuviera más ansioso que ella por pasar un rato juntos charlando, sino todo lo contrario.

Sonia entró en la pequeña habitación que llamaban en broma «la oficina», y la preocupada expresión de la joven le indicó a Helen que buscaba el libro de pedidos.

Pero su gesto se transformó en angustia al notar la palidez de su jefa.

—¿Estás bien? —inquirió, solicita.

No, desde luego que no estaba bien. Hablar con Zack la había puesto nerviosa.

—Muy bien —contestó temblorosa, deseando parecer más convincente—.

Sólo… sólo voy a hablar por teléfono y estaré contigo en unos segundos.

A Sonia, una rubia despampanante, de aproximadamente veinticinco años, no la engañó ni por un momento el intento de Helen por sonreír. Pero durante los dos años que llevaban trabajando juntas habían aprendido a respetar mutuamente su intimidad. Así que, después de mirarla otra vez, Sonia desapareció con la lista de pedidos de ese día.

Helen levantó el auricular con rapidez y marcó el número de Emily, consciente de que el tiempo continuaba su marcha, y de que todavía tenía que atender las tres bodas de esa tarde.

El teléfono sonó al otro lado de la línea y, cuando una voz somnolienta al fin contestó, Helen supo de inmediato que no se trataba de su hija. Tuvo que volver a esperar mientras la amiga de

Emily, una de las tres con quienes compartía el apartamento, iba a buscarla. Regresó unos minutos después para informarle a Helen que Emily no estaba en su dormitorio y que debía de haber ido a la biblioteca para estudiar.

Helen pensó que lo más probable era que Emily hubiera ido a una fiesta de la que aún no había regresado. Sabía que la biblioteca ni siquiera estaba abierta todavía.

Emily estudiaba Literatura Inglesa en la universidad, pero como no le costaba ningún esfuerzo obtener calificaciones brillantes, llevaba una vida social bastante activa. ¡Sólo Dios sabía cómo iba a ser la fiesta del día siguiente!

Helen agradeció a la chica su atención y colgó. Trataría de localizar a Emily más tarde, durante el día. De cualquier modo, conociendo a su hija, supuso que Emily se preguntaría por qué todos se preocupaban tanto por una broma, y no mostraría compasión por la inquietud que sentía Helen por tener que ver a Zack. A Emily siempre le había parecido encantador. No había tenido con él las mismas experiencias que Helen.

La mañana transcurrió con rapidez, mientras Helen y Sonia preparaban las flores para esa tarde. Sonia se llevaría la camioneta para entregar los ramos en las iglesias designadas, y Helen dejaría los adornos para las solapas de los testigos y los ramilletes para las damas de honor en las casas de las novias. Después de semanas de deliberar acerca del color y el arreglo de cada ramo, a Helen le parecía injusto para la nerviosa novia que el día de la boda una completa desconocida se presentara con las flores.

Esa tarde de junio, Helen vio a una joven que había llegado a la conclusión de que «si las cosas no salen bien, existe la posibilidad del divorcio»; una segunda novia se mostraba serena gracias a la media botella de jerez que había compartido con su madre esa mañana; y la tercera novia no podía dejar de llorar porque estaba segura de que cometía un error al casarse y ya era demasiado tarde para rectificarlo.

Cuando Helen llegó a la tienda, cinco minutos antes de las cuatro, también sintió ganas de llorar. No había sido un día fácil, y la llegada de Zack, cinco minutos más tarde, no solucionaría los problemas. Era esperar demasiado que durante su ausencia él hubiera telefoneado a la floristería para cancelar la cita.

—¿Ha habido alguna llamada? —preguntó, esperanzada, mirando a Sonia.

Puso la tetera, para prepararse una taza de té que necesitaba con

urgencia; en las casas de las novias, por lo general, solía haber tal jaleo que a nadie se le ocurría ofrecerle una bebida a la pobre florista.

—De negocios únicamente —Sonia se encogió de hombros—. Y de algunos de tus amigos que han dicho que te llamarán a tu casa este fin de semana —la chica no se dio cuenta de la expresión de angustia de Helen.

Helen sabía por qué la habían llamado sus amigos y sabía también que tendría que darles muchas explicaciones durante el fin de semana.

—Ninguna de las novias ha decidido cancelar la boda, ¿verdad? —continuó Sonia con sequedad. Había sucedido en varias ocasiones, con el resultado de que debían volver a iniciarse los preparativos unas semanas más tarde, cuando la novia había superado sus ataques de nervios y se convencía de que su prometido no era el monstruo que imaginaba.

—No, son chicas valientes y arriesgadas —contestó, distraída, consultando su reloj; faltaban tres minutos para las cuatro. Tenía tiempo de volver a llamar a Emily.

Esperaba que la amiga de Emily le hubiera dado el recado a su hija, y si lo había hecho, Emily debía de estar demasiado cansada, puesto que no se había molestado en llamarla todavía.

Quizá pensó que quería felicitarla por su cumpleaños y decidió que sus buenos deseos podían esperar hasta la noche. Emily jamás había respetado los convencionalismos sociales.

Nadie contestó en el apartamento y, si Emily estaba dormida, Helen sabía que perdería el tiempo tratando de despertarla, ya que su hija tenía el sueño muy profundo.

Helen aceptó agradecida la taza de té que Sonia le ofreció y corrió hacia su oficina para arreglarse un poco antes de que Zack llegara. Sabía que él era muy puntual.

A las cuatro en punto la puerta de la tienda se abrió y Helen empezó a temblar.

Intentó llegar a la tienda, pero oyó la voz de Zack al aproximarse, poniéndose más tensa ante la inminencia de volver a verlo. Sólo que no se sentía preparada para enfrentarse a él en ese momento.

Lo observó sin que él la viera, desde su oficina, durante varios segundos.

Parecía que el tiempo no había pasado por Zack desde la última vez que se vieron. El cabello oscuro se mezclaba con las canas en las

sienes; los ojos castaños estaban rodeados por largas pestañas; la nariz era recta, y la boca, de labios gruesos, revelaba una sensualidad que contrarrestaba la mandíbula cuadrada y dominante.

Zack vestía de una manera informal, pues probablemente no había ido al hospital. La camisa de manga corta debía de ser de seda, el pantalón negro se amoldaba a sus caderas y los zapatos estaban brillantes.

Era alto y delgado; los músculos de su espalda se acentuaban cuando caminaba.

Definitivamente, Zack era un hombre atractivo y excitante.

De hecho, las dos vendedoras que ayudaban en la tienda los sábados estaban impresionadas con su presencia y no dejaban de observarlo, sin darse cuenta de que, a los treinta y nueve años, Zack podía ser su padre.

Hasta Sonia, una mujer mucho más liberal en cuanto al sexo se refería, lo contempló absorta, notó Helen.

—Me llamo Zack Neilson —le informó a Sonia en ese momento, con una voz profunda y ronca, y no tan fría como cuando habló con Helen por la mañana—. He venido a ver a...

—Señor Neilson —lo saludó Helen con voz tranquila, avanzando con gracia natural, para enfrentarse a la mirada burlona de Zack.

—¿Neilson? —repitió Sonia con suavidad y al mirar al recién llegado, se le iluminó la cara al comprender lo que ese apellido significaba—. Usted debe de ser...

—El dueño —la interrumpió Helen bruscamente—. Zack, ¿te importaría pasar a mi oficina? —mantuvo la puerta de ésta abierta con toda intención.

Él asintió con la cabeza y los ojos oscuros se burlaron de su anfitriona al percibir que la tenía a su merced.

Helen entró primero en la habitación contigua. Zack permaneció callado en su sitio hasta que ella empezó a impacientarse.

Helen sintió la mirada de él todo el tiempo. La distancia entre la tienda y su pequeña oficina le pareció kilométrica de repente.

—El dueño, sí —repitió Zack a espaldas de la florista mientras ella cerraba la puerta con un movimiento firme—. ¡Pero también su marido, señora Neilson!

Capítulo 2

EL rubor tiñó las mejillas de Helen.

—Eso es una simple formalidad —replicó, enfadada—, y tú lo sabes.

—Formalidad o no… —se encogió de hombros Zack, sin preocuparse lo más mínimo—… es un hecho real: somos marido y mujer.

—No será por mucho tiempo —sentenció Helen—. Dentro de dos meses podré pedir el divorcio porque ya llevamos separados dos años.

—¡Hasta cuentas los días! —se burló Zack, sonriente.

¡Y las horas y los minutos!, pensó Helen. No sabía por qué ese hombre la hacía ponerse a la defensiva cada vez que pensaba en el divorcio; su matrimonio fue un error desde el principio, una unión de conveniencia que ni siquiera eligieron ellos.

Por tal razón, Helen hubiera preferido que se nombrara a cualquier otro chico en vez de a Greg Neilson en ese anuncio que se había publicado en el periódico.

Aunque los responsables de esa broma no debieron pensar que originarían un grave lío con esa tontería, ya que sólo habían vivido como una familia durante unos meses y la mayoría de los amigos de Greg y Emily ni siquiera sabían que ellos eran «hermanastros».

Helen sospechaba que Emily y Greg se veían habitualmente porque resultaba inevitable, puesto que ambos asistían a la misma universidad. Y seguramente, esa amistad incitó a algún compañero de clase a gastarles una broma.

Con cualquier otro joven, excepto con Greg, hasta Helen se hubiera reído.

Ella se sentó ante su pequeño escritorio, que era todo lo que cabía en esa habitación, sintiéndose más confiada ahora que asumía el papel de mujer de negocios.

—Estoy segura de que vienes a discutir los términos de nuestro divorcio —expresó en tono suave.

—¿En serio? —Zack mantuvo la voz tranquila, y se acomodó en la silla situada frente a su anfitriona. Tuvo que encogerse para sentirse bien en el pequeño asiento.

Era una situación bastante ridícula.

—Zack… —suspiró Helen.

—Se trata de Emily y Greg —la interrumpió Zack con dureza—. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

—¿Hacer con ellos? —repitió Helen con voz insegura—. No haremos nada —

sacudió la cabeza, con burla—. Sus amigos les han gastado una broma porque hoy es el cumpleaños de Emily.

—No he olvidado que mi hijastra cumple hoy dieciocho años —afirmó él, cortante.

—¡Emily no es tu hijastra! —la ira la hizo sonrojarse.

El apretó los dientes.

—Oh, sí lo es, Helen. Y siempre lo será. Te guste o no —la retó, con energía—.

Consigas ese divorcio o no.

—¡Claro que conseguiré el divorcio! De eso no te quepa la menor duda.

—¿Por qué te empeñas en lograrlo? —Zack la observó, entrecerrando los párpados. Sus ojos ya no eran castaños, sino casi negros.

Helen abrió mucho los ojos sorprendida.

—¿Por qué? —repitió—. Pero... —movió la cabeza, descartando ese asunto—.

Nos estamos apartando del objeto de tu visita.

—¿Ah, sí? —Zack cruzó una pierna sobre la otra, completamente relajado, demostrando una tranquilidad que desconcertaba a Helen.

—Zack, he tenido un día muy ocupado —y su cabeza amenazaba con estallar.

Ese hombre siempre lograba encogerle el estómago con su mera presencia.

—Entiendo —concedió con parquedad—. ¡Qué Dios no permita que interrumpa tu trabajo con algo tan trivial como el compromiso matrimonial de nuestros hijos!

¡Zack estaba tratando de hacerla sentirse culpable!

—Ya te he dicho que se trata de una tontería —se impacientó Helen—. De una broma nada graciosa.

—Pareces estar convencida de ello, pero no entiendo cómo puedes estar tan segura —Zack sacudió la cabeza—. ¿O ya has hablado con Emily? —entrecerró los ojos.

—Pues, no, pero... —Helen frunció el ceño—. La he llamado a su apartamento un par de veces —agregó a la defensiva—. Sólo que no estaba.

Zack asintió despacio.

—Yo tampoco he podido hablar con Greg —aclaró Zack.

—Cuando la vea esta noche, nos reiremos de todo esto —

comentó Helen, aunque adivinaba que a su padre no le parecería divertido ese asunto; Zack nunca le agradó y Greg era su hijo.

—Ojalá —se burló Zack—. ¿No sería una manera muy alegre de empezar la cena? —ironizó.

De repente, Helen se quedó inmóvil, contemplándolo, mientras pensaba en una terrible posibilidad.

—¿Emily os ha invitado a Greg y a ti la cena de esta noche? —ya sabía la respuesta, pues se reflejó en la cara de Zack.

—Sí, ella... ¿y no te dijo que lo había hecho? La muy pillina —exclamó Zack, quien enseguida se dio cuenta de la expresión angustiada de Helen.

Con toda intención, concluyó Helen mentalmente. Emily sabía que, aunque ella siempre se había llevado bien con Greg, no permitiría que Zack estuviera en la cena.

Y adivinaba lo que había hecho su hija: había invitado a Zack y a Greg y luego había llamado a su restaurante favorito de comida china para cambiar la reserva, aumentando el número de comensales de tres a cinco, sin decirle a ella ni media palabra.

El problema era que Emily había adorado a Zack desde el principio. Ella no había conocido a su verdadero padre, ya que murió cuando todavía era una niña; le resultó fácil a los quince años, cuando Zack y Helen se casaron, reemplazar la figura paterna.

A Helen se le ocurrió, demasiado tarde, que Emily querría que Zack los acompañara a cenar en familia para celebrar su cumpleaños.

Zack observó la emoción que delataba la palidez de la cara de Helen con los ojos entrecerrados.

—Como con Emily, por lo menos dos veces al mes —informó él con voz suave—, y me visita con frecuencia; descansa en su dormitorio, se acuesta o escucha música.

—¡Su dormitorio está en mi casa! —replicó Helen, tensa, irritada por lo que Zack le contaba. Cada palabra suya se le hundía en el corazón como un puñal—. Y sabías muy bien que no me gustaría que estuvieras en la cena de esta noche; pudiste...

—¿Que no te gustaría? —repitió Zack con voz suave, mirándola con conmiseración—. No creo que las celebraciones del cumpleaños de Emily deban limitarse a lo que a ti te gusta. Cuando nos casamos, no contábamos sólo tú y yo; también teníamos hijos —le recordó él con frialdad—. Y mi relación con Emily sobrevivió a nuestra separación y pienso conservarla —le aclaró con un tono de voz que no daba pie a mayores discusiones.

Helen intuyó que él le reprochaba no haber mantenido la relación que ella había tenido con Greg en otro tiempo. Le caía bien su hijastro y lamentó no poder seguir con esa amistad. Pero por aquel entonces pensó que una ruptura total era lo más conveniente.

No tenía idea de que su hija hubiera mantenido una amistad íntima con Zack; siempre creyó que Emily y ella estaban muy unidas y que, por lo tanto, le contaba todo. ¡Dios!, recapacitó, ahora no le agradaba que Zack se hubiera mostrado tan sarcástico cuando ella presumió de que contaba con la confianza de su hija; en realidad, él siempre supo la verdad.

Le dolía, y mucho, haberse equivocado en ese aspecto. Pero le dolía todavía más reconocer que ella misma creó esa situación por su reticencia a que se mencionara a Zack en su presencia. Como él había dicho, sus hijos formaron parte de ese matrimonio y tenían sentimientos que no podían demostrar o desechar al antojo de los adultos.

—¡Oh, Dios! —gimió Helen, tapándose la cara con las manos—. ¡Qué lío!

Se casó con Zack porque en aquel tiempo creyó que era lo acertado, por varias razones. ¡Y ahora tenía que pagar las consecuencias! Emily le había ocultado que visitaba a Zack de vez en cuando. Y probablemente lo había hecho con el único propósito de no herir a su madre.

—Helen, yo... ¡por el amor de Dios! —Zack maldijo cuando ella se estremeció ante el contacto de su mano sobre su hombro—. No tienes que demostrarme tu aversión de una manera tan obvia —gruño—. ¡Sólo trataba de consolarte!

No se dio cuenta de que él se había acercado hasta que sintió el calor de su mano a través de la blusa, y entonces reaccionó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Ahora Zack la miraba con esa mezcla de rechazo y frustración que formó parte de su matrimonio, y metió las manos en los bolsillos del pantalón para evitar tocarla de nuevo.

—Lo siento —dijo Helen, apartando la vista—. He... he tenido un día difícil.

Él continuó mirándola tenso durante varios minutos, luego se relajó un poco, torciendo la boca con un gesto irónico.

—Y yo no lo he hecho más fácil viniendo aquí.

Helen empezó a respirar con calma cuando él se alejó de nuevo.

—Has acertado —reconoció ella con aspereza—. Y, como parece que te voy a ver esta noche...

—También a Greg —la interrumpió Zack con suavidad, alzando las cejas con inocencia cuando ella lo fulminó con la mirada.

—A Greg también —admitió controlando la voz con dificultad y esperando que a Emily no se le hubiera ocurrido reunir a otros «invitados» que no conocía. Tendría que sentarse a hablar seriamente con su hija, sobre todo acerca de las repercusiones de ese ridículo anuncio del periódico, que la había desconcertado tanto —. Como los dos vais a cenar con nosotros esta noche, me parece que debemos aprovechar esa oportunidad para discutir el asunto del compromiso matrimonial —propuso Helen, deseando ponerle punto final a esa conversación. Ella, por lo general, era una mujer de carácter tranquilo, pero cuando Zack estaba cerca cambiaba totalmente.

—Y también investigar la rapidez con que puede imprimirse otro anuncio que informe que el compromiso no existe —insinuó Zack, adivinando lo que Helen todavía no había tenido oportunidad de expresar.

—Desde luego —asintió ella, mirándolo con frialdad.

—Desde luego —repitió Zack, dirigiéndose hacia la puerta—. Entonces, nos veremos más tarde —la desafió, deteniéndose con la mano en el picaporte—. Y, Helen, agradece que nadie haya aumentado esa confusión, anunciando que la hija de la señora H. Neilson se iba a casar con el hijo del señor Z. Neilson —después de decirle esa broma, se fue. La campana que pendía de la puerta de la tienda sonó segundos después, haciéndole saber que no se había quedado allí más de lo necesario.

¡Señora Neilson! ¡Pero si apenas tuvo la oportunidad de serlo! Después de la separación ni siquiera le resultó difícil volver a acostumbrarse a su apellido de soltera, Palmer.

Oyó una ligera llamada a la puerta antes de que Sonia la abriera.

—¿Todo va bien? —preguntó, asomando la cabeza.

La prueba de lo breve que había sido su matrimonio con Zack era que esa mujer, con quien trabajaba desde hacía dos años, no tenía ni idea de su existencia. Ya se habían separado cuando contrató a Sonia como ayudante y no hubo razón, desde ese entonces, para mencionar que había estado casada, técnicamente casada, con el dueño del local.

Pero al menos ese hecho le daba una excusa para explicar la presencia de Zack en la floristería.

—Ha venido a revisar las cuentas para proteger su inversión en este negocio —

explicó Helen a Sonia, encogiéndose de hombros.

Por desgracia, eso pareció alarmar a Sonia en lugar de tranquilizarla, quizá porque Zack no había ido a visitarlas en los últimos dos años.

—¿Hay problemas? —entró en la oficina y cerró la puerta tras de sí, invitándola a hacer confidencias, por si acaso Helen quería—. No hay problemas con el contrato de arrendamiento, ¿verdad?

Por una ironía del destino esa tienda había sido la causa de que ella se relacionara con la familia de Zack.

—No —contestó Helen, con expresión traviesa—. Creo que debemos cerrar por hoy —anunció, contenta.

Como era la primera vez que Helen sugería que cerraran temprano, Sonia la miró más que preocupada.

—Si alguien pregunta la razón de este cambio de horario —Helen torció la boca —, diles que hoy mi hija cumple dieciocho años.

Sonia dejó de fruncir el ceño.

—¡Oh, lo había olvidado! Necesitarás tiempo para arreglarte para salir esta noche —declaró, apresurándose para proceder a cerrar la tienda por el fin de semana.

La sonrisa de Helen desapareció y su depresión aumentó apenas se quedó sola.

Había esperado con placer esa cena desde hacía mucho tiempo, ya que era una celebración para festejar que su hija se convertía en adulta; pero ahora todo se había complicado.

Otra cosa que la deprimía bastante era el hecho de que llevaría su vestido negro, el de siempre. Llevaba usándolo más de cinco años y, aunque su línea clásica impedía que pasara de moda, se lo había puesto en varias ocasiones en compañía de Zack. Y lo último que deseaba era asistir a esa velada sintiéndose en desventaja.

¡Maldito hombre!

Helen miró el reloj y vio que apenas eran las cuatro y media de la tarde. ¡Dios santo!, le parecía que había pasado una eternidad desde que Zack estuvo allí. Así que le quedaba una hora antes de que cerraran la mayoría de las tiendas de ropa de la zona.

La sensación nada placentera de verse forzada a estar lo mejor posible esa noche, y la vanidad lucharon por aflorar en ella.

Venció la vanidad.

—Vendré a tiempo para cerrar—le aseguró Helen a Sonia, mientras salía de la tienda deprisa en dirección a su coche.

Helen era un poco más alta de lo normal, y esbelta, así que no

debía tener problemas para encontrar qué ponerse para una cena familiar.

No obstante, nada de lo que se probó en las dos primeras tiendas le gustó.

Como de costumbre, estaba convencida de que en cuanto viera el vestido adecuado, le agradaría de inmediato. Por desgracia, aún no lo había encontrado, motivo por el que conservaba su vestido negro desde hacía tanto tiempo. Y esa tarde, pensó desalentada que nada lograría transformarla en la mujer bella que pretendía ser.

«No seas ridícula», se regañó impaciente, mientras se ponía un vestido de punto, de color azul, alisándolo sobre sus caderas. ¿A quién trataba de impresionar?

Desde luego no a Zack; conocía la opinión que tenía de ella desde hacía varios años.

Y se sentía cansada, harta de todo ese asunto.

Sin embargo, Helen supo sin lugar a dudas que ése era el vestido de sus sueños.

Se miró en el espejo del probador y la asombró la transformación que había efectuado en ella ese vestido, el cual le quedaba justo por encima de la rodilla. No parecía un miembro de la realeza ni se sentía muy segura de sí misma o especialmente bella, pero ese vestido le daba un aire sensual.

Colgado de la percha, el vestido de punto no le había llamado la atención, pero la atrajo el color azul marino y la vendedora, al descubrir un brillo de interés en sus ojos, la animó a que se lo probara.

La falda corta mostraba sus largas y bien torneadas piernas, la tela cubría a Helen con suavidad, aunque no se pegaba a las líneas de su cuerpo. Las mangas le llegaban a las muñecas, el escote era subido y, sin embargo, había cierta sensualidad en la forma en que el traje se movía con ella. Hacía que su cabello pareciera casi negro y sus ojos resplandecieran.

—Me lo llevo —decidió Helen, antes de arrepentirse.

La vendedora suspiró aliviada y Helen no la culpó. Después de todo, eran casi las cinco y media de la tarde de un sábado.

Helen compró el vestido y hasta se dejó convencer de elegir unas medias que hicieran juego con el traje. Conducía su coche de regreso a la tienda, para cerrarla, cuando una inquietud la perturbó: nunca había comprado algo que la volviera sensual. Más bien proyectaba una imagen de ejecutiva eficiente, tal vez atractiva, pero no sensual.

Entonces Helen se dio cuenta de que tendría que ponerse el vestido negro de siempre, porque si no su padre y Emily se preguntarían la razón por la que había decidido comprar ese vestido azul, ¡y sólo Dios sabía lo que deduciría Zack!

Se pasó una mano por los ojos; gracias al cielo, esa decisión tormentosa había concluido.

—¡Caramba, Helen!, casi no te reconozco; ¡estás preciosa!

Helen se dio la vuelta. Se ruborizó al ver la mirada de admiración de Zack.

¡Ella llevaba puesto el vestido azul marino! Helen no lo planeó así. Unas horas antes había sacado su viejo vestido negro del armario y, después de bañarse y lavarse el pelo, fue a la cocina para plancharlo.

En esos momentos su padre entró en la cocina vestido con su mejor traje y el cabello gris peinado. Ella decidió confesarle que Zack y Greg iban a cenar con ellos esa noche. Lo último que deseaba era que a su padre le diera un colapso nervioso cuando entrara en el restaurante y viera llegar a los dos invitados. Y esa posibilidad existía, si no lo prevenía antes.

El anciano reaccionó negándose a ir a la cena, y expresó enérgicamente:

—Si ese hombre va, yo me quedo —y concluyó así la conversación.

Helen debió suponer que pasaría eso, pero a pesar de todo pensó que, aunque sólo fuera por Emily, su padre haría un esfuerzo y asistiría.

Sin embargo, ni los ruegos, ni los razonamientos ni el enfado lograron convencer a su padre de aceptar la invitación a cenar.

Helen no sabía con quién estar más disgustada, si con Zack por aceptar la invitación y originar esa situación, ya que había podido evitar ir a la cena sin herir los sentimientos de Emily para no causar divisiones en la familia, o con su padre por aumentar los problemas con su terquedad.

Al final, a Helen ya no le importó a quién debía culpar. Descartó el vestido negro al darse cuenta de lo tarde que era y del tiempo que había perdido tratando de convencer al anciano. No le daba tiempo a plancharlo. Se puso la prenda nueva con un gesto de desafío. Le parecía bastante desagradable tener que ofrecer disculpas por la ausencia de su padre y por llegar tarde.

La frustración que le hacía sentir esa velada impulsó a Helen a arreglarse con audacia, a hacerse un peinado bonito y a maquillarse

un poco más de que costumbre, alargando y engrosando sus pestañas con bastante rímel, aplicándose un poco de sombra azul en los párpados y brillo rojo en los labios para volverlos sensuales y gruesos.

Al encontrarse con Helen en el vestíbulo del restaurante, a Zack le pareció más alta y delgada, pues los tacones de sus zapatos incrementaban su estatura. Su cabello oscuro contrastaba con el tono azul marino del vestido. Era obvio, por la mirada especulativa del hombre, que la recorría con lentitud, que era muy consciente del cambio que se había efectuado en la mujer.

Zack le pareció a Helen tan atractivo como de costumbre, vestido con un traje oscuro y una camisa blanca que contrastaba con su piel bronceada. Él estaba de pie al lado de ella. Exudaba una gran virilidad.

Helen se preguntó cómo se permitió a sí misma casarse con un hombre como él.

¡Debió de estar loca!, pensó.

—Aunque tú siempre has sido guapa —agregó al darse cuenta de lo que había dicho al saludarla.

—No trates de arreglarlo, Zack —se burló Helen—. Los dos sabemos qué aspecto suelo tener durante el día —agregó con ironía.

Helen se movió hacia un lado y la luz produjo un brillo como de ébano en el pelo todavía húmedo de Zack. Ella sabía que se había bañado antes de presentarse a la cita en el restaurante y que se había afeitado por segunda vez en ese día. El hecho de conocer tan bien sus costumbres la desconcertó aún más.

—¿Por qué siempre tienes que infravalorarte de esa manera? —susurró Zack, tan cerca de ella que Helen pudo oler la loción que usaba para después del afeitado y que formaba ya parte de él. A veces captaba ese aroma en otros hombres, sin poder evitar pensar en Zack, lo cual también la perturbaba bastante—. Yo nunca negué que eres una mujer hermosa —le recordó con aspereza.

A Helen jamás le importó su físico, nunca tuvo mucho tiempo para dedicarse a sí misma, pues debió atender su trabajo y a su pequeña hija. Y la verdad era que su belleza no influyó en ninguno de sus dos matrimonios, porque los dos resultaron un desastre. La primera vez se casó cuando era demasiado joven para saber lo que hacía y la segunda… el asunto le parecía tan complicado que ni siquiera quería pensar en ello.

—Y tú sabes mucho de mujeres guapas, ¿verdad, Zack? —se burló Helen con sequedad.

Él la observó, entrecerrando los ojos.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —inquirió Zack con voz suave.

Helen supuso que personas más valientes que ella habían titubeado bajo esa mirada devastadora, y tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no permitir que ese hombre la apabullara.

—Sabes muy bien a qué me...

—Llevamos dos minutos hablando y hemos dedicado el tiempo a pelearnos —

comentó Zack con un tono casi burlón.

Estaban tan ensimismados en la discusión que ninguno de los dos advirtió que Greg y Emily entraban en el restaurante y los miraban con la indulgencia que, por lo general, se demuestra a los niños obstinados.

Zack respondió a la mirada de su hijo con una de reto y, si Helen iba a replicar, se olvidó de hacerlo al observar que Emily se volvía, riéndose, hacia Greg y que ponía la mano izquierda en el hombro del muchacho. En el anular brillaba un anillo con unos diamantes y una esmeralda incrustados.

¿Acaso era el anillo de compromiso?, pensó Helen.

Capítulo 3

—¡Mamá, estás preciosa! —Emily se acercó a ella para abrazarla. Su largo cabello le caía en cascada casi hasta la cintura. Retrocedió para que sus ojos verdes admiraran a su madre, quien todavía la cogía de las manos—. ¿Te has comprado un vestido nuevo? —preguntó sonriente.

Helen siempre se sorprendió por haber sido capaz de concebir a esa jovencita.

Emily era pequeña de estatura, fresca y delicada como una rosa: de tez suave que no necesitaba maquillaje y brillantes ojos verdes. Su único color artificial en la cara era el rojo oscuro de sus labios. Emily siempre estaba maravillosa con cualquier cosa que se pusiera, aunque fuera un vestido holgado de encaje negro como el que llevaba, que casi le llegaba a los tobillos, y zapatos de bailarina de ballet. En cualquier otra chica ese traje hubiera parecido informal, pero en Emily adquiría un encanto especial.

Helen estaba tan orgullosa de su hija que siempre le había resultado difícil mostrarse severa con ella, pero en esta ocasión, el anillo que brillaba en el dedo de Emily no le permitía comportarse como una persona indulgente.

—Estás radiante, Helen —la felicitó Greg, besándola en la mejilla con afecto—.

¿No es cierto, papá? —preguntó, retando a su padre.

Zack torció la boca.

—Ya hemos hablado del aspecto de Helen antes de que vosotros dos llegarais

—replicó, descartando el asunto—. Ahora, sugiero que vayamos a nuestra mesa, pues estorbamos en la entrada —indicó con toda intención, mientras un grupo de personas trataba de pasar.

—Zack —el rostro de Emily brilló de alegría al besarlo en la mejilla—. Me pareces tan guapo como siempre —bromeó.

—Muévete, jovencita —le dio una suave palmada en el trasero, al mismo tiempo que el camarero les conducía a su mesa—. Vuestros halagos no darán buenos resultados esta noche —le advirtió Zack a su hijo; luego, con un gesto, les indicó que caminaran delante, mientras él, cogiendo con firmeza a Helen del brazo, los seguía.

Helen admitió que Zack siempre escuchaba sus puntos de vista, aunque rara vez estuviera de acuerdo con ella. Y ahora no estaba muy segura de cómo reaccionaría con ese último acontecimiento.

Estaba segura de que había visto el anillo en la mano de Emily.

Helen debía reconocer, mientras miraba a Emily y a Greg caminar delante de ellos, que hacían una bonita pareja. Emily poseía una delicada belleza y Greg se asemejaba a un dios que la protegía. El joven había heredado la fisonomía de su padre; tenía el cabello rubio más largo de lo normal, se movía con la gracia natural de un atleta y ni siquiera el traje holgado que usaba podía ocultar sus ágiles movimientos.

Emily y Greg parecían hechos el uno para el otro, pero por extraño que resultara, Helen jamás lo había notado.

De pronto, la mano de Zack le apretó el brazo.

—Caramba, Helen, eres como un libro abierto —cuchicheó.

Helen lo miró, todavía confundida por sus pensamientos.

—Dudo que desaprobaras tanto el compromiso si Greg no fuera mi hijo —se burló, soltándola tan bruscamente que por un momento Helen perdió el equilibrio.

La acusación era opuesta a lo que estaba pensando y le llevó varios segundos prestar atención a lo que el médico le decía.

En parte, Zack estaba equivocado. Ella hubiera desaprobado que su hija se comprometiera con cualquier chico en ese momento, pues la consideraba demasiado joven para dar un paso tan importante. El hecho de que el muchacho elegido fuera Greg sólo hacía la situación más difícil. Y, hasta ese instante, ninguno de los dos jóvenes había ofrecido una explicación acerca del anillo que Emily llevaba en la mano izquierda.

Helen trató de no mirar el anillo mientras Emily se sentaba; pero, como si quisiera burlarse de ella, la vela de la mesa parecía hacer que cada arista del diamante brillara con mayor intensidad.

Helen miró con furia a Zack, antes de sentarse.

—Pero es tu hijo —sentenció en voz tan baja que sólo él pudo oírla.

Zack la contempló con frialdad.

—Y cómo odias ese hecho, ¿verdad? —musitó con desprecio por los prejuicios que Helen demostraba, antes de acomodarse en la silla, al lado de su pareja.

Desde luego que lo odiaba; Zack no podía esperar que a Helen le agradara la idea de aceptar la presencia de él y de su hijo en la vida de ambas. Si sucedía eso, Zack se convertiría en el suegro de Emily. ¡Dios bendito, ni siquiera había pensado en esa posibilidad! Si Emily y Greg se casaban, y eso todavía estaba por ver, a pesar del anillo de Emily, y tenían hijos, Zack y ella se convertirían en sus

respectivos abuelos.

Helen esperaba olvidarse para siempre de su matrimonio con Zack, una vez que el fallo del divorcio fuera emitido. Esa situación imprevista le resultaba imposible de aceptar.

Así que, cuanto antes se aclarara lo que pasaba entre Emily y Greg, mejor.

—Helen supone —se burló Zack evitando que ella pudiera hablar y estudiándola con ironía antes de observar a la pareja de jóvenes—, que el anuncio que ha aparecido en el Times era una broma de mal gusto.

Greg le cogió una mano a Emily con gesto protector.

—¿Y tú? —retó a su padre, casi con violencia.

—Yo creo... —Zack daba la impresión de estar relajado al apoyarse en el respaldo de la silla, pero su inmovilidad bien podía ocultar emociones diversas, todas ellas sombrías, como Helen sabía —... que nos debéis una explicación. ¿No estáis de acuerdo? —levantó una ceja al preguntarlo.

—Ahora no —protestó Emily.

—Ahora —insistió Zack, firme.

—Pero es mi cumpleaños —hizo un mohín encantador—. Mamá, ¿dónde está el abuelo? —frunció el ceño de repente—. Cuando te saludé, pensé que llegaría más tarde, pero... no va a venir, ¿verdad?

Helen presintió que Zack la observaba; sentía la dureza de su mirada y decidió no volverse. Él sabía que le desagradaba a su padre y lo obstinados que pueden ser los ancianos, aunque siempre trató con respeto a su suegro, a pesar de los problemas que hubo entre ellos.

Emily todavía la miraba con el ceño fruncido.

—No me lo digas —suspiró—. ¡No se sentía bien!

—¡Emily! —Helen le reprochó su tono sarcástico a su hija—. Sabes que tu abuelo no goza de buena salud.

—Al contrario —intervino Zack—, goza con su mala salud.

—No tienes derecho a... —Helen se calló de pronto porque el camarero se acercó para tomarles el pedido.

La interrupción le dio tiempo para controlarse mientras revisaban el menú. La desilusión de Emily era comprensible, pero el sarcasmo de Zack, imperdonable.

—El abuelo no va a venir —repitió Emily con desgana, cuando se fue el camarero, volviéndose para hablar en voz baja con Greg; pero no sin que antes Helen descubriera lágrimas en los ojos verdes de su hija.

Helen sabía que su padre era muy cabezota y no aprobaba que le estropeara el cumpleaños a Emily, pero también la irritaba en extremo la actitud de Zack. Estaba tan agitada que, cuando cogió la servilleta para ponérsela sobre las rodillas, la tiró al suelo.

Zack se agachó a recogerla, burlándose con la mirada de los movimientos nerviosos de su acompañante.

—¿Tu padre se enteró del regreso del hijo pródigo y decidió no venir? —ironizó para provocarla.

—¡Tú no eres su hijo! —replicó Helen con desesperación.

Zack le sostuvo la mirada, mientras le ponía la servilleta en el regazo, pasando los dedos con toda intención por los muslos de la mujer y riéndose cuando Helen le quitó la mano, sonrojada.

Helen respiraba con jadeos entrecortados y se reprendía por permitir que el contacto fugaz con ese hombre la afectara de esa manera. De repente, deseó que les sirvieran inmediatamente el champán que Zack había pedido, pues necesitaba con desesperación algo que le calmara los nervios.

Zack se volvió hacia la pareja de jóvenes.

—Parece que nos hemos apartado del tema de vuestro supuesto compromiso matrimonial —les recordó con severidad.

Emily recuperó la alegría en ese mismo instante.

—No hay nada «supuesto» en eso —extendió su mano izquierda para que todos vieran el anillo que brillaba en su dedo—. Greg y yo fuimos a comprarlo hoy —

movió la mano y la esmeralda y los diamantes destellaron.

¿Por esa razón ninguno de los dos estaba en casa para contestar el teléfono? ¿O es que había otra? Esa mañana, Helen llamó demasiado temprano como para que hubieran ido de compras. Así que intuyó que sus hijos los habían evitado a Zack y a ella, posponiendo el momento del enfrentamiento, hasta que fuera inevitable.

—De manera que vosotros mismos habéis puesto el anuncio del compromiso en el periódico —aventuró Helen, impaciente—. Emily, ¿cómo has podido...?

—Mamá, no había otra manera —la chica la miró, suplicante—. Si hubiéramos hablado antes con vosotros...

—Consultado con vosotros —la corrigió Zack con dureza—. Se acostumbra a consultar con los padres de la novia antes de hacer otros planes —reprochó a su hijo con dureza.

—Vosotros no consultasteis al abuelo —los acusó Emily—, porque si no, nunca os habríais casado.

—¡Emily! —exhaló Helen con debilidad, mortificada porque su relación con Zack se estaba mezclando en la discusión.

—Pues es verdad —afirmó su hija, a la defensiva—. Y si os hubiéramos dicho lo que sentíamos el uno por el otro, nos habríais puesto objeciones de toda clase para evitar que nos casáramos.

—Porque sois demasiado jóvenes para saber lo que hacéis —replicó Helen, exasperada—. ¡Los dos! —Greg quizá hubiera heredado la confianza en sí mismo de su padre, pero sólo tenía diecinueve años.

—Vosotros os casasteis cuando teníais nuestra edad —señaló Emily, de manera razonable.

Pero cada uno con una pareja distinta, gracias a Dios, pensó Helen con alivio.

—Y resultó una relación poco perfecta —les informó Zack, irritado—. Sé que Helen cree que se casó demasiado joven. Y tu madre y yo tuvimos muchas dificultades para terminar nuestros estudios, pues mis padres desaprobaban nuestro matrimonio. Esos problemas aumentaron después de tu nacimiento —movió la cabeza al recordar lo que significó estudiar Medicina y cumplir con sus responsabilidades como padre, al mismo tiempo.

—¡Gracias! —exclamó Greg y sus ojos azules brillaron con tanta dureza como los de su padre.

—¡Maldita sea!, sabes muy bien que no lo he dicho en ese sentido —replicó Zack.

—Comprendo en qué sentido lo has dicho —le reprochó Greg—: «romped el compromiso o dejaremos que os enfrentéis a las mismas dificultades que nosotros».

Helen contempló a los dos hombres con desesperación; se parecían demasiado e, igual que en el pasado, intentó meterse entre ambos para evitar una discusión todavía más desagradable.

—Tu padre no sugería eso de ningún modo, Greg —lo tranquilizó—. Él...

—¿No lo he sugerido? —los ojos castaños brillaron con frialdad —. ¡Sois demasiado jóvenes para saber lo que hacéis!

—Y supongo que tú siempre sabes cuándo estás haciendo lo correcto —lo retó Greg, desafiante—. Por esa razón vosotros sólo estuvisteis casados cinco meses.

—¡Greg! —exhaló Emily, advirtiéndole que se contuviera. Se volvió preocupada hacia Helen, quien estaba pálida, sin atreverse a mirar a Zack, aunque la ira que emanaba de ese hombre casi podía tocarse—. Mamá, siento que Greg haya dicho eso, no lo ha pensado

—lo contempló enfadada a través de la mesa, retándolo a que la contradijera y, cuando el muchacho cerró su boca rebelde, continuo —: pero el hecho de que vuestros matrimonios no funcionasen no significa que el nuestro vaya a seguir el mismo camino —agregó con encanto, intentando convencerlos—. Greg y yo nos amamos.

—El amor, a esa edad, no siempre basta —refunfuñó Zack. Algo de su disgusto se transformó en diversión cuando Greg volvió a contener un comentario agresivo ante la mirada de Emily—. Aunque algunas veces sí —se burló, gozando con la docilidad de su hijo ante su novia.

Helen frunció el ceño al presentir que Greg explotaría una vez más y se volvió hacia Emily.

—¿Cuándo pensáis casaros? —por la forma en que hablaba su hija no daban la impresión de querer prolongar su compromiso, ¡y Greg cumpliría veinte años en noviembre!

—En septiembre —Emily le lanzó a Greg una deslumbrante sonrisa.

—¿Dentro de tres meses? —exclamó Helen, azorada—. Emily, no... no estarás embarazada, ¿verdad? —inquirió deseando que no le pasara a su hija lo mismo que a ella.

—Claro que no —la chica se indignó ante la idea—. Ésa no es la razón por la que Greg y yo nos vamos a casar en septiembre.

Helen aceptó la reprimenda sin protestar, pero bien pudo decirle a Emily que las cosas se hacían de manera muy distinta hacía dieciocho años, que la presión familiar que se ejercía sobre una joven la obligaba a casarse cuando cometía el terrible error de quedarse embarazada en la primera relación sexual torpe e insatisfactoria con su novio. En especial, cuando esa presión familiar provenía de su propio abuelo, o el «abue», como ella lo llamaba.

—Emily, ingresarás en la universidad en septiembre, para cursar el segundo semestre de tu carrera—le recordó Helen a su hija, apartando de su mente las imágenes del pasado, igual que lo había hecho durante dieciocho años. Quizá si Ian no hubiera muerto cuando Emily tenía seis meses, si hubiera habido aniversarios de boda... Pero no los había habido y Emily jamás se enteró de que había nacido seis meses después de la boda de sus padres. Y, a medida que los años pasaron, para Helen nunca existió una razón suficientemente importante para explicárselo. Y en lo que a ella se refería seguía sin haberla.

Pero al alzar los ojos, descubrió que Zack la observaba y

presintió que a él sí se le había ocurrido esa posibilidad.

—Lo haré —replicó Emily con alegría, distrayendo la atención de Helen y también la de Zack—. Casarme no cambiará mis planes. En esta época podemos tenerlo todo, mamá, una carrera y matrimonio —le envió a Greg una sonrisa radiante.

Siempre fue posible «tenerlo todo», pero nunca sin sacrificar cosas que también importaban mucho, pensó Helen, percatándose por la expresión extasiada de Emily, de que no la escucharía en ese momento tan especial de su vida.

Septiembre era el mes en que Helen había decidido solicitar su divorcio de Zack. Le pareció ridículo; sus hijos se casarían cuando sus padres se estuvieran divorciando. No pudo evitar preguntarse si tal idea se le había ocurrido a Zack. Sin embargo, sabía que, al igual que ella, deseaba el divorcio.

—Emily… —se interrumpió cuando les llevaron el champán, seguido de la cena.

Sirvieron el burbujeante líquido y todos brindaron por el cumpleaños de Emily.

Helen vació su copa de un trago; ¡en ese momento lo necesitaba!

Enseguida volvieron a llenar la copa y ella la alzó para llevársela a los labios.

Entonces, su mirada se cruzó con la de Zack, quien sonrió con ironía, antes de volverse para pedir otra botella de champán. Pero, ¿qué esperaba ese hombre?, pensó iracunda, ¡ya tenía bastantes problemas para encima emborracharse!

Zack esperó hasta que el camarero se fue, para continuar con voz dulce:

—Septiembre está descartado —le anunció a Greg.

¡Lo había recordado! Helen no pensó que se quedaría con la boca cerrada, en especial después de que Greg hubiera expresado su rebeldía con tan poca diplomacia.

El muchacho lo contempló, receloso.

—¿Por qué?

—Estaré ausente todo ese mes —se encogió de hombros. En los Estados Unidos de Norteamérica. Daré una serie de conferencias.

Por lo tanto, ni siquiera hubiera estado en Inglaterra para recibir la demanda de divorcio, calculó Helen, agobiada. Tampoco se le había pasado por la cabeza que resultaría un tanto extraño que ellos se estuvieran divorciando casi en la misma fecha en que sus hijos celebraban su matrimonio. ¡Debió pensar que esos detalles no le importaban!

Pero suponía que su ausencia significaba que Emily y Greg pospondrían los planes de la boda por un mes o dos.

Mientras Zack la observaba, burlón, Helen se dio cuenta de que él no había olvidado que se divorciarían en septiembre y que sabía que ella pensaba en ese problema, en ese momento. Era obvio que la frustración de su esposa no lo inquietaba lo más mínimo.

—¡Qué suerte! —exclamó Helen, manteniendo el tono alegre, con toda intención—. ¿A qué parte irás?

—A Florida —contestó Zack, con parquedad, sin que lo engañara ni por un segundo ese fingido interés.

—¡Con tanto sol! —Helen pensó que él sin duda encontraría tiempo para intensificar su bronceado. La perturbaba recordar que dos años antes estaba bronceado de la cabeza a...

—¿Por qué no me acompañas, Helen? —le propuso con suavidad —. Podríamos disfrutar de una segunda luna de miel.

¡Considerando cómo fue la primera, resultaría un poco difícil!

—Aún seguimos casados —repuso Helen, provocándolo, sin dejar de reflexionar que tal vez para ese entonces ya no lo estarían, de no haberse interpuesto la boda de los chicos.

—¡Oh, qué buena idea! —exclamó Emily, emocionada, antes de que Helen pudiera replicar—. Ve, mamá —le pidió—. Te divertirás muchísimo.

¿Con Zack? Helen no opinaba lo mismo. Sabía que Zack no lo proponía en serio, sólo estaba haciendo gala de su humor negro.

—No seas tonta, Emily —la regañó Helen, enérgica—. Zack sólo bromeaba.

Él alzó las cejas y por un momento Helen contuvo el aliento, pensando que negaría su afirmación.

Zack le sostuvo la mirada a Helen durante algunos segundos y luego se inclinó para volver a llenarle la copa.

Helen tragó saliva, levantando la copa para beber champán, con un gesto de desafío, apenas dándose cuenta de que no había comido desde el desayuno y que empezaba a sentirse un poco mareada.

Helen no solía beber tanto, pero comprendía que si quería soportar la velada, ésa era la única forma de lograrlo. Las situaciones inusitadas requerían de medidas drásticas y aun la persona más insensible debía admitir que esa cena era bastante insólita, ya que a la mesa estaba sentado el hombre de quien ella se había separado y la pareja que acababa de comprometerse; es decir, los hijos de ambos, ¡motivo suficiente para que hasta un abstemio se volviera alcohólico!

A medida que Helen cenaba y llenaban su copa continuamente, su frivolidad aumentaba, de manera que al final de la comida se sintió muy extraña. Para empezar, no lograba ver bien a los comensales, y no lograba concentrarse en lo que decían.

Incluso Zack se cubrió de pronto de un aura sensual; al mirarlo, Helen se estremeció y un leve temblor le recorrió el cuerpo. Realmente, era el hombre más atractivo que ella conocía; transmitía una sensualidad que prometía un intenso placer en sus brazos y…

¡Oh, Dios, debía de estar ebria!, porque ahora admitía que le interesaba Zack.

Helen empezó a reírse al darse cuenta de cómo había llegado a esa trascendental conclusión y se cubrió la boca con una mano, avergonzada, cuando Emily, Greg y Zack se volvieron, interrogándola con los ojos. Hablaban de algo que no les parecía ni remotamente gracioso, supuso Helen.

—Lo siento —hizo lo posible por adoptar una actitud seria y atenta, pero no tenía la menor idea de qué estaban hablando y le costaba bastante concentrarse en lo que sucedía—. Yo sólo… yo no… —se volvió a reír.

—Creo que ya es hora de que te lleve a casa —le indicó Zack —con firmeza, haciéndole una seña al camarero para que le llevara la cuenta.

Helen mantuvo los ojos abiertos mediante un gran esfuerzo, aunque el sueño empezaba a vencerla.

—Pero he venido en mi coche —protestó.

—Lo sé —se burló él—. Por eso te voy a llevar a tu casa.

Helen observó a Zack mientras él extendía un cheque para pagar la cuenta. De repente, comprendió que no debía permitirlo. Se inclinó debajo de su silla para buscar su bolso y sacar su talonario.

—Ni lo intentes —la previno Zack con dulzura, aunque su tono de voz no admitía discusión—. ¿Os podemos dejar en alguna parte? —preguntó, dirigiéndose a Emily y a Greg.

Su hijo negó con la cabeza.

—Hemos quedado con unos amigos para continuar celebrándolo —le explicó en tono ligero—. ¿Podrías arreglártelas tú solo? —observó a Helen con indulgencia mientras hablaba.

Ella trató de sacar un pañuelo desechable de su bolso, pero ahora que al fin había cogido uno, se le escabullía de los dedos y, cuanto más trataba de cogerlo, menos lo lograba.

—Permíteme —Zack apartó el bolso de los dedos de Helen y cerró el broche al primer intento—. Me las arreglaré —le aseguró a

Greg con dureza.

Siempre se las «arreglaba», pensó Helen con resentimiento. Era el hombre más capaz que había conocido y no parecía necesitar a nadie. Desde luego, no necesitaba a una esposa, ¡ya no!

Frunció el ceño cuando Emily y Greg se pusieron de pie.

—Oh, ¿ya os vais? —inquirió Helen, desilusionada, preguntándose por qué su voz sonaba como si tuviera la boca llena de algodón. Entonces sacudió la cabeza, divertida, debido a las cosas que se le ocurrían.

—Y nosotros también —le informó Zack, con ironía, poniéndose de pie para apartar la silla de Helen y ayudarla a levantarse. Si no la hubiera agarrado del brazo se hubiese caído—. Y no creáis que ya he terminado de hablar con vosotros —le advirtió a la pareja de jóvenes, apretando a Helen con firmeza contra su costado.

Greg adoptó inmediatamente una actitud defensiva y Emily una expresión de culpabilidad.

—Pero esta noche no es el momento para continuar esta conversación—

concluyó Zack mientras Helen los observaba.

Helen trataba de concentrarse, pero en ese momento no podía recordar a qué conversación se refería Zack. Todo lo que sabía era que la puerta estaba demasiado lejos.

Pero no le pareció un camino tan largo cuando Zack le ofreció su brazo para que se apoyara en él, y la guió.

La turbó que ese brazo la hiciera sentirse tan protegida, mimada, consentida y se apretó contra el cuerpo de Zack con suavidad. Le pareció desconcertante sentirse tan bien a su lado.

Helen se volvió para agradecérselo apenas salieron del restaurante. Pero no tuvo oportunidad, pues se le doblaron las piernas y tuvo que agarrarse a Zack cuando creyó que el asfalto empezaba a girar sin control, alzándose contra ella.

Helen no se cayó al suelo, ya que el brazo de Zack, que la sujetaba por la cintura, la sostuvo. Pero de repente le volvió el mareo, contuvo el aliento y contempló el rostro de Zack. Percibió la sensualidad de esos labios masculinos, muy cerca de ella.

—Buenas noches —se despidió Zack, sin prestarle atención, haciéndola percatarse de que Emily y Greg también habían salido del restaurante—. Te telefonearé mañana, Greg —agregó con firmeza—. Asegúrate de estar allí —le advirtió, por si su hijo tratara de evitarlo.

Helen observó a la joven pareja todavía sorprendida de que

hubiera estado tentada de besar los labios de Zack unos segundos antes. Emily la miraba, aprobando su proximidad con Zack, pero a Helen no le extrañaba esa actitud de su preciosa hija.

—Ha sido una velada encantadora, mamá —Emily la besó en la mejilla—. Nos veremos mañana —añadió, antes de alejarse caminando al lado de Greg.

¿Mañana? ¿Qué sucedería mañana?, se preguntó Helen.

Zack la contempló con indulgencia, al ver la absoluta falta de entendimiento reflejada en la cara de Helen.

—No te preocupes, cariño —le aconsejó con suavidad, todavía sosteniéndola con su brazo—. Te lo explicaré más tarde.

El coche de Zack estaba aparcado al lado del de ella, un magnífico Jaguar, de un modelo más reciente del que había conducido en el pasado; pero el interior era igual de lujoso y Helen se acomodó en el asiento suspirando de alegría y sintiéndose encantada con el olor a cuero nuevo.

—A casa, James —le ordenó con ternura, acurrucándose en el asiento. El motor le pareció un lejano ronroneo.

Zack se rió en la oscuridad.

—Creo que debí darte champán hace años.

—¿Mmm? —a Helen le pesaban los párpados de tal forma que no intentó levantarlos.

—No importa —murmuró Zack y luego sonó una melodía relajante, tranquilizadora y bella.

Helen se despertó, sobresaltada, dándose cuenta de que debió dormirse apenas empezaron el trayecto a su casa, porque le pareció que sólo habían pasado unos segundos cuando oyó que el motor se apagaba, indicando que el coche se había detenido.

—Hemos llegado, señora —le anunció Zack, divertido, volviéndose para mirarla y poniendo un brazo en el respaldo del asiento.

—La velada ha resultado un poco problemática, ¿verdad? —comentó Helen aliviada, buscando la manija de la puerta del coche, sin mucha suerte. ¿Dónde estaba esa cosa? Frunció el ceño.

—Menos para unos que para otros —se burló Zack con suavidad, antes de salir del coche y abrirle la puerta—. Con cuidado —le advirtió cuando Helen se bajó, tambaleante, y pisó el asfalto.

Ella sonrió, mirando las estrellas.

—Hace una noche clara y hermosa, ¿verdad? —inquirió Helen.

—Muy hermosa —asintió Zack con parquedad—. ¿El champán siempre te produce este efecto? —le preguntó con fingida suavidad,

caminando hacia la casa.

Ella se esforzó por acordarse de la última vez que había bebido champán; su matrimonio no fue motivo de celebración, así que no brindó en esa ocasión.

—Realmente no estoy muy segura —le confesó con lentitud—. De cualquier modo —descartó ese asunto, contemplando a su pareja —, hoy me siento de maravilla. Gracias por traerme a casa, Zack — se volvió para mirarlo al llegar a la puerta—. Has sido muy amable.

—No tienes nada que agradecerme —replicó él, cortés, burlándose un poco de las pretensiones de Helen por parecer formal.

Ella lo observó a la luz de la luna, preguntándose qué esperaba y si intentaba despedirse con un beso. Luego se reprendió por pensar en algo tan inmoral; se iban a divorciar y las personas que se divorcian no se besan.

Helen le regaló a Zack otra radiante sonrisa.

—No esperes a que entre en la casa —le sugirió.

Pero él no hizo el menor intento de irse y respondió:

—Desde luego que no.

—Ya es tarde —Helen se humedeció los labios con la lengua—. Apuesto a que quieres llegar a tu casa.

Zack sacó la mano del bolsillo y la levantó hacia Helen, y por un momento no estuvo segura de lo que él intentaba. Pero la mano pasó por delante de ella y oyó que la llave entraba y giraba dentro de la cerradura. Luego Zack empujó la puerta para abrirla con suavidad.

Helen lo miró, aturdida.

—¿Cómo lo has logrado...? —se volvió azorada, para observar la puerta abierta y al fin comprendió lo que sucedía.

—Ya he llegado a mi casa, Helen —estaba tan cerca, que su aliento le rozó la mejilla.

No mentía, la había llevado a su casa y no a la que ella compartía con su padre.

La pregunta era, ¿por qué?

—Ah, Helen —dijo con suavidad y los ojos castaños miraron los labios entreabiertos de la mujer—. Me pareces muy hermosa esta noche.

—¿En serio? —Helen lo miró con serenidad—. Quiero decir... ¿en serio? —trató de dar firmeza a su voz y se dio cuenta de que estaba coqueteando con su propio marido, con Zack. Ella, que jamás coqueteaba con nadie. Pero por lo general tampoco bebía champán,

admitió, sintiendo pánico al recordar que no mantenía el control ni sobre sí misma ni sobre los demás. Sacudió la cabeza—. Creo que será mejor que me lleves a mi casa, Zack —le pidió con voz ronca.

Él avanzó hacia ella, de manera que a Helen no le quedó otro remedio que apoyarse contra el marco de la puerta mientras sentía el calor del cuerpo de ese hombre aun a pesar de la tela de su vestido.

—Estás en tu casa, Helen —le aseguró amable, con los ojos tan oscurecidos que casi parecían negros.

Ella tragó saliva, cautivada por la cercanía de Zack, y respiró jadeante.

—Pero... —la protesta se ahogó en su garganta, mientras los labios de Zack se unían a los suyos, y sentía algo semejante a una descarga eléctrica recorriendo su cuerpo. Helen no pudo recordar la última vez que la abrazó de ese modo, que la besó despacio, con profunda pasión y la hizo sentirse deseable.

Le rodeó el cuello con los brazos, atrayéndola a ella, gozando con los labios que la exploraban, con la lengua que la acariciaba. Su cuerpo caliente y tembloroso se agitaba a medida que las manos de Zack la recorrían sin descanso. Un gemido ronco escapó de su garganta cuando una de esas manos, de esas hermosas manos sensuales, largas y tibias, extrañamente posesivas, le acunó uno de los senos por encima del vestido.

Helen arqueó la espalda, propiciando un contacto más íntimo, al mismo tiempo que se movía hacia un lado, perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo, con Zack sobre ella.

Capítulo 4

Doce enanitos con enormes martillos le golpeaban el interior de la cabeza.

Helen ignoraba por qué la martirizaban de ese modo, casi rompiéndole el cráneo, pero allí estaban, sentados dentro de su cerebro y sin querer detenerse.

Sentía los párpados pesados y al tratar de levantarlos, fracasó.

Cuando al fin logró abrir los ojos, miró alrededor y volvió a cerrarlos con rapidez.

«¿Dónde estoy?», se preguntó.

Primero abrió un ojo, luego el otro, recorriendo con precaución la habitación para saber dónde se encontraba. Descubrió que era el dormitorio de Zack.

No era la habitación que le perteneció cuando compartió esa casa con él, era su dormitorio. Aunque nunca tuvo muchas oportunidades de entrar en ese cuarto cuando vivió allí, dos años antes, reconoció la decoración austera, en tonos crema y marrón, los muebles de madera de roble y la gran cama donde ahora se hallaba acostada.

Estaba desnuda, se dio cuenta, cuando miró por debajo de las sábanas.

¿Cómo había llegado a ese sitio? ¿Quién la había desvestido? ¿Quién la había metido en la cama?

¿Cuánto tiempo había estado allí? El reloj de al lado de la cama indicaba que eran las diez y ella supuso que debían de ser de la mañana, pues la noche anterior terminaron de cenar bastante tarde.

Recordaba vagamente la velada, el desconcierto que le causó el compromiso entre Emily y Greg, sus sentimientos de frustración, el champán... ¡Oh, Dios mío, el champán! El resto de la noche se borraba después, aunque parecía recordar que Zack la llevó a su casa, la confusión de dónde estaban, y los besos de ese hombre.

Y después, ¿qué? ¿Qué sucedió después de que Zack la besara? ¡No podía recordarlo!

Pero debía hacerlo. Siempre había despreciado a las personas que juraban que la bebida las afectaba de tal forma que no podían recordar lo que les sucedía bajo los efectos del alcohol. Siempre creyó que inventaban esa excusa para no hacerse responsables de sus actos. Pero hasta ese momento, no recordaba lo que había sucedido la noche anterior, después que Zack uniera su boca a la de ella.

¡Qué terrible! Había bebido tanto champán que no tenía idea de si Zack y ella habían hecho el amor.

Se sentó de pronto, tapándose la cara con las manos. Le pareció espantoso. Una tragedia. ¡Tenía que recordar!

Pero no podía.

Sin embargo, de alguna manera debió llegar al lecho de Zack. Revisó entonces la cama, buscando alguna señal de que Zack hubiera dormido a su lado. Pero estaba tan acomodada sobre el colchón cuando se despertó, que le resultó difícil decidir si ella misma aplastó las almohadas o si mostraban la huella de la cabeza del dueño de la casa, después de haber descansado allí. En la cama que nunca compartió con él cuando estuvieron casados.

Tal vez Helen nunca hubiera conocido a Zack, porque ella no hacía vida social cuando se conocieron. El cirujano trabajaba en uno de los hospitales más importantes de Londres y ella ayudaba a una florista de origen italiano, que descargaba su malhumor en los adornos florales que decoraban su tienda. Por lo general, los lanzaba sobre el mostrador mientras gritaba que estaba harta de Inglaterra y la niebla y que se iría a vivir a su soleado país. Así que los caminos de Helen y Zack no estaban destinados a cruzarse con facilidad, ni siquiera a nivel profesional, hasta el momento en que la madre de Zack la llamó por teléfono para preguntar si alguien podía encargarse de proporcionarle los arreglos florales que necesitaba para alegrar la casa que compartía con su hijo y su nieto, es decir, Zack y Greg.

Helen jamás se imaginó lo que iba a cambiar su vida el día en que, con toda inocencia, aparcó la camioneta ante la impresionante mansión donde debía entregar las flores. La casa parecía estar bien cuidada y, al rodearla para entrar por la puerta de servicio, observó que el ama de llaves mantenía la cocina impecable.

Helen supuso que dejaría los adornos y que regresaría para reemplazarlos cuando las flores se marchitaran, ya que realizaba lo mismo en otros hogares londinenses cuyas dueñas no se sentían inclinadas a encargarse de las plantas o estaban demasiado ocupadas para hacerlo.

Pero Bárbara Neilson había dicho que quería hablar con ella en cuanto llegara, y cuando Helen la vio comprendió que esa mujer era distinta de las demás. Esa dama, todavía bella, parecía estar enferma, a pesar de que su cabello corto y negro, salpicado de canas, estaba peinado de manera impecable. Su maquillaje, bien aplicado, ocultaba parte del dolor que su enfermedad le causaba y

el traje azul que llevaba era de diseño exclusivo.

Se mostró cálida y amable con Helen, explicándole que, aunque le gustaba ver flores frescas en su casa todos los días, la cansaba salir a comprarlas al mercado y que ya no le quedaba energía para cuidarlas.

A Helen le agradó inmediatamente esa anciana y así nació una profunda amistad entre las dos mujeres; a una la vencía poco a poco la enfermedad y la otra trataba con desesperación de ganar dinero para mantener a su padre y a su hija, soportando el temperamento de su jefa.

Helen iba a casa de los Neilson dos veces por semana, y animaba a Bárbara para que la ayudara con los arreglos florales los días en que se sentía mejor, o charlaba acerca de diversos temas mientras trabajaba, las mañanas en que a la anciana la agobiaba el dolor.

Una vez que Helen terminaba, Bárbara siempre le pedía que se sentara a compartir una taza de café con ella y, a pesar de que Helen sabía que su jefa se pondría furiosa si se enteraba de que «desperdiciaba» el tiempo, siempre aceptaba la invitación, dándose cuenta de que a Bárbara la entretenían las charlas que sostenían, pues aunque la anciana tenía amigas que la visitaban a veces, le resultaba difícil salir de su casa. Para Bárbara los días eran interminables, pues su hijo y su nieto siempre estaban ausentes.

Resultó inevitable que ambas empezaran a hablar de su vida personal y la anciana mencionó a su único hijo, un hombre extremadamente inteligente que se había ido a vivir con ella cuando Greg tenía apenas cinco años, ya que la madre del niño había muerto en un accidente de tráfico. Bárbara se encargó entonces de administrar el hogar y de cuidar de Greg para que su hijo continuara con su profesión.

A cambio de esas confidencias, Helen le habló de su matrimonio y de su viudedad, de su hija Emily y de la casa que compartían con su padre, desde la muerte de su madre, justo antes de que la niña naciera. Hubo muchas cosas que no le confió acerca de su matrimonio, tales como la desafortunada muerte de su marido, y los acontecimientos que ocurrieron desde entonces. Pero de alguna manera sintió que Bárbara adivinó todo eso y se volvió su confidente a un nivel más profundo del que tuvo con su propia madre. Con Bárbara, Helen no tuvo que quejarse del esfuerzo que hacía para mantener a su familia unida y para proporcionar los medios económicos que requería la educación de Emily a medida que crecía. Esa necesidad de dinero implicaba, desde luego, que

debía soportar a una jefa bastante conflictiva, porque no podía permitirse el lujo de perder el empleo. La anciana parecía intuir todos esos problemas sin que ella tuviera que describírselos.

Y entonces ocurrió el primer encuentro entre Zack y Helen.

Había oído tantas alabanzas acerca de él, que la florista esperaba encontrarse con un santo; pero conoció a alguien diferente.

Zack estaba ausente los días que Helen visitaba la casa, pero esa mañana no había ido a trabajar y Bárbara los presentó con toda la confianza de una persona que sabía que se caerían bien.

Pero Zack trató a Helen con hostilidad, sospechando que existía un motivo especial que había propiciado la amistad de la joven con la anciana.

Sin embargo, por consideración a su madre, no exteriorizó sus sentimientos y se mostró cortés con Helen, aunque un poco frío. Poco después, cuando Zack la acompañó hasta la salida, le confesó que desconfiaba de esa supuesta amistad.

Helen se sintió insultada y humillada por lo que le había dicho, y aunque comprendía que Bárbara la echaría de menos, prefirió que María la sustituyera, encargándose de la casa de los Neilson. La jefa no se quedaría a tomar un café ni a charlar, como hacía ella.

María regresó criticando a «esa vieja desagradable» y se negó a ocupar el lugar de Helen. Pero Zachariah Neilson había irritado tanto a Helen que por primera vez en su vida faltó al trabajo, pretextando estar enferma, con tal de no regresar a la casa del cirujano.

Cuando Zack llamó a la tienda al día siguiente, Helen quiso correr y esconderse.

—A mi madre le preocupa la posibilidad de haberla molestado —le informó, tenso, pero ambos sabían que Bárbara no había cometido esa clase de error—. Está muy preocupada —agregó con frialdad—. De hecho, su inquietud agrava su enfermedad.

Parecía que no podía hacer nada bien en cuanto a ese hombre se refería. Aun cuando se había alejado de la anciana, por darle un gusto al hijo, había cometido una equivocación.

Así que volvió a hacer los adornos florales de Bárbara y acortó sus visitas, a pesar de que a la enferma le perturbaba el distanciamiento de la joven. Pero cada vez que iba a la casa, Helen rezaba para que Zachariah Neilson no estuviera allí y temblaba de ansiedad hasta que comprobaba la ausencia del cirujano.

Mientras su amistad con Bárbara continuaba, su trabajo como ayudante de María terminó el día en que la jefa entró en la tienda y

le anunció que iba a vender el negocio y a regresar a Italia. A Helen le afectó esa noticia, ya que tenía que mantener a una hija de quince años y a un padre de setenta y cinco y no podía perder el empleo. Esa mañana hizo sus visitas y al final le contó a Bárbara el lío en el que estaba metida. La anciana se preocupó por su amiga y pensó que, sin decirle nada a Helen, le compraría la floristería a María y pondría a su amiga de administradora.

Cuando Helen protestó por lo que Bárbara había hecho, ésta le contestó que ella era la mejor clienta de la floristería, así que le convenía convertirse en la dueña.

Pero Helen sabía que Bárbara nunca habría pensado en invertir su dinero en una floristería si ella no hubiera llegado a importarle tanto. Le demostraba así su cariño y, aunque Helen la correspondía, ahora se sentía culpable por haber mezclado a la anciana en sus problemas. Jamás se imaginó que Bárbara la ayudaría en el aspecto económico; únicamente quiso llorar sobre su hombro. Ahora sólo Dios sabía lo que diría Zachariah Neilson cuando descubriera ese enredo. Sin duda creería que Helen había inducido a su madre a invertir en ese negocio.

Así que rechazó el ofrecimiento de Bárbara, diciendo que no podía aceptar esa clase de regalo, no importaba con cuánta generosidad se lo hiciera.

Pero no había contado con la obstinación de la enferma, una característica que sin duda había heredado su hijo y que en ese hombre se había convertido en una arrogancia brutal.

Bárbara le informó, sin perder la calma, que si no aceptaba el puesto que le ofrecía, contrataría a otra persona y que ella de todos modos perdería el empleo.

Visto de esa manera, a Helen le pareció infantil seguir negándose, pero insistió en que todo se hiciera de forma legal, con un contrato de por medio.

Durante dos meses, el acuerdo funcionó bien para ambas. Pero la salud de Bárbara se deterioraba cada vez más, el cáncer que invadía su cuerpo confinaba a la enferma a su dormitorio, aunque lograba levantarse de la cama durante algunas horas cada día. Sin embargo, la salud de la anciana se convirtió en una obsesión para el hijo y para el nieto.

Helen se dio cuenta de eso cuando Zachariah Neilson fue a verla para pedirle que se casaran. La contempló con una expresión de frialdad después de hacerle esa petición, pues ni siquiera se caían bien.

Luego le explicó que en realidad no quería que se convirtiera en su esposa, sólo deseaba que su madre creyera que era su esposa, para que Bárbara pudiera morir pensando que el futuro de su hijo, a quien tanto quería, y el de la mujer que había llegado a considerar una hija se encauzaría hacia un final feliz. Y así vivirían juntos para siempre.

Desde luego, Helen se negó. Le parecía imposible comprometerse con ese hombre arrogante, incluso por el bien de Bárbara.

Sin embargo, Zack estaba decidido a que las últimas semanas de su madre fueran dichosas, satisfactorias, y no le molestaba usar cualquier medio a su disposición para lograrlo. Primero jugó con la gratitud que Helen sentía por la anciana, luego le ofreció pagar los estudios y la universidad de Emily para que ya no tuviera que preocuparse por la educación de su hija y, al fin, como último recurso, utilizó la extorsión, aprovechándose de que su madre había comprado la tienda.

Bárbara estaba tan enferma que sus abogados consultaban a Zack en todo lo referente a los negocios y uno de ellos era la floristería. El médico le confesó a Helen lo que pensaba acerca de los recursos que ella había empleado para que ese trato se llevara a cabo. ¡Exactamente lo que Helen se había temido desde el principio!

Sólo unas semanas, le propuso a Helen, y después recobraría su libertad y podría hacer lo que quisiera. Incluyendo irse al infierno, según indicaba el tono de voz del médico.

A Helen la vencieron esos argumentos y Zack se concedió el privilegio de anunciarle a su madre su compromiso matrimonial con la florista. La alegría de Bárbara al escuchar la noticia que tanto había esperado convenció a Helen de que había hecho lo correcto, pero desaprobó los métodos de Zack para lograr sus metas.

Lo que Zack y ella jamás consideraron fue el efecto que ese compromiso tendría sobre sus respectivas familias. Emily pensó que era maravilloso que al fin tuviera un padre y hasta el hijo de Zack, Greg, aceptó la idea de que Helen se convirtiera en su madrastra; y, desde luego, mostró un entusiasmo desbordante ante el hecho de que Emily fuera su hermanastra. Los dos se atrajeron desde el primer encuentro. Pero el caso del padre de Helen resultó muy diferente. Zack no le cayó bien y le molestó que su hija se casara con ese tipo. No hizo el menor intento por disimular su disgusto.

Bárbara los confundió a todos cuando mejoró un poco de salud,

afirmando que estaba decidida a ver a Zack y a Helen felizmente casados antes de morir.

Zack le informó a Helen, con una sequedad impresionante, que la boda se efectuaría durante la Pascua. ¡Y la Pascua sería dentro de tres semanas!

Todo ese asunto, el compromiso y la boda, adquirió la magnitud de una pequeña bola de nieve al rodar colina abajo, transformándose en algo de proporciones gigantescas al llegar al fondo. Aceptar mentir, no importaba con qué buenas intenciones, reflexionó Helen, sólo podía terminar en un desastre. ¡O en un matrimonio con Zachariah Neilson!

Se casaron tres semanas después con una licencia especial, ante su madre y sus dos hijos; el padre de Helen se negó a asistir a la ceremonia.

La casa en que Helen había crecido y que todavía compartía con su padre era alquilada. Cinco años antes de que conociera a Bárbara, Helen dio un paso valeroso: aceptó la responsabilidad de pedir una hipoteca sobre la propiedad cuando el dueño ofreció vendérsela. Tenía esa opción o la casa se pondría a la venta. Como los pagos de la hipoteca sólo eran un poco más altos que el alquiler, aceptó.

En vista de que su padre se negó a vivir en la mansión de los Neilson, después de que ella se casara con Zack, siguió pagando la hipoteca, pero aceptó que el médico contratara un ama de llaves para que cuidara al anciano. A pesar de ello, su padre no perdía la oportunidad, cuando lo visitaba, de lanzar comentarios venenosos acerca de su nuevo «marido».

De hecho, Zack estaba muy lejos de serlo. Los dos dormían en cuartos separados, que ni siquiera se comunicaban por una puerta. Bárbara nunca se enteró de ese detalle, porque para ese entonces ya no salía de su habitación. Y delante de su madre Zack se mostraba muy atento con Helen, sin dar la menor señal de que el resto del tiempo apenas se hablaban. Parecía que Zack llegaría a cualquier extremo con tal de agradar a su madre, a la que adoraba. Así que Helen vivía atemorizada ante la posibilidad de que Bárbara expresara el deseo de tener otro nieto, porque en ese aspecto ella sí se hubiera *rebelado*.

Bárbara murió casi cinco meses después de la boda. Fue una época difícil para todos, y Zack, a pesar de que sabía que su madre no viviría mucho tiempo, resultó bastante afectado.

Ocultó su pena mientras duró el entierro, pero después de que

los últimos familiares se despidieran, Helen lo encontró de rodillas en la alfombra, en la habitación de su madre. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Helen dudó un instante antes de acercarse a él, ignorando si la odiaría más por verlo en ese estado. Pero, al mismo tiempo, no podía dejarlo allí y retirarse.

Se arrodilló a su lado y lo acunó en sus brazos, con la cabeza entre sus senos. Al principio él se resistió, pero después sintió la necesidad de ser consolado y aceptó los brazos de Helen. Ella lloró con él; había aprendido a querer a Bárbara aún más durante esos meses que vivió en la misma casa, como su nuera.

Zack alzó la cabeza y miró a su mujer, con el dolor reflejado en el rostro.

—Actuamos de modo correcto, ¿verdad? —su pensamiento era el mismo que el de Helen—. Porque la hicimos feliz, ¿no es cierto? —afirmó con orgullo.

—Sí —contestó ella, sin titubear, sabiendo que era cierto—. Sí, la hicimos feliz

—y estaba muy contenta por ello.

Las manos de Zack apretaron sus antebrazos con fuerza, haciéndole daño.

—Lo repetiría si fuera necesario, ¿sabes?

Helen adivinó que lo decía porque jamás le había pedido, ni le pediría, disculpas por obligarla a casarse con él. En aquel tiempo Helen lo odió por la presión que había ejercido sobre ella para lograr su objetivo, pero sólo tenía que recordar la felicidad y la alegría del rostro de Bárbara antes de morir para darse cuenta de que habían tomado la decisión adecuada. El enredo tendría que solucionarse de alguna forma más tarde.

—¿Helen? —Zack la sacudió con suavidad, mientras sus ojos se oscurecían. Ella lo miró con ternura y compasión—. ¡Helen!... —gimió, antes de besarla. Lástima era lo último que Zack deseaba que ella sintiera por él.

Con sus propias emociones al desnudo, el deseo sin control y los labios de Zack devorándola, mientras la acariciaban con pasión, Helen sintió la necesidad de ese hombre de poseerla.

Helen retrocedió.

—Zack, no podemos —jadeó—. ¡Aquí no! —gimió ante la imposibilidad de detenerlo.

La respuesta de Zack a esa objeción fue recostarla sobre la alfombra de color crema, sosteniéndole la mirada mientras le

desabrochaba el vestido despacio. Abrió la tela negra, de luto, que se había puesto para el funeral, y descubrió la ropa interior de encaje de color marfil que ella llevaba debajo.

Zack pasó una mano a lo largo del cuerpo femenino, quitándole la ropa rápidamente; hizo lo mismo con la suya y después se tumbó al lado de Helen. Un vello oscuro cubría su cuerpo, engrosándose en la base del estómago y los muslos.

Allí se detuvo la mirada de Helen, regresando a posarse con timidez en la cara de Zack.

El médico respiró con fuerza y sus ojos recorrieron todo el cuerpo de Helen mientras sus labios le besaban la garganta y luego más abajo, humedeciéndola, justo encima del pecho arqueado, antes de bajar la cabeza y succionar el tibio y erguido pezón, metiéndolo luego, con lentitud, en su boca. Mientras la lengua de Zack la lamía y jugueteaba con su pezón endurecido, un ardiente deseo invadió a Helen y le rodeó el cuello con los brazos, apretándose contra él, al mismo tiempo que el sexo de Zack le oprimía los muslos húmedos.

—Por favor, Zack —jadeó—. ¡Por favor!

—Es demasiado pronto para terminar esto —murmuró, negando con la cabeza, centrando su atención en el otro seno y repitiendo la exquisita tortura de esas caricias.

Pareció lo más natural del mundo dejar que su mano apreciara la sedosidad de la piel de sus muslos, quedándose allí, para encontrar el centro de esa pasión y, sintiéndola húmeda y excitada, Zack pensó en poseerla ya.

Su cuerpo se movió para cubrir el de ella y la penetró con suavidad, deteniéndose para que su amada se acostumbrara a sentirlo dentro de ella. Helen pensó que explotaría igual que él.

Pequeños espasmos de placer la estremecieron. Zack cabía a la perfección dentro de ella y su propio control desapareció con rapidez mientras sentía la necesidad de moverse y acariciarla.

Helen enlazó las piernas alrededor de las caderas de su amante, acercándolo todavía más, apretándose sin cesar contra él.

Zack levantó la cabeza para mirar la sonrojada cara de su compañera, la sensualidad de sus labios, donde la había besado, la ansiedad que se desbordaba de sus ojos azules y lo que vio allí lo tranquilizó, mientras empezaba a moverse dentro de ella, al principio despacio, después más deprisa. El placer que ambos sentían dejó de tener límites. Ella perdió el control, gritando con deleite en cada espasmo que la sacudía, llevándola al borde del

éxtasis. Y, al llegar al clímax, sintió que Zack explotaba dentro de su cuerpo, escuchó sus gemidos de satisfacción y se estremeció al comprender que ella le había proporcionado ese exquisito placer, llorando al mismo tiempo por haber tenido la oportunidad de hacer el amor con ese hombre.

Ese recuerdo y la claridad de cada uno de sus detalles permanecían fieles aún en su memoria, porque fue la primera y la única vez que Zack la amó. Excepto, quizá, esa noche.

Helen se sobresaltó cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par sin previo aviso, de modo que apenas tuvo tiempo de tapar su desnudez antes de que Zack entrara.

La recorrió con los ojos, burlándose de su rostro sonrojado, casi como si hubiera adivinado lo que ella había pensado segundos antes.

—Buenos días —la saludó con frialdad, colocando al lado de la cama una bandeja con zumo de naranja, café y tostadas, que él sabía era todo lo que Helen tomaba en el desayuno. ¡Por lo menos recordaba algo de esa mujer que había sido su segunda esposa!

—Buenos días —contestó Helen, enfadada, mientras se cubría con la sábana.

El olor de la comida la hacía sentirse enferma. La noche anterior había bebido demasiado y no podía disculparse con ese hombre por su comportamiento; pero sabía que debía darle una explicación a Emily y a Greg, cuando los viera en la fiesta de ese mismo día. Aunque lo último que deseaba era ir a una fiesta, y se estremeció sólo de pensar que oiría música a todo volumen.

Zack atravesó el dormitorio con pasos lentos y abrió las cortinas. La luz del sol entró por la ventana. Él alzó las cejas interrogándola al volverse y descubrir que lo observaba con intensidad.

¿Le había hecho el amor la noche anterior? ¿Había dormido desnuda en sus brazos? ¿Había acariciado el duro cuerpo de ese hombre? ¡Oh, Dios, sólo de pensarlo se le calentaba la sangre y se le enfriaba al mismo tiempo!

Zack sonrió con picardía cuando creyó saber lo que su mujer pensaba y luego se sentó en el borde de la cama.

—¿Has dormido bien? —inquirió con suspicacia.

Helen tragó saliva. ¿Había dormido bien? No recordaba lo que sucedió después de que la besara en la puerta de la casa.

La mano de Zack, con sus largos dedos, le acarició las mejillas sonrojadas.

—Has dormido como un bebé desde que te dejé, esta mañana —

le dijo con voz ronca.

¡Oh, Dios, había compartido con ella esa cama! Y la absoluta convicción que se reflejaba en los ojos castaños de Zack le reveló que no habían dormido toda la noche.

No lo entendía; el recuerdo del acto amoroso que vivió con Zack se le había grabado en la mente para siempre; sin embargo, ni siquiera recordaba haberse metido en la cama con él la noche anterior y mucho menos lo que pasó después.

Sonrió, confundida.

—¿Te divierte algo? —Zack ladeó la cabeza con curiosidad, mientras le tocaba el labio inferior con el pulgar.

¿Le divertía? ¡Le parecía tan gracioso que hasta quería llorar!

Pero en lugar de ello, Helen se sobrepuso, apartando la cabeza de esa mano que la acariciaba, pues ese contacto provocaba el más extraño efecto en todo su cuerpo, forzándola a removerse, incómoda. Sus pezones estaban tan duros y erectos, debajo de la sábana que los ocultaba, que deseó protegerlos de la cálida mirada de Zack.

—Estás perdiendo tu estilo, cariño —se burló ella, anhelando parecer convincente—. Tu actuación de anoche fue muy poco memorable.

El médico la miró con sorna en vez de ira, sin hacer el menor intento de levantarse de la cama, dejando que un muslo impidiera que Helen escapara del lecho.

—Quizá seas tú quien esté perdiendo la memoria —sugirió, inclinando la cabeza.

Helen lo observó fascinada, mientras su intención de besarla resultaba más y más obvia.

Casi en el último segundo, a sólo unos milímetros de distancia de los labios que iban a besarla, con el pulso latiéndole desenfrenado, presintiendo el placer que esa boca le ofrecía, Helen se apartó moviéndose al otro lado de la cama. ¿Al lado donde él había dormido la noche anterior? Desesperada, miró a su alrededor buscando algo con que ocultar su desnudez y correr hacia el cuarto de baño. Quizá los edredones eran más prácticos y fáciles de usar en una cama, pero no podía ponérselos alrededor del cuerpo y huir a la otra habitación.

Zack se levantó despacio, al parecer sin preocuparle que ella hubiera eludido el beso. Se estiró con languidez, y la tela de su camisa se pegó a sus anchos hombros, antes de ir hasta el armario que ocupaba una pared del dormitorio.

Revisó someramente el contenido del guardarropa.

—Toma —le lanzó algo.

Helen reaccionó por instinto, alzó las manos para coger la prenda de seda que Zack le había tirado y dejó caer la sábana que la cubría. Al instante sus senos sonrosados se mostraron a la mirada apreciativa de su anfitrión.

Ella se volvió y lo desafió levantando la barbilla; tenía treinta y cinco años, había hecho el amor con ese hombre, si no la noche anterior, por lo menos dos años antes y podía dejar de comportarse como una torpe adolescente, demasiado tímida para enseñar su cuerpo desnudo.

Se encogió de hombros al recordar la noche anterior; debía averiguar si había hecho el amor con Zack.

Le había lanzado una de sus camisas blancas de seda, y la suavidad de la tela le acarició la piel al ponérsela.

Zack se quedó parado en medio del dormitorio, observándola mientras ella se abrochaba la prenda con manos temblorosas.

Se puso de pie. La camisa apenas le llegaba a los muslos, dejando al descubierto sus largas piernas. Y, aunque decidió con firmeza no mirar a Zack, sabía que él seguía estudiándola.

—He llamado por teléfono a tu padre para decirle que estabas sana y salva —le informó en voz baja.

Ahora fue Helen la que lo observó, alzando la cabeza rápidamente, como si la hubiera golpeado. ¡Había telefoneado a su padre! ¡Oh, Dios, ella ni siquiera le había dedicado un pensamiento, ni esa mañana ni mucho menos la noche anterior! Empezó a dolerle la cabeza otra vez y se llevó la mano a la sien que le latía, martirizándola.

—¿Te sientes mal? —inquirió Zack, irónico—. Tengo algo en el baño que te aliviará ese dolor de cabeza.

Él le producía ese dolor de cabeza, pensó Helen, irritada, mientras lo oía buscar en el armario del baño contiguo. Ellos dos no eran los únicos que sabían que había pasado la noche allí, con él: ahora también su padre estaba enterado. Quizás ella hubiera podido inventar que se había quedado en el apartamento de Emily, si Zack no hubiera intervenido, y sólo habría tenido que disculparse por su falta de delicadeza al olvidarse de llamarlo para informárselo. Desde luego, le parecía ridículo darle explicaciones a su padre, pero vivía con él y se había convertido en una costumbre. ¡Y nunca había pasado una noche fuera de casa!

Zack regresó con la medicina que le había prometido y un vaso

de agua y se detuvo al lado de su invitada para que se tomara las pastillas que le ofrecía.

Debía de tener un aspecto horrible, lo sabía, todavía con el maquillaje de la noche anterior, despeinada y…

—Estás preciosa —le susurró Zack con dulzura.

¿Cómo supo que...? Helen lo contempló azorada. Un recuerdo nebuloso se aclaraba en su cerebro, algo relacionado con las palabras que él acababa de mencionar. ¿Las había pronunciado antes?

Recordó de pronto. Anoche. Antes... No, no podía pensar en eso, debía concentrarse en el aquí y el ahora.

Le tendió el vaso vacío a Zack.

—¿Cuándo has llamado por teléfono a mi padre? —indagó, cautelosa.

Él levantó las cejas, encogiéndose de hombros.

—Anoche. Sabía que no querías que se preocupara —agregó, sarcástico, enfatizando el hecho de que a él le importaba poco que su padre se preocupara o no.

Eso significaba que el anciano había tenido toda una noche para pensar los reproches que le haría sin siquiera alzar la voz. Un final perfecto para una noche horrible.

Zack observó las emociones que se reflejaban en el rostro de Helen.

—Ya no eres una niña, cariño —le recordó con suavidad.

Pero la relación con su padre no se basaba en la madurez. Quería que su vida transcurriera sin problemas y nunca olvidaba el hecho de que su padre tomaba medicinas para controlar una dolencia cardiaca. Se preguntó si se habría acordado de tomar sus pastillas, sin que ella se las llevara a la cama.

Su rostro adquirió una expresión atormentada.

—Debo irme, Zachariah —anunció, distraída—. Si me dices dónde dejé mi ropa... —sus palabras se desvanecieron al ver dónde había dejado su ropa: estaba desperdigada por el suelo del dormitorio.

No quería pensar en cómo había llegado allí. Recogió deprisa el vestido azul y su sujetador y sus bragas, éstas últimas todavía enredadas con sus medias.

Zack seguía parado a unos centímetros de ella cuando se enderezó con las mejillas sonrojadas, mientras la tibieza del aliento del médico le rozaba la sien.

Helen murmuró una leve protesta y corrió hacia el cuarto de

baño.

Su voz burlona la persiguió:

—Después de lo que sucedió anoche, el divorcio queda descartado, querida.

__Capitulo 5__

Helen se volvió para enfrentarse a Zack, y se apoyó en el tocador con una mano.

—¿Qué has dicho? —no creyó haber oído bien; Zack no podía haber dicho que ya no estaba de acuerdo en divorciarse.

Zack tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y se encogió de hombros.

—No nos divorciaremos en septiembre —repitió con aspereza.

Lo había dicho realmente, pensó Helen. Pero no podía hablar en serio. Debía de ser una broma. Sin embargo, también había pensado que el anuncio del compromiso matrimonial de Emily y Greg era una broma.

Pero eso era diferente, se reprendió; sus hijos todavía no se habían casado, mientras que Zack y ella no habían roto el contrato matrimonial, como ansiaba. Ya le había pagado con creces; dos años siendo la esposa de Zack le parecían tiempo suficiente para que anhelara escapar de esa cárcel.

—¿Porque pasamos la noche juntos? —protestó, incrédula—. No harás que...

—Helen, aunque nuestra última noche te haya dejado un agradable recuerdo, yo me refería al compromiso matrimonial de nuestros hijos — la miró, sarcástico.

Helen se seguiría sonrojando siempre, si seguía cerca de ese hombre, pues aún no había aprendido a controlarse. Pero se sintió tan tonta por haber supuesto que él se refería a la noche de ayer, allí juntos, en su cama, que aceptó que la pusiera en su sitio con firmeza.

¿Por qué creyó que insinuaba otra cosa? Ya habían hecho el amor antes y eso no impidió que lo abandonara, después de la muerte de Bárbara. Zack no trató de detenerla porque hubieran hecho el amor y lo sucedido la noche anterior no cambiaría su decisión de pedir el divorcio. Y ella pensó que el compromiso entre Emily y Greg tampoco debía afectarlos.

—Desde luego —afirmó, tensa, sin mirar la burla que se reflejaba en los ojos de Zack—. Pero yo suponía que, cuanto antes nos divorciáramos y rompiéramos la conexión que une a nuestras familias, más oportunidades tendrían Emily y Greg de darse cuenta de que cometen un grave error.

—No estoy de acuerdo contigo —afirmó Zack—. Ellos...

—Sabía que no lo estarías —Helen movió la cabeza, enfadada—. Nunca lo has estado, así que ¿por qué empezar ahora? —suspiró con impaciencia.

—Mira, Helen, yo no... ¿Por qué no te pones la ropa? —preguntó de pronto, impaciente—. No podemos hablar de una forma razonable mientras tú estés vestida, o desvestida, de esa manera —entrecerró los ojos, criticándola.

—Estoy segura de que has «hablado» con mujeres que tenían menos ropa que yo —se burló, pues conocía bastante bien las mañas de ese hombre.

Quizá estuvieron casados, pero eso no impidió que Zack continuara llevando su vida privada igual que antes de contraer matrimonio, aunque de una manera discreta para que Bárbara no se enterara, desde luego. Pero Helen siempre lo supo.

—Pero no con mi mujer —sentenció con parquedad.

Helen contuvo el amargo comentario que iba a hacer: «con la mujer de otro», al ver que el médico apretaba los dientes. ¡Dios bendito, a Zack lo afectaba su desnudez debajo de la camisa de seda! Ese «superhombre», a pesar de sus ironías, tenía un punto débil. Era humano, después de todo.

Entonces se dio cuenta de lo injusta que había sido con él; le había propuesto matrimonio por el cariño que sentía por su madre. Zack se sacrificó tanto como ella al firmar ese contrato matrimonial. No, claro que no, se dijo. La vida de Zack continuó igual que antes de casado; a Helen, en cambio, le cambió completamente la existencia. ¡Y todavía no se había recuperado!

—¡Con la mujer de otro! —replicó Helen al fin, desafiante, sin poder contenerse más. Entró en el cuarto de baño y dio un portazo para intentar recobrar su objetividad.

Se apoyó en la puerta, respirando con rapidez, sintiendo la presencia de él al otro lado de la puerta cerrada. Durante varios segundos se quedó inmóvil; entonces lo escuchó moverse a través del cuarto y cerrar la puerta con un débil ruido, antes de bajar por la escalera. Helen suspiró con alivio al oír que él se alejaba. Cuanto antes se vistiera y saliera de allí, mejor.

La ducha no la reanimó y !e dolía todo el cuerpo, a pesar de que el malestar se centraba en su estómago, por haber bebido en exceso.

Cuando se vistió, Helen recordó lo sucedido la noche anterior. No lo que pasó allí, entre Zack y ella, sino lo que condujo a ese desenlace. Se miró en el espejo. Ese vestido azul que se amoldaba a su cuerpo, enfatizando sus curvas, le indicó que se había propuesto demostrarle a Zack que era una mujer atractiva.

¿Deseó que él le hiciera el amor? No, sabía que no lo planeó; sólo quiso que se diera cuenta de que era una mujer deseable. ¿Por

qué? Lo ignoraba. ¡Dios, cuánto odiaba a las mujeres «confusas» y ahora se había convertido en una de ellas!

Zack la esperaba en el estudio cuando ella bajó por la escalera; seguramente quería terminar con ese problema cuanto antes. Se estaba tomando una taza de café y había una jarra encima de la mesa.

Helen se detuvo en la puerta para observarlo sin que la viera, durante unos instantes, preguntándose si le exigiría una explicación por el reproche que le había hecho antes de refugiarse en el cuarto de baño; lo último que quería era que se recriminaran por el pasado.

Zack se volvió y la descubrió, como presintiendo que ella estaba allí. Su mirada burlona se detuvo en la bandeja que ella sostenía, con el pan tostado y el zumo de naranja intactos.

—Déjala en la mesa—señaló Zack—. La señora Grey la limpiará, junto con esto.

Hay café recién preparado en la jarra —no le dio importancia al hecho de que ella ya se hubiera bebido el que él le subió.

—No, gracias —Helen juntó las manos con torpeza, una vez que dejó la bandeja en su sitio.

Ese gesto revelaba cómo se sentía esa mañana, incómoda y un poco avergonzada después de pasar la noche con ese hombre, que, desde luego, no era algo que se convertiría en una costumbre.

La verdad del asunto se centraba en que sólo había tenido dos amantes en su treinta y cinco años. Hizo el amor con Ian una vez antes de que se casaran y esa única ocasión resultó apresurada y torpe, porque él debía regresar a su casa a las diez y media y habían pasado demasiado tiempo en el cine. Esa relación insatisfactoria entre dos adolescentes inexpertos originó el nacimiento de Emily.

Ian tenía diecisiete años, y cuando el padre de Helen se reunió con los del muchacho, a la joven pareja no le quedó más remedio que casarse. Su padre le planteó dos opciones: «O te casas con Ian o abortas», puesto que no aceptaba que su respetabilidad que tanto cuidaba quedara en entredicho a causa de un nieto ilegítimo.

Su pobre madre estuvo a punto de sufrir un colapso nervioso porque su marido juró que si Helen no se casaba con Ian la echaría de casa y no volvería a verla.

Ese matrimonio fue un desastre desde el principio. Los jóvenes fueron a vivir a casa de los padres de Helen después de la boda, pensando que se irían tan pronto como pudieran alquilar un apartamento. Pero cuando Helen estaba en el sexto mes de

embarazo, su madre murió repentinamente de un ataque cardiaco y, después de eso, su padre descartó la posibilidad de que los jóvenes se independizaran y lo dejaran solo. Helen siempre sospechó que la tensión producida por su embarazo provocó el ataque que mató a su madre.

Ian detestaba la forma en que vivían y empezó a salir de casa tato como le era posible y más todavía cuando nació Emily. También empezó a beber. Las relaciones sexuales en su matrimonio, nunca fueron excitantes para Helen; no volvieron a reanudarse después del nacimiento de la niña. Los dos vivían más como hermanos que como marido y mujer.

Ian había bebido bastante cuando se estrelló con su moto contra un coche y murió en el acto. Resultó muy difícil para Helen mantener las amistades que había hecho en el colegio, pues ya no tenía nada en común con las otras adolescentes, ya que se había convertido en esposa, madre y viuda en menos de un año. Así que se dedicó a educar a Emily y a formar un hogar para su padre y, cuando la niña empezó a ir al colegio, encontró un trabajo de media jornada. Más tarde empezó a trabajar en jornada intensiva, sin descuidar a su familia.

Helen todavía era joven, pero no tenía vida social. Sus actividades giraron alrededor de Emily y su padre. Carecía de los requisitos que solicitaban en la mayoría de los empleos, a excepción de su don natural para arreglar flores, el cual al fin le proporcionó un medio para ganarse la vida. En el plano personal, rechazaba las oportunidades para iniciar una relación con un hombre.

Así que no hubo ningún otro en su vida hasta que conoció a Zack. Y esa vez, dos años antes, fue la única en que hizo el amor.

Hacer el amor con Zack no podía compararse con haber estado con Ian. La suavidad de aquél, su ternura y experiencia, convirtieron esa relación en un agradable momento para ambos. Fue tan hermosa, que Helen la recordaba para darse ánimos cada vez que se sentía deprimida o vencida por algo.

Dos años antes se había dado cuenta de que amaba a Zack, por la forma en que la hacía sentirse con sus manos y sus labios, pero en cuanto recuperó la cordura, comprendió que él estaba arrepentido de haber llevado la relación a un plano íntimo.

Helen se encogió de hombros, poniéndose a la defensiva, al mirarlo al otro lado del estudio.

—Tengo que irme —le informó con tranquilidad.

Zack notó lo pálida que estaba.

—No hemos terminado nuestra conversación —le recordó, despacio.

Ella negó con la cabeza.

—No estoy en condiciones para hacer lo que me pides en este momento —lo que le había dado Zack para el dolor de cabeza no le había aliviado el malestar de estómago.

Zack torció los labios.

—¿Y cuándo crees que «estarás en condiciones»? —ironizó.

No había ninguna expresión en el rostro de ese hombre que demostrara que poco tiempo antes, en el dormitorio, la desnudez de la mujer que tenía delante de él lo hubiera perturbado. Zack mantenía un absoluto control sobre sus emociones, lo que enfurecía a Helen, quien todavía se sentía incómoda por llevar la misma ropa de la noche anterior.

—No hay nada más que discutir —le dijo Helen, terminante—. Hablaré con Emily acerca de lo imposible que resulta que se casen en septiembre y espero que hagas lo mismo con Greg.

—Oh, desde luego que hablaré con él, aunque no me haga ningún caso —

replicó, sarcástico.

Ella levantó las cejas ante esa actitud.

—Greg es tu hijo.

—Exacto —reconoció Zack con toda intención—. Yo no escuché a mis padres cuando me aconsejaron que no me casara tan joven, así que dudo que Greg me obedezca. En el aspecto económico —agregó con energía, acallando la protesta de Helen ante esa afirmación—, aun si no lo ayudara, Greg recibe una pensión de la herencia de mi madre que le permitiría sobrevivir. Emily y él no se morirían de hambre. Además —concluyó Zack con suavidad—, yo no desapruebo que ellos quieran casarse.

Helen intentó protestar:

—Pero... pero...

—Se sienten bien juntos, ¿no lo has notado? —sonrió con indulgencia al pensar en la buena pareja que hacían sus hijos.

Ella también se había dado cuenta de lo bien que se compenetraban Emily y Greg y ese hecho sólo la desanimó más. No podía olvidar que los dos adolescentes se habían conocido a causa de ellos.

—Son demasiado jóvenes, Zack...

—Desde luego que son demasiado jóvenes —aceptó, irritado; su indulgencia desapareció para convertirse en impaciencia—. Cuando

dije que no aprobaba que se casaran, me refería a eso. Pero comprendo que, ante la ley, no podemos impedirles que lleven a cabo su matrimonio, si así lo han decidido, aun sin nuestra aprobación.

Y ese par de enamorados son tan obstinados que no desistirán de seguir adelante con sus planes —añadió, con seriedad—. Por tal razón, no estoy de acuerdo con que prosigamos con los trámites del divorcio.

Helen frunció el ceño, moviendo la cabeza, confundida.

—Zack, lo que dices no tiene sentido. ¿Por qué va a afectar nuestro divorcio al matrimonio de Emily y Greg?

Él se encogió de hombros.

—Recordé algo así como: «La división crea la derrota».

Helen recordó que ella también lo había pensado, vagamente, la noche anterior.

—Tú nunca has sido derrotado, Zack —se burló.

Él la contempló con una expresión inescrutable en los ojos.

—¿No? —murmuró al fin—. Considero el divorcio como un fracaso.

—¡Eso es ridículo! —repuso ella con las mejillas sonrojadas—. ¡Nosotros ni siquiera estuvimos casados!

Zack negó con la cabeza.

—Yo sabía lo que hacía cuando me casé contigo.

—Yo también —afirmó ella, de malhumor. Recordó que Zack se aseguró de que los últimos meses de vida de su madre fueran felices y continuó con su vida privada igual que antes—. Seguiré con mis planes y solicitaré el divorcio en septiembre, Zack —le advirtió, obstinada.

—¿Por qué? —él frunció el ceño ante esa obstinación—. ¿Hay alguien más en tu vida?

—No —contestó Helen de inmediato.

En cambio, siempre hubo alguien más en la vida de él. Entrecerró los ojos, furioso.

—Solicítalo, si es lo que quieres, Helen, pero jamás te lo daré.

Ella, enfadada, lo fulminó con la mirada sintiéndose frustrada.

—Te portas como un niño caprichoso. Que no nos divorciemos ahora no afectará a la decisión de Emily y Greg —de hecho, quizá tuviera el efecto contrario, pues sus hijos pensarían que trataban de salvar su relación y la idea del matrimonio saldría reforzada.

—¿Por qué demonios crees que quieren casarse tan jóvenes? — la retó Zack, furioso, mientras cada músculo de su cuerpo se

tensaba—. Con frecuencia los hijos de matrimonios separados...

—Greg y Emily no provienen de hogares rotos —protestó Helen indignada—.

Nuestros respectivos cónyuges murieron.

—Y nosotros dos, por la razón que fuera, nos casamos años después y les dimos una vida familiar.

—¡Que apenas duró cinco meses, Zack! —exclamó, incrédula. ¡No podía aceptar que ese hecho que él mencionaba tuviera relación con el problema al que se enfrentaban!

Zack la miró con severidad.

—Para ellos fue suficiente para que decidieran que deseaban continuar viviendo juntos —le señaló con firmeza.

Helen abrió mucho los ojos.

—Espero que no estés sugiriendo que todos volvamos a mudarnos a tu casa, esperando que Emily y Greg cambien de opinión respecto a casarse, ¿vedad? —

protestó Helen, respirando con fuerza—. Porque si lo haces...

—No lo hago —la interrumpió, cortante—. Sólo sugiero que, si no sintieran que los lazos familiares amenazan con romperse, quizá podría persuadírseles para que pospusieran sus planes de matrimonio por algún tiempo. Y una vez que eso sucediera, trataríamos de convencerlos de que prolongaran aún más su compromiso.

¿Qué tenía ese hombre que lograba que aun las ideas más ilógicas adquirieran sentido, por lo menos en lo que a elle se refería? Lo mismo sucedió cuando Bárbara expresó su ferviente deseo de verlos casados; una vez que Zack se lo explicó, le pareció algo razonable y correcto, digno de llevarse a cabo.

Sin embargo, Helen no debía olvidar la forma en que ese acto, tan razonable y correcto, influyó sobre todos ellos. Bárbara quizá murió feliz creyendo en la solidez de ese matrimonio, pero ahora ambos estaban pagando esa dicha con el compromiso de Emily y Greg.

Helen sacudió la cabeza, decidida.

—No estoy de acuerdo contigo, Zack.

—No tienes que estarlo —repuso él, cortante—. Después de dos años de separación, todavía tengo que acceder a tu petición de divorcio para que se lleve a cabo y no pienso darte mi consentimiento, lo cual retrasará el proceso durante algún tiempo. Ahora —añadió con energía, poniéndole punto final a la discusión —, te sugiero que aceptes que te lleve al restaurante para que

recojas tu coche. Lo dejaste allí ayer, ¿recuerdas? —se burló, mientras ella lo miraba sin comprender.

No, no lo había recordado hasta ese momento. Entonces, los enanitos que había dentro de su cerebro empezaron a usar sus martillos de nuevo, mientras Helen recordaba que la noche anterior había bebido demasiado para poder conducir y que, por tal razón, su coche se había quedado en el aparcamiento del restaurante.

Capítulo 6

—Has pasado la noche con ese hombre, Helen —la acusó su padre, indignado.

Zack la había llevado al restaurante a recoger su coche sin pronunciar una palabra. Helen le aseguró que podía coger un taxi, pero él se negó a ello. Su ira aumentó cuando Helen le ofreció de nuevo reembolsarle el dinero de la cena que había pagado la noche anterior.

Él ni siquiera pareció escuchar cuando Helen le dio las gracias, no muy convencida, ya que siguió apretando los labios con desprecio.

Cuando Helen llegó a su casa conduciendo su coche, le dolía todo el cuerpo y ahora debía enfrentarse a los reproches de su padre, a pesar de que ya los esperaba.

—Supongo que si hubiera sido cualquier otro hombre no te habría importado

—replicó, enfadada porque la regañaba como si fuera una niña.

El hecho de que nunca se hubiera quedado a dormir con otra persona no significaba que ella no tuviera derecho a hacerlo, si así lo deseaba.

Su padre se irguió; estaba en buena forma física para un hombre de su edad.

—Me importaría, bajo cualquier circunstancia, que mi hija se comportara como una...

—Zack sigue siendo mi marido, papá —le recordó con voz controlada, antes de que él usara la palabra que la haría disgustarse bastante.

¡Iba a vomitar en el momento menos pensado!

—Por mera casualidad —prosiguió el anciano, sin retractarse—. En unos cuantos meses...

—No quiero hablar de eso —lo interrumpió, enérgica. Poco faltó para que gritara.

—Del mismo modo que no quisiste hablar cuando descubriste que ese hombre...

—¡Tiene un nombre! —lo miró colérica y sonrojada por el enfado.

—Cuando descubriste que Neilson —se corrigió su padre con marcada intención—, tenía una relación adúltera con una mujer casada, mientras vosotros vivíais juntos, como esposos —respiraba con jadeos entrecortados por la emoción y su tez adquirió un tono

lívido, que endurecía la expresión de su rostro.

La ira de Helen desapareció. Deseó no haberle confiado nunca a su padre que existía otra mujer en la vida de Zack.

Llevaba casada con el médico casi dos meses cuando averiguó la razón por la que su madre estaba tan ansiosa de verlo sentar la cabeza, con una esposa... propia.

Zack había estado enamorado de esa mujer durante años, pero ella tenía marido.

Bárbara se lo confió un día, cuando Helen se sentó a leerle durante un rato, después de cenar.

La anciana estaba feliz por el aparente éxito de haber unido en matrimonio a Zack y a Helen.

—Mi hijo estaba desperdiciando su vida, esperando que Olivia dejara a su marido —Bárbara frunció el ceño por el esfuerzo de hablar—. Nunca lo dejará—negó con la cabeza, con la sabiduría de los ancianos; su cabello canoso todavía conservaba un peinado impecable. Bárbara llamaba a la empleada de un salón de belleza para que la peinara dos veces por semana y la maquillara cada mañana, aunque para entonces su rostro estaba demacrado a causa de la enfermedad.

Helen la escuchó como en un sueño; Zack amaba a otra mujer, a una mujer casada con otro hombre.

—Desde luego, es admirable que Olivia haya continuado con su marido durante todos estos años después del accidente —prosiguió Bárbara, sin darse importancia al asunto y sin percatarse de la reacción de Helen. Quizá creía que Zack le había confiado ese secreto a su esposa—. Pero la relación de ambos no tenía futuro.

En realidad, nunca lo tuvo. Y ese amor romántico, que coloca a la mujer en un pedestal, no le calentará la cama a mi hijo por las noches —agregó, traviesa—. Ni le hará compañía en su viudedad —frunció el ceño al pensar en su propia viudedad y en todos los años que había pasado sin volverse a casar. Como era una mujer atractiva, si duda tuvo muchas oportunidades de hacerlo, pero prefirió dejarlas pasar. Y, desde luego, no deseaba que Zack viviera lo mismo que ella.

Helen controló su sorpresa y desilusión al doblar el periódico que había estado leyendo y ponerlo a un lado.

—Sin embargo, debe ser muy difícil para Olivia —afirmó.

No entendía cómo podía conservar la voz normal. ¡Zack estaba enamorado de una mujer casada, por esa razón nunca contrajo matrimonio! Increíble. Siempre supuso que lo único que le

importaba al médico era su familia y su trabajo, aunque no siempre en ese orden. Ahora empezaba a preguntarse si Zack permanecía en el hospital todas las horas que él aseguraba.

Bárbara continuó:

—Creo que gozaba interpretando el papel de la esposa valerosa y sonriente durante todos estos años —expresó, escéptica—. Pero logró jugar con Zack diciéndole que era su deber permanecer al lado de su esposo inválido. No puedo expresarte lo aliviada que me siento porque mi hijo se haya enamorado de ti —sonrió a Helen con ternura—. Llegué a desesperarme y a creer que no sucedería nunca.

Zack, un hombre tan decidido, debió sufrir intensamente al amar a una mujer que estaba atada por el deber a un marido inválido, que jamás dejaría de necesitarla.

Y Helen, que se había enamorado del hombre con quien se casó, ahora sufría de igual forma. Pero nunca debió, en un momento de desesperación, confiarle ese secreto a su padre después de despedirse de Bárbara aquel día. Sabía que el anciano no lo planeó así; sin embargo, cada vez que se le presentaba la oportunidad, la animaba a separarse de su esposo, alegando su flagrante infidelidad. Nunca se enteró de que se trataba de un matrimonio por conveniencia y que ella no tenía derecho a protestar o a quejarse de las amistades de Zack.

Por lo tanto, nadie supo lo herida que Helen se sentía por haber descubierto la presencia de Olivia en la vida de Zack, ni el dolor que le causaba el amor que le inspiraba ese hombre.

Nunca le hubiera permitido hacerle el amor, el día del entierro de su madre, si no lo hubiera amado. Se alegró de saber que fue ella la que estuvo a su lado cuando necesitó que lo consolaran. Pero después, cuando él permitió que el matrimonio terminara, Helen comprendió y tuvo que aceptar que Olivia había ganado. Era a ella a quien amaba.

Aunque Olivia aún era inalcanzable para él. A pesar del divorcio, no podría casarse con su amante.

—¿Y qué vamos a hacer respecto al compromiso de Emily con el hijo de ese tipo? —preguntó su padre de pronto—. ¡Oh, sí, Helen, también he descubierto eso!

—se burló con rudeza de la consternación que se reflejó en la cara de su hija—. Varias personas llamaron por teléfono esta mañana para felicitarnos —torció la boca, disgustado.

Ella se llevó la mano a la sien, que le dolía.

—Emily ha elegido a Greg…

—¿Y qué sucederá si es tan inmoral como su padre?

—¡Zack no es inmoral! —lo defendió Helen de inmediato.

—Supongo que tener una relación con una mujer casada cuando acababas de convertirte en su esposa, no puede considerarse como el acto de un hombre leal y responsable, ¿verdad? —se burló su padre.

Los ojos azules de Helen le advirtieron al anciano que no debía hacer sangrar una herida que nunca había cicatrizado por completo.

—Y supongo que tú nunca has cometido un error, ¿no es cierto? —lo acusó enfadada, sin cautela—. Edward Jackson, un modelo de virtud —mientras le gritaba ese insulto, Helen se arrepintió de su estallido de ira y palideció—. Oh, papá, lo siento —gimió, despreciándose. Luego se acercó al anciano.

—No... no des un paso más —el anciano extendió el brazo para detenerla—.

Una noche en la cama de ese hombre y ya te has convertido en una verdulera histérica —mantenía la espalda rígida por la indignación—. No estoy seguro de reconocer a la hija que eduqué.

O de querer reconocerla, añadió Helen en silencio, mientras lamentaba lo sucedido. Su padre tenía razón, se estaba comportando como una verdulera y, si se peleaban, no resolverían los problemas que surgían de esa situación.

Helen suspiró hondo para tranquilizarse.

—Sucede que Zack y yo estamos de acuerdo contigo sobre el compromiso de Emily y Greg.

—Ah, ¿realmente encontrasteis tiempo, anoche, para hablar de ese tema? —

ironizó el viejo.

—Papá... por favor —lo miró implorante y suspiró con fuerza cuando no recibió ni un gesto alentador de la rígida expresión del anciano—. Lo estamos intentando, sin correr el riesgo de enfrentarnos a ellos y enemistarnos de tal forma que ya no escuchen ninguna razón para posponer sus planes de boda.

—¡Que el cielo no permita ese nefasto acontecimiento! —exclamó su padre, indignado—. Así es como yo lo hubiera hecho.

Sí, desde luego, pensó Helen, cansada. Así es como él lo hubiera hecho y, si en el camino debía pasar por encima de otras personas, no dudaría en hacerlo. Pero Emily estaba muy lejos de comportarse como una adolescente dócil, como Helen en su juventud. Su hija tenía y tomaba decisiones propias.

Movió la cabeza, pensativa.

—Ninguno de los dos necesita nuestro consentimiento para actuar. Sólo podemos intentar convencerlos, nunca ordenarles —aunque estaba segura de que a Zack le hubiera encantado ejercer su autoridad.

Su padre apretó los dientes.

—Te diré lo que me gustaría hacerle a esa jovenci...

—Emily quiere casarse con Greg —le aclaró, irritada.

—Esa niña es demasiado joven para saber lo que quiere —afirmó el anciano, descartando tal posibilidad con un ademán violento.

—A su edad yo era esposa y madre —le recordó Helen con un suspiro.

—¡Exacto! —exclamó su padre, triunfante—. Y mira el lío en que se ha convertido eso. ¡En un desastre!

Helen tuvo que morderse la lengua para no recordarle que él insistió en que se casara con Ian en aquel entonces; que ellos, cuando se dieron cuenta de que Emily iba a nacer, también comprendieron que su relación era una absoluta equivocación. Pero, ante el insistente comportamiento de su padre, no se atrevieron a rebelarse y agravaron el error casándose.

Su padre nunca lo vio de ese modo o quizá prefirió olvidar los hechos con el transcurso de los años. Igual que ahora no la escuchaba con atención. Y, como no había forma de razonar con él acerca del compromiso de Emily y Greg, Helen decidió callarse. Sentía demasiado malestar para continuar con esa discusión.

—Tengo que acostarme y descansar, papá —dijo, con el rostro demacrado—.

Necesito sentirme mucho mejor si quiero ir a la fiesta de Emily esta noche —pero no bebería ni una copa de champán. Ni esa noche ni nunca, ya que le afectaba tanto.

Su padre entrecerró los ojos.

—¿Neilson también irá a la fiesta?

Helen ni siquiera lo había pensado, pero suponía que sí.

—Quizá —susurró, con precaución.

—En tal caso, te acompañaré —decidió su padre con firmeza.

Helen lo miró indignarla. La razón por la que habían organizado dos celebraciones había sido para que su padre pudiera festejar el cumpleaños de Emily, sin tener que asistir a una ruidosa fiesta de adolescentes. Y ahora, sólo porque la noche anterior no había cenado con Emily a causa de su terquedad y porque creía que Zack volvería a acercarse a su hija, estaba dispuesto a soportar una

«reunión ruidosa».

Helen estaba a punto de gritar y vomitar, al mismo tiempo.

—Como quieras, papá —asintió, cansada—. Pero espero que comprendas que no podré irme a mitad de la fiesta para traerte a casa, si decides que el sonido de la música y las voces de los chicos te resultan insoportables —le advirtió, sintiéndose demasiado enferma para razonar con su padre.

—Ya me las arreglaré —prometió con aspereza—. Y si decido irme, pediré un taxi.

Pero si lo hacía, no dejaría de reprochárselo mientras viviera. Treinta horas antes Helen no sospechaba que su vida se convertiría en un caos, ni siquiera, que todavía reaccionaba con una pasión desconcertante a la cercanía de Zack. Amaba a su marido, pero el hecho de no tener que verlo cada día le permitía soportar ese sentimiento y seguir viviendo. Porque su amor era un amor sin futuro. Zack todavía mantenía relaciones con la hermosa Olivia y quizá siempre sería así. Y la noche anterior... oh, Dios, ¡la noche anterior!

—Nos veremos más tarde, papá —Helen apenas tuvo tiempo de disculparse antes de subir por la escalera para llegar al cuarto de baño y vomitar. No sabía si porque había bebido demasiado, porque había comido algo que no le había sentado bien o... ¡adivinaba a qué lo atribuiría Zack!, pero ahora se sentía muy mal. Estaba pálida cuando terminó de vomitar y gotas de sudor resbalaban por su frente, además de que sentía un fuerte dolor de estómago.

—Tienes muy mal aspecto —comentó su padre en el momento en que ella salió del baño.

Se había lavado la cara con agua fría y se sentía menos acalorada, aunque un poco mareada.

—Debiste explicarme que te ibas a meter en la cama porque estás enferma —le reprochó su padre en tono acusador.

Estaba segura de que su padre pensaba que estaba tan exhausta después de pasar la noche en brazos de Zack, que sin duda necesitaba recuperarse durmiendo.

Helen dudaba de que darle una explicación a su padre lo hiciera cambiar de actitud y rectificara el modo en que la trataba desde que había vuelto a casa.

—No tiene importancia, papá —suspiró con tranquilidad—. Me sentiré mucho mejor en cuanto duerma un poco —notó que la desaprobación del anciano aumentaba al interpretar que no había dormido nada. No había pasado la noche en vela, sólo que no

recordaba ningún detalle para poder defenderse.

Cuando se acostó seguía doliéndole el estómago. Durmió inquieta; de pronto, se despertó y corrió otra vez al cuarto de baño para volver a vomitar. Lo hizo con bastante dificultad debido al dolor que sentía todavía.

Trastabilló hasta llegar a la cama y esa vez se hundió en su sueño profundo.

Cuando se despertó, luchó por abrir bien los ojos y enfocar la mirada, pero una luz la cegaba. Entonces vio a Zack.

—¿Qué haces aquí? —Helen le apartó la mano de su cara, eliminando la luz con ese movimiento, mientras luchaba por sentarse.

—Tiene la desvergüenza de venir a esta casa, Neilson —el anciano se puso de pie al otro lado de la cama, mirando colérico al médico, que se había sentado en el borde del lecho—. Después de empujarme para pasar...

—Me dijo que Helen estaba enferma —replicó Zack con dureza —. Y desde luego que vine.

—¿Por qué recibe mi hija sus súbitas atenciones, Neilson? —se burló el anciano —. Helen ha estado enferma de vez en cuando en los últimos dos años y no creo recordar que usted haya venido a atenderla —se mofó, con ironía.

Helen acababa de despertarse y no quería oír esa clase de discusiones, y menos después de consultar el reloj que estaba al lado de su cama y darse cuenta de la hora que era. ¿Y qué hacía Zack allí?

El cirujano se puso de pie y los dos hombres se retaron con la mirada. Uno era alto y fuerte, el otro, obstinado e indomable a pesar de sus años.

—Si alguien me hubiera informado que Helen me necesitaba, habría venido —

afirmó Zack, iracundo.

El anciano torció la boca, sarcástico.

—Ninguno de nosotros pensamos que le importaría tanto.

Los ojos de Zack brillaron con furia mientras sus mejillas adquirían un tono lívido.

—Escúcheme un momento, Edward, siempre lo he respetado desde que lo conozco...

—¿Y acaso considera que me ha hecho un favor? —preguntó el anciano, furioso.

—Lo hago por Helen —terminó Zack, manifestándole a Edward

su desprecio—.

Pero no se imagine que lo haré por tiempo indefinido —le advirtió, en tono de amenaza—. En mi opinión, usted causa muchos problemas con sus interferencias, manipulaciones y terquedades de…

—Viejo —concluyó Edward, con sorna—. Los tipos como usted siempre insultan usando esa clase de palabras.

Zack entrecerró los ojos.

—Ni siquiera pensaba mencionar su edad. Porque no creo que eso tenga nada que ver con su forma de actuar, supongo que siempre ha sido así.

Ese intercambio de palabras terminaría en una pelea si Helen no intervenía en ese instante. Mientras, los dos hombres se miraban como si disfrutaran con ese enfrentamiento. Helen pensó que no podría soportarlo.

—¿Me permitís?

Casi se rió al observar la expresión de Zack, quien recordó de pronto la presencia de la enferma en el dormitorio. Se lo impidió la manera en que su padre se volvió hacia ella para mirarla con desprecio. Eso acabó con sus intenciones de redentora.

—Mi presencia estorba en esta habitación —comentó el anciano, con dignidad —. Bajaré a prepararte un poco de té, Helen.

Ella hizo un gesto a Zack cuando el anciano salió del cuarto sin ofrecerle una taza de té a él. Nunca le había caído bien, pero aun así…

—¿Qué haces aquí? —repitió su pregunta inicial.

—¿Además de molestar a tu padre? —bromeó Zack—. ¿Te refieres a eso?

—Sí —reconoció con sequedad—. Además de eso.

Él se encogió de hombros; todavía llevaba el pantalón y la camisa de color crema que vestía esa mañana.

—Llamé por teléfono hace media hora para decirte que había vuelto a hablar con Greg y con Emily y que han accedido a discutir su compromiso con nosotros, mañana por la tarde. Hoy queda descartado por razones obvias —añadió—. Pero pensé que te gustaría saber que he logrado algo con respecto a este asunto. Sugerí que cenáramos en mi casa. Al menos allí podremos hablar y…

—Zack —lo interrumpió Helen, impaciente—, tu relato no explica qué haces aquí.

—Ah —sonrió, burlándose—, es cierto. Pues, cuando llamé, tu

padre me dijo que estabas enferma.

—Y yo repito lo que él afirmó: ésa no ha sido razón suficiente para que vinieras a la cabecera de mi cama en los últimos dos años —declaró, contemplándolo con ironía.

—No, desde luego... —la miró incómodo.

¿Zack incómodo? Esa actitud le pegaba tan poco que...

—¿Zack? —lo animó a proseguir, sospechando algo.

—¿Cómo te sientes ahora? —la examinaba de cerca.

—¡Zack! —Helen no iba a permitir que cambiara de tema, a pesar de cuánto lo intentara él.

Él sonrió, resignado.

—¿Te sientes incapacitada?

—¿Por qué? —ella lo miró con suspicacia.

—Porque debo comprobar si puedes llegar a la puerta antes que yo —le confesó.

—Zack, no entiendo nada de lo que insinúas —empezaban a impacientarla sus evasivas—. ¿Para qué voy a querer llegar a la puerta antes que tú? —¡ni siquiera se atrevía a levantarse de la cama!

—Para tratar de evitar que me escape —le aclaró con suavidad.

Las sospechas de Helen aumentaron.

—¿Y por qué voy a querer hacer eso?

—Porque... —Zack respiró hondo—, quizá reacciones con extrema violencia hacia mí cuando te diga que anoche, al llegar a mi casa...

La observó con detenimiento y al fin movió la cabeza.

—¿Te has tocado la parte posterior del cráneo, hoy?

—¿La parte posterior del...? No me siento bien y nunca he sido una experta resolviendo acertijos, Zack —suspiró. ¡Ya ni siquiera entendía de qué hablaba ese hombre!

Él asintió.

—Si lo hubieras hecho, habrías sentido una protuberancia en el lado derecho de la cabeza —agregó, mientras ella se tocaba la parte que le indicaba, contrayendo la cara con un gesto de dolor al localizar el sitio preciso—. Exacto —la felicitó, apretando los labios —. Te la hiciste al caerte de espaldas en el porche. Allí hay una mesa y te diste contra ella. Estuviste inconsciente varios segundos. Iba a examinarte ese golpe ahora —añadió con suavidad.

Helen asimiló esa información muy lentamente. Si se golpeó la cabeza y se quedó inconsciente durante algún tiempo, ¿eso significaba que...? Miró a Zack con expresión acusadora.

Capítulo 7

Zack sabía lo que Helen creía que había sucedido la noche anterior; no podía evitar ser consciente de ello. Y había dejado que lo siguiera creyendo. ¿Por qué? ¿Por su negro sentido del humor, o por algún motivo más poderoso?

A pesar de que bromeó acerca de que ella usaría la violencia cuando conociera la verdad de lo ocurrido la noche anterior, no parecía tener mucha prisa por escapar en ese momento. Se encogió de hombros, indiferente.

—Cuando llamé a tu padre me dijo que estabas enferma desde que llegaste, pensé que debía venir para asegurarme de que no te había afectado lo sucedido anoche.

—Oh, me afecta —afirmó con dureza, empezando a enfadarse. ¿Cómo se atrevía—. Comí o bebí algo que me sentó mal.

Zack asintió, pensativo.

—Creo que tienes razón. La reacción de tu pupila...

—¡Al diablo con la reacción de mi pupila! —lo interrumpió agresiva, al mismo tiempo que sus ojos brillaban acusándolo.

Zack la observó, reflexivo.

—¿Estoy recibiendo la advertencia de que debo correr para salvar mi vida?

—Y salir de mi casa inmediatamente —se exasperó Helen, apartando el edredón para intentar levantarse de la cama. El camisón de algodón que llevaba la cubría casi por completo. Y aun si no fuera así, no estaba segura de que eso le importara—. Me dejaste creer, con toda intención... sabías que yo pensaba que... que me imaginé...

—Helen —la interrumpió Zack sin alterarse—, anoche compartimos la misma cama —le confesó, disculpándose con suavidad para desvanecer su rabia.

Y lo logró, pues Helen se dejó caer sobre la cama de nuevo. Durante unos minutos esperó, confió en que... Pero después de todo era verdad, aunque no recordaba que Zack le hubiera hecho el amor la noche anterior.

Zack la observaba con intensidad.

—¿Te parece tan espantoso? —preguntó, tierno. Y entonces, como ella no quería... no podía responder, añadió—: No afectará al fallo del divorcio, ¿sabes? —

aclaró, desilusionado por la reacción de la mujer—. No tenemos que empezar todo el proceso de nuevo; acostarnos juntos una noche

no significa que nos hayamos reconciliado.

A Helen ya no le importaba obtener el divorcio, ni esperar algún tiempo más si Zack no se lo quería dar en septiembre. Ya no le importaba lo más mínimo porque amaba a ese hombre más que a su vida misma.

Pero todavía tenía su orgullo, en lo que a esa relación se refería. Era todo lo que le quedaba y se aferró a ese sentimiento con fuerza.

—En tal caso —comentó con energía—, quizá sería preferible que olvidáramos lo que pasó.

—¿Puedes olvidarlo? —la voz de Zack se convirtió en una caricia ronca.

No podía recordar; ése era el problema. Pero la vez que se amaron, dos años antes, había quedado grabada en su memoria para siempre.

—¿Puedes, Helen? —Zack insistió en obtener una respuesta, con expresión tensa.

Por un instante, sintió que esos ojos oscuros, de mirada intensa, la hipnotizaban. Quiso decirle que nunca había olvidado esa primera vez que se amaron, que se despertaba en su cama, a medianoche, enfebrecida, soñando con un futuro en común. Eso la debilitaba y le impedía volver a dormirse. Pero no era posible contarle a Zack sus sueños, no podía contárselos a nadie; al contrario, debía negarse a sí misma que existían.

Helen alzó la cabeza para intentar defenderse.

—¿Y tú? —lo retó a su vez—. ¿Puedes olvidarlo? ¿Y me vas a decir qué...? —se interrumpió de pronto, cerrando los ojos al darse cuenta de que se estaba comportando como la verdulera con quien su padre la había comparado unas horas antes.

Olivia tenía marido, igual que Zack tenía esposa y, aunque el cónyuge de Olivia estaba enfermo y se movía en una silla de ruedas, eso no significaba que no gozaran de las relacione sexuales en matrimonio. Ella era la esposa de Zack; entonces, ¿por qué iba a decirle a su amante que la había traicionado la noche anterior? Sin embargo, Helen no podía evitar preguntarse si se lo confesaría y qué le diría.

—¿Qué quieres que te diga...? —insistió Zack, molesto por ese repentino silencio.

Ella negó con la cabeza.

—No tiene importancia —no debía permitir que su vida se destruyera al pensar, otra vez, en Zack y su amante. Porque sabía que, si no hubiera descubierto lo de Olivia, quizá se hubiera

aferrado a su matrimonio dos años antes.

Zack mantenía su expresión de ira.

—Helen, ¿tú...? —se volvió con impaciencia hacia la puerta cuando el padre de Helen entró, sin anunciarse, llevando una taza de té.

Observó el rostro sonrojado de su hija y el gesto irritado de Zack.

—¿El doctor está satisfecho con el estado de la paciente? —se burló el anciano, retando con la mirada al otro hombre, mientras le ofrecía la taza de té a Helen.

A Helen le temblaban tanto las manos que tuvo que sujetar el plato con fuerza para evitar que se cayera la taza; aun así, derramó un poco de té antes de dejarlo en la mesilla.

—Siempre he estado satisfecho con el estado de Helen —replicó Zack, humillando a Edward.

Un tono escarlata tiñó las mejillas del anciano al oír esa afirmación y Helen miró a Zack con impaciencia por provocar a su padre con toda intención.

—Pues en este momento, a la «paciente» le agradaría recuperar la intimidad de su dormitorio —les indicó irritada—. ¡Parece una lata de sardinas desde hace media hora! —refunfuñó—. Si no os molesta demasiado, me gustaría darme una larga ducha, antes de prepararme para la fiesta de esta noche.

—Tú no irás a la fiesta —le advirtió Zack con arrogancia.

Helen se volvió y lo observó, despacio.

—Desde luego que iré —afirmó resuelta, alzando las cejas.

Él apretó los dientes, enfadado.

—Estás muy débil —le recordó, sin ningún miramiento.

—Sé cómo me siento, Zack —protestó molesta, sin la menor intención de admitir lo mal que se sentía. Tenía que asistir a la fiesta de Emily esa noche, sobre todo, si su padre insistía en ir. Sólo Dios sabía lo que sucedería si no estaba allí para mediar entre los dos hombres cuando empezaran a discutir—. E iré a la fiesta —

sentenció, sin titubear.

Zack la miró furioso y frustrado. Deseaba ordenarle que se metiera en la cama, con instrucciones de no moverse de allí, hasta que él decidiera si ya estaba bien; pero al mismo tiempo comprendía que no tenía derecho a ordenarle nada; ya no. Y, a juzgar por la expresión obstinada de Helen, no iba a darle ese derecho de ningún modo.

¡Aquel hombre era imposible! Todo lo que ella anhelaba eran

dos horas de tranquilidad y silencio para prepararse, mental y físicamente, para lo que le esperaba más tarde, aunque sabía que tendría que armarse de paciencia; no le quedaría más remedio con la pareja de novios, su padre, Zack y ella en la misma habitación.

—Lo acompañaré a la puerta, Neilson —anunció su padre, intransigente, abriendo la del dormitorio con la evidente intención de echar a su huésped.

Helen miró a Zack para disculparse por haber provocado que el anciano lo hiriera. Pero debió comprender, por las experiencias que vivió con él, que nadie podía herirlo.

Zack atravesó el dormitorio para acercarse a la cama, cogió a Helen de las manos con fuerza y la puso de pie, con los ojos oscuros, brillantes, antes de bajar la cabeza y besarla largo tiempo en la boca.

Helen oyó que su padre contenía una exclamación; pero estaba demasiado azorada por la audacia de Zack como para resistirse; de hecho, respondió a la caricia.

Trató de tranquilizarse, pero sabía que habría reaccionado de la misma forma aunque no la hubiera cogido por sorpresa.

Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes por la fiebre y los labios hinchados por la presión que él había ejercido cuando Zack la soltó unos minutos después. Él se burló de la expresión mortificada del rostro ruborizado de Helen.

—Te veré en la fiesta —murmuró, confiado. Lo decía como una amenaza y también como una promesa.

Helen se atrevió a mirar a su padre en ese momento. ¡Oh, Dios, si las miradas matasen! ¡Oh, que se fueran al infierno los dos! ¿Por qué no la dejaban allí para que se muriera en paz? Pues a pesar de que había afirmado que iría a la fiesta, se encontraba francamente mal. Le dolía la cabeza, por la caída de la noche anterior, ahora se daba cuenta; también el estómago, y todavía se sentía mareada.

Pero iría a la fiesta de Emily aunque fuera a rastras.

—¡Qué obstinadas son las mujeres! —murmuró Zack, casi con admiración, como si fuera capaz de leerle el pensamiento a Helen.

Ella soltó un suspiro cuando al fin se fueron los dos hombres, juntos. Su padre parecía dispuesto a asegurarse de que Zack saldría de la casa. La velada prometía ser maravillosa.

La música y la charla de los invitados eran tan ruidosas como ella lo predijo, calculando que había unos cien adolescentes en el salón. Edward sólo tardó unos minutos en decidir que se retiraría a un rincón de la habitación, lejos de la orquesta.

Y a Helen también dejó de inquietarla la presencia de Zack, pues lo llamaron del hospital para una urgencia. Pero le aseguró a Greg que regresaría tan pronto como pudiera. Esa «urgencia» quizá lo retendría en la sala de operaciones toda la noche, pero Helen no lo echaría de menos. Esa llamada le recordaba, con demasiada claridad, cómo había puesto en duda la veracidad de esas escapadas imprevistas, cuando ambos se dedicaban a cuidar a Bárbara. Quizá Olivia era la «urgencia» esa noche, igual que ella supuso que lo fue en el pasado.

Así que Helen dedicó sus escasas energías a tratar de que todos se sintieran a gusto y se divirtieran. Los invitados parecían hacerlo, según notó. Eran un grupo de adolescentes dispuestos a pasarlo bien y, cuando llegó el momento de cenar, devoraron el contenido de las bandejas que los empleados del hotel colocaron sobre las mesas.

Emily y Greg se movían de un grupo de amigos a otro, siendo bien aceptados por ambos sexos. Su compromiso matrimonial causaba sensación, sobre todo entre las invitadas. Algunas chicas miraron a Greg con tristeza, y aceptaron que ya no estaba disponible para que lo conquistaran.

Helen contempló a la pareja durante un breve descanso que se tomaron, y se le hizo un nudo en la garganta cuando Emily se volvió riéndose por algo que le había dicho Greg. Los ojos verdes de su hija brillaban como estrellas. Zack tenía razón, se sentían bien juntos. Lo cual significaba que sería mucho más difícil tratar de disuadirlos para que esperaran un poco antes de casarse. La forma en que se miraban sugería que realizar una boda rápida era lo indicado.

—¿Baila, señora Neilson?

Giró sobre sus talones al oír esa voz profunda, un tanto burlona; se estremeció al ver lo guapo que estaba Zack con su traje de etiqueta y su camisa blanca. Debió causar revuelo en el hospital, si había ido vestido así. Helen, en contra de su instinto, y más porque no tenía otra cosa que ponerse que por un deseo de volver a llevar el vestido de punto, también estaba deslumbrante con su flamante atuendo.

—No, gracias —se negó con aspereza—. Y me apellido Palmer.

—Te apellidas Neilson, porque sigues casada conmigo —la corrigió con firmeza, alzando la cabeza para retarla—. Y así seguirás, por lo menos durante algunos años —agregó, irritado, observándola—. Estás pálida —anunció sin alterarse.

Sabía exactamente la impresión que daba, ya que se había

mirado al espejo del tocador de señoras media hora antes. Se sentía peor de lo que parecía. Pero casi había sobrevivido a esa velada sin incidentes desagradables; otro par de horas y se iría a su casa dispuesta a sufrir un colapso nervioso con toda comodidad.

El dolor de su estómago se mezclaba de vez en cuando con una punzada que casi la obligaba a doblarse. Pero si se esforzaba, lo cual quizá era la razón por la que estaba pálida, lograba no gemir, ni encogerse, cuando la atacaba el dolor. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a ese restaurante, aunque fuera el favorito de Emily, pues juraría que le habían servido comida en mal estado y ahora sufría algún tipo de intoxicación. Una simple borrachera no la haría sentirse tan mal.

—¿Has vomitado otra vez desde que nos despedimos —le preguntó Zack, frunciendo el ceño.

—¡Zack! —le reprochó Helen, mientras uno de los amigos de Emily pasaba por delante de ellos con un plato lleno de comida. El chico observó con desagrado lo que llevaba en las manos. Lo cual no era justo para el hotel, ya que había ofrecido un magnífico *buffet*.

—¿Has vomitado, Helen? —Zack no estaba dispuesto a que lo distrajera con sus evasivas.

Sí. Dos veces. La última vez el dolor aumentó.

—No —respondió, sosteniéndole la mirada.

Él apretó los dientes con desaprobación.

—Mentirosa.

Helen se sonrojó al comprobar que no podía engañarlo.

—Tú...

Él movió la cabeza.

—Me encantaría ponerte sobre la mesa para examinarte. No trates de hacerte la graciosa —le advirtió, al ver la expresión burlona de Helen—. Esto no es motivo de risa.

Entonces, Helen sonrió con debilidad.

—¿Prefieres que llore?

—Si quieres, por mí no te contengas —respondió—. Te controlas demasiado todo el tiempo, Helen.

—¿Yo me controlo demasiado? —repitió, incrédula—. ¡Pero si acaba de hablar el hombre de hielo!

Volvió a negar con la cabeza.

—Contigo no, Helen —afirmó irritado—. Contigo ya no.

Ella lo observó, confundida por ese diferente y todavía más indeseable Zack.

—¡Zack, al fin has vuelto! —una exuberante Emily, feliz por ser el centro de atención de la fiesta y también por el vino que había tomado, llamó a través del salón, nada más verlo hablando con su madre—. Me alegra mucho que lo hayas hecho.

El médico miró a Helen con picardía.

—Aunque adoro a nuestra hija, tengo que enseñarle a no interrumpirnos —

murmuró algo más antes de abrirle los brazos a Emily, quien lo abrazó como si no lo hubiera visto en varias semanas, en lugar de horas—. Con cuidado —le advirtió con suavidad, cuando casi lo tira al suelo debido a su entusiasmo—. Recuerda que estoy envejeciendo.

«Nuestra hija». Esas dos palabras continuaron resonando en la cabeza de Helen.

¡Si Emily fuera hija de los dos! Entonces no se habría enamorado de Greg, no querría casarse, ni estaría tan feliz esa noche de su cumpleaños. Helen sonrió mientras pensaba algo más.

—En un momento estoy contigo, Emily —le dijo Zack, distraído, cuando la chica trató de llevarlo a través del salón para presentarlo a sus amigos. Su mirada se clavó en el rostro de Helen, interrogándola—. ¿Qué sucede? —añadió el médico, una vez que persuadió a la joven para que se reuniera con Greg.

Helen sacudió la cabeza.

—Pensaba en cómo te has salido con la tuya, después de todo. Cuando Emily se case con Greg será tu hija para siempre —por irónico que pareciera, las cosas resultaban como él quería.

—Hijastra, más bien, Helen —aclaró Zack—. Aunque Emily y Greg no se casaran, eso no cambiaría. ¿Qué te pasa? —frunció el ceño cuando Helen hizo un gesto de dolor sin poder contener un gemido, llevándose una mano al costado—.

¿Cuánto tiempo llevas sintiéndote mal? —el médico la cogió del brazo para guiarla hasta la puerta—. Y esta vez quiero oír la verdad, Helen —le advirtió con una voz que impedía todo pretexto.

Si era sincera, y consigo misma podía serlo, no se había sentido bien en toda la semana. Pero no tuvo tiempo para pensar en su malestar, pues estuvo trabajando y ocupándose de los últimos detalles de la fiesta.

—Hace bastante, ¿no es así? —declaró Zack con astucia, entrecerrando los ojos ante esa conclusión—. No puedo estar seguro, desde luego, hasta que te haga un examen minucioso.

—¡Lo cual no te permitiré, desde luego! —manifestó Helen con

firmeza, ahora que el dolor y las náuseas volvían a desaparecer—. Tengo a mi propio médico, que me atenderá, si es necesario. Gracias —declaró con petulancia.

Zack movió la cabeza a medida que hablaba:

—A él tampoco le darás la oportunidad de que te examine. Te voy a llevar inmediatamente al hospital —decidió, tratando de impedirle que protestara.

—¿Al hospital? —Helen se negó a que acallara sus objeciones—. ¡No seas ridículo! No hay...

—Helen, creo que la borrachera de anoche está ocultando lo que te sucede, tu verdadero malestar —afirmó con autoridad—. No puedo estar seguro con exactitud, como es evidente, pero creo que tienes apendicitis.

Helen lo miró pasmada. ¡No podía estar hablando en serio!

—Esperemos que no sea algo peor —agregó Zack con seriedad.

¿Peor? Apendicitis, si se trataba de eso, ya era bastante malo; la incapacitaría durante varias semanas. Y desquiciaría su vida privada y laboral. ¡No podía tener apendicitis!

—Apendicitis —corroboró la colega de Zack en el hospital, después de un breve examen—. Con todos los signos clásicos de una apendicitis aguda.

A Helen no la tranquilizó que le informaran que sus síntomas se catalogaban como clásicos de esa enfermedad.

Evitó mirar a Zack durante el suave pero cuidadoso examen al que la sometieron; tuvo que controlarse para no demostrar lo incómoda que se sentía, aunque el sufrimiento se reflejó en su cara.

Cuando llegaron al hospital, el dolor era tan fuerte, que apenas fue consciente de que la llevaban a la sala de urgencias. El personal se movilizó una vez que se dio cuenta de que el cirujano jefe del hospital atendía ese caso. Helen encontró la energía suficiente para protestar cuando Zack la registró como Helen Neilson, e indicó que él era su pariente más cercano. Pero debió ahorrarse el esfuerzo, pues en esa ocasión, al igual que en tantas otras, Zack estaba decidido a salirse con la suya.

Se negó a dejarla caminar e insistió en llevarla en brazos hasta el consultorio.

Pidió que buscaran a su ayudante, la doctora Mason, para que examinara a Helen y la doctora resultó ser una bella mujer, de aproximadamente treinta años. ¡Zack sabía rodearse de mujeres guapas!

Pero ésta era agradable, de manos delicadas y modales

amistosos.

—¿Quién operará, Zack? —la doctora se volvió para observarlo.

Zack seguía estudiando a Helen, que estaba pálida, ya que el examen suave pero firme de la doctora le había causado más dolor.

—Quiero que tú te encargues de esto —agregó Zack, sin dejar de mirar a Helen —. Yo observaré, desde luego —agregó, arrogante.

—Desde luego —la doctora Mason asintió con brusquedad, antes de ponerse en pie—. Revisaré la sala de operaciones.

—Eh… discúlpenme —Helen habló con tanta firmeza como pudo, mientras la otra mujer se dirigía a la puerta—. Se están refiriendo a mi cuerpo y a que lo van a abrir de un momento a otro —se burló con amargura—. Y nadie me ha preguntado si estoy dispuesta a dejarme operar, mucho menos a quién elijo de cirujano.

—Aquí no se trata de que te dejes operar o no, Helen —le explicó Zack con ojos sombríos—. Una apendicitis aguda es grave. Operamos o el apéndice se rompe. Y entonces sí tendrías problemas.

¡Lo sabía, maldita sea, no era tan estúpida! Sólo le molestaba que esos dos se refirieran a ella de ese modo profesional, como un número, un objeto inanimado que necesitaban arreglar.

—Lo que intento darle a entender, doctor, es que su manera de atender a un paciente deja mucho que desear —repuso Helen.

Comprendió su error al decir ese reproche y, por la forma en que le brillaban los ojos a Zack, adivinó que él era consciente de ello. El médico esbozó una leve sonrisa. Helen contempló, incómoda, a la mujer que todavía estaba cerca de la puerta, mirándolos con curiosidad. Había lanzado ese comentario mordaz tanto a la doctora Mason como a Zack; sin embargo, al volverse hacia él, Helen supo que el cirujano se lo había tomado a un nivel mucho más personal.

—No fue eso lo que dijiste anoche—le recordó, con seductora suavidad.

Ella gimió, débil, mientras el rubor teñía sus mejillas, sin atreverse a mirar a la doctora Mason. La otra mujer no parecía tener sentido del humor o quizá creía que Zack debía tomarse todo eso con más seriedad; por la razón que fuera, se limitó a observarlos, levantando las cejas.

Zack se puso serio al oír el gemido avergonzado de Helen y se volvió hacia su colega.

—Que pongan a nuestra disposición un quirófano a la mayor brevedad posible

—le ordenó, cortante.

Helen apenas se dio cuenta de que la otra mujer se había ido

cuando miró a Zack con angustia.

—Tengo miedo —admitió en un susurro, mientras él la contemplaba con preocupación y ella le apretaba una mano.

La expresión del médico se dulcificó.

—En este momento pareces igual de joven que Emily —sacudió la cabeza divertido—. Tú...

—¡Oh, Dios, Zack, lo olvidé por completo! Mi padre todavía está esperándome en la recepción —exclamó, pues al mencionar a Emily, Zack le recordó al anciano, quien insistió en acompañarla al hospital cuando descubrió que Zack la llevaba allí.

Emily también quería ir, pero Zack la convenció de que no todos podían abandonar la fiesta y le dijo que la llamaría por teléfono en cuanto supiera algo. Al padre de Helen no pudieron disuadirlo con tanta facilidad; su desagrado por estar en compañía de Zack aumentó cuando se sentó en la parte trasera del coche del médico, camino del hospital—. Tendrás que decirle que...

—Hablaré con tu padre en unos minutos —la tranquilizó—. En este momento, estoy más preocupado por ti.

—Pero...

—No hay peros que valgan —insistió con gravedad—. Ya es hora de que empieces a pensar en ti misma más que en otras personas. Tu padre es un adulto, lo mismo que Emily; así que deja que ellos se preocupen por ti, para variar —sugirió con dulzura—. Tú, jovencita, saldrás muy bien de esta operación, si dejas de pensar en los demás.

Helen tragó saliva; nunca había estado ingresada en un hospital, excepto cuando dio a luz a Emily y ahora se sentía nerviosa. Lo cual, considerando que se había casado con un cirujano, le pareció tonto. Pero no podía evitar sentirse así.

—Quédate conmigo, Zack —le apretó la mano con los dedos—. Yo... te necesito

—era la primera vez que decía esas palabras.

El la miró como si fuera a contestar a esa afirmación; luego se conformó con asentir con la cabeza e inclinarse para besarle los labios.

Helen le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella para liberar con esa caricia todas sus emociones contenidas.

Zack apretó sus labios contra los de ella, y su humor cambió de repente cuando el beso casi se volvió salvaje por su intensidad. La acarició con las manos sin cesar.

Entonces, pareció darse cuenta de dónde se encontraban, por

qué estaban allí, y sus labios ya no exigieron; la tranquilizó con su contacto, besándola con suavidad.

—Me quedaré contigo —le aseguró.

A Helen le hubiera gustado decir algo más, pero no hubo tiempo para continuar la charla, ya que la doctora Mason regresó al consultorio para informales que el quirófano estaba dispuesto.

Los empleados del hospital prepararon a Helen para la operación, aunque Zack cumplió su palabra y se quedó en la habitación, hablando en voz baja con la doctora Mason. Helen se sorprendió de lo tranquila que se sentía al tenerlo cerca.

Zack la dejó por un momento, ante su insistencia, para comunicarle a su padre lo que sucedía y llamar por teléfono a Emily; pero regresó a tiempo para acompañarla a la sala de operaciones.

—¿Todo bien, Helen? —le sonrió la doctora Mason, ya con el uniforme verde de cirujano.

El rostro de Zack fue lo último que vio Helen antes de quedar inconsciente debido a la anestesia.

Y también fue lo primero que percibió cuando se despertó.

La oscuridad reinaba al otro lado de la ventana, frente a la cama; sólo una lámpara iluminaba la habitación y el silencio total del pasillo confirmaba que todavía era de noche.

El dolor acompañado de punzadas agudas había desaparecido y Helen sentía el costado dormido en ese momento. Aunque sin duda le dolería más tarde, una vez que los efectos de la anestesia hubieran desaparecido por completo. Había una venda alrededor de su muñeca; supuso que debajo del vendaje encontraría una aguja, por donde le introducían el suero que colgaba al lado de la cama. En ese momento, le molestaban más los vendajes del brazo que el costado.

Zack estaba sentado en la silla que había al lado de la cama, con la cabeza agachada, dormido, con una expresión tan tierna que le inspiró un sentimiento maternal. ¡Debía de llevar allí muchas horas!

Se había quitado la chaqueta del traje y la había puesto en el respaldo de la silla.

Tampoco llevaba la corbata y se había desabrochado el primer botón de la camisa.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su cabello estaba un poco despeinado, como si sólo se hubiera pasado los dedos para arreglarlo. Parecía más joven con el rostro suavizado por al sueño, el cual le borraba los rasgos enérgicos y duros.

Helen se deleitó contemplándolo y se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía dormido. Resultaba extraño, pues estaban casados. No era que nunca hubieran hecho el amor, sino que no habían dormido juntos.

Por lo menos, ella no lo recordaba.

Cerró los ojos, sintiéndose casi culpable por pensar eso. Vio que la doctora Mason entraba en la habitación. Reaccionó al oír que alguien apoyaba la mano en el picaporte, y le pareció tonto que la encontraran contemplando a su marido mientras trataba de recordar lo que había pasado la noche anterior. Por fortuna, Zack no se despertó y la vio, ya que estaba segura de que la expresión de su rostro hubiera revelado el amor que sentía por él.

Lo oyó moverse en la silla, al sentir la presencia de la otra mujer en la habitación; Helen permaneció tumbada, fingiendo dormir, imaginando la sensualidad de los ojos de Zack al despertarse y la tibia sonrisa dedicada a su ayudante.

—¿Todavía no se ha despertado? —preguntó la doctora Mason en un murmullo.

—Ha susurrado algunas cosas en sueños —le informó Zack, bostezando—.

Creo que yo también me he dormido.

—¿Por qué no te vas a tu casa? —insinuó la doctora Mason, inquieta—. Le pediré a alguien que te llame en cuanto se despierte tu paciente.

—No, le prometí a Helen que me quedaría con ella —replicó con una firmeza que no admitía discusión.

A Helen la invadieron los remordimientos; sabía que Zack necesitaba dormir y que no había razón para que no regresara a su casa y descansara. Pero, ¿de qué manera podía despertarse para que no descubrieran su engaño? ¿Cómo se despertaba uno?

Antes de que pudiera idear un plan de acción, Zack habló de nuevo.

—¿Por qué no regresas a tu casa? —le dijo con dulzura a la doctora Mason—.

Yo haré lo que sea necesario, así que no tiene sentido que nos pasemos los dos la noche en vela —razonó.

—¿Estás seguro? —insistió la mujer.

—Segurísimo —comentó Zack en tono ligero—. ¡Ah!, gracias. Olivia —añadió con entusiasmo.

La doctora salió del cuarto segundos después y la puerta se cerró.

¿Olivia? Helen escuchó el nombre incrédula. ¿La doctora Mason, la colega de Zack, era *Olivia*, la mujer que amó durante años?

Capítulo 8

Helen observó detenidamente a la doctora Mason cuando fue a examinarla al día siguiente.

La noche anterior, después de que Olivia Mason saliera de la habitación, permaneció callada durante mucho tiempo y se olvidó de los movimientos nerviosos de Zack, quien caminaba por el cuarto, mientras ella reflexionaba acerca de su

«rival».

Se había imaginado a Olivia de pequeña estatura y boba. Ni siquiera sabía por qué pensaba eso. La consideraba una víctima que vivía atada a su esposo inválido, alguien a quien quizá Zack conoció a causa del accidente del marido. Pero en lugar de ello, Olivia Mason era alta, morena, independiente, capacitada, hermosa y colega de un famoso cirujano. De alguna manera. Helen pensó que prefería su concepto anterior de Olivia a la mujer que en realidad era.

Helen se «despertó», por fin, la noche anterior, y aseguró a Zack que se sentía muy bien después de la operación; el impacto recibido la había afectado bastante e insistió en que él regresara a su casa y durmiera un poco. Se comportó con brusquedad al recordar cómo le había rogado que se quedara con ella antes de que la operaran. ¡Hasta le confesó que lo necesitaba! La mortificó su propia debilidad en vista de quién resultó ser la doctora Mason. Desde luego, no tenía la menor intención de aferrarse de nuevo a ese hombre, y acalló las protestas de Zack, señalándole que debía actuar con sensatez. La mirada del médico examinó la palidez del rostro de la enferma, antes de aceptar irse. Argumentó que debía descansar para trabajar al día siguiente.

Así que la primera visita que recibió Helen fue la de Olivia, para preguntar cómo se sentía.

En vista de lo que ahora sabía de esa mujer y de Zack, Helen no pudo dejar de preguntarse si esa visita era totalmente profesional. Luego se reprendió por ser tan ridícula; como colegas en el mismo hospital, Zack y Olivia tenían mil oportunidades de estar juntos, sin que su rival tuviera que visitarla con la esperanza de encontrarse con Zack en su habitación.

Quizá la impulsaba el deseo de conocer mejor a la mujer con quien Zack se había casado, ahora que ya no sufría por el dolor. Sin duda, sería lo natural en esas circunstancias. Helen aceptaba que la otra mujer le producía curiosidad, así que, ¿por qué Olivia no iba a

sentir lo mismo?

Olivia Mason se comportó con profesionalidad al examinar a su paciente.

—Si no surgen complicaciones, te permitiremos irte a casa al final de esta semana —le informó, arreglándole la colcha.

—¿Cuándo podré volver a mi trabajo? —la pregunta de Helen expresó su ansiedad.

—Tan pronto como yo te dé permiso —intervino una voz autoritaria, antes de que Olivia Mason pudiera responder.

Helen miró detrás de la doctora para descubrir a Zack parado en la puerta.

—Sólo estaba...

—Sé lo que ibas a decir —la interrumpió tajante, caminando resuelto por la habitación para acercarse ala cama—. No trabajarás hasta que te hayas recuperado totalmente. He hablado con Sonia esta mañana y me ha asegurado que puede arreglárselas sola sin ningún problema.

—¡No tienes derecho... ! —se indignó Helen, tratando de sentarse, para caer de nuevo sobre la almohada y emitir un gemido de dolor.

—Tengo todos los derechos —la corrigió con su arrogancia de costumbre y el lamento de Helen pareció darle la razón—. Creo que te olvidas de que soy el dueño de esa tienda.

Helen se sonrojó de rabia.

—¡Debí suponer que me lo echarías en cara! exclamó—. Tú compraste el edificio, pero el negocio de la floristería me pertenece a mí —le recordó, desafiante.

—Y tú necesitas mi edificio para seguir con tu negocio —le señaló Zack con suavidad.

—Vaya, asquerosa rat... —Helen abrió los ojos desmesuradamente.

—Ya es hora de que me vaya —anunció Olivia Mason con delicadeza, brindándole una sonrisa a Zack—. ¿Comemos juntos?

—Desde luego —asintió, pero su atención todavía se centraba, lo mismo que su enfado, en Helen, mientras la otra mujer salía de la habitación.

La furia de la enferma se transformó en desesperación. Delante de sus narices, ellos dos habían concertado una cita para ir a comer. Sabía que en realidad no estaba casada con Zack, que pronto se divorciarían, y su rival debía de estar enterada hasta de los más mínimos detalles acerca del asunto. Sin embargo, hubo algo

humillante en el hecho de que Zack se citara con su amante delante de su esposa.

—Helen, tú… —Zack se interrumpió al notar que las lágrimas resbalaban por las mejillas de la enferma—. ¡Oh, maldición! —susurró otra grosería para sus adentros antes de acercarse a abrazarla—. Aquí estoy yo, el médico experto, reprendiéndote unas horas después de que te hayan puesto una anestesia general; Helen, sólo trataba de doblegarte sin ningún tacto, como acostumbro, y demostrarte también que quiero que estés recuperada completamente antes de que vuelvas a trabajar.

Una vez que empezó a llorar, parecía que no iba a poder detenerse; profundos y estremecedores sollozos la sacudían. Zack había tratado de intimidarla. No era algo nuevo. Él concertó una cita con la mujer que amaba, tenía todo el derecho. Así que no sabía por qué estaba tan alterada.

—Nos vas a inundar si no dejas de llorar —bromeó Zack, conmovido.

Helen sonrió con ligereza.

—Lo siento —gimoteó de manera poco elegante, mientras se apartaba de él—.

No entiendo qué me ha pasado —sacudió la cabeza y se limpió las lágrimas de las mejillas con los dedos, sintiéndose exhausta.

—La gente se vuelve demasiado sensible después de una anestesia general —le explicó Zack—. Considéralo una reacción natural.

Ella lo contempló burlona, descansando sobre la almohada.

—¿No crees que tu soberbia tiene algo que ver con esto? —preguntó Helen con decisión.

Zack se relajó y torció la boca:

—Admito que he podido ser más diplomático en mi exposición de ideas… está bien, mucho más diplomático —aceptó con severidad, ante la mirada acusadora de la enferma—. Pero Sonia puede sobrevivir hasta que…

—Sí, sigue diciéndome que no le hago falta a nadie —Helen movió la cabeza, incrédula, ante esa falta total de sensibilidad.

Los ojos de Zack observaron la plenitud de los senos de Helen debajo del camisón de algodón que llevaba puesto.

—No he dicho eso —le aclaró, provocativo.

Helen se ruborizó otra vez por la intimidad que se había establecido entre ellos, pero le sostuvo la mirada sin parpadear. Sin duda, ¡era una victoria a su favor!

—¿Por esa razón mi familia está haciendo cola para verme? —preguntó, interpretando mal sus palabras con toda intención. Era consciente de que, nada que Zack dijera o hiciera, podría hacerla olvidar que era a Olivia Mason a quien había invitado a comer.

—Sabía que había algo que quería preguntarte cuando entré —exclamó el médico, con fingido pesar al percatarse de su olvido—. ¿Te gustaría recibir visitas?

Emily insiste en verte desde las ocho de la mañana y Greg también ha amenazado con venir. Los dos se quedaron en mi casa anoche, lo he descubierto esta mañana al levantarme —le aclaró, sin darle mucha importancia.

Emily se había quedado a dormir en el cuarto que aún conservaba en casa de Zack.

—Están afuera, en la sala de espera —añadió Zack, animándola.

Helen no dejó de notar que el interés que mostró su padre la noche anterior por acompañarla al hospital había desaparecido esa mañana.

Zack frunció el ceño al ver la tristeza que se reflejó en la cara de Helen.

—Desde que fui a la sala de espera, anoche, para informarle de lo que estaba sucediendo, no he oído nada acerca de tu padre, Helen—susurró con suavidad—.

Llamó un taxi para volver a su casa. Eso es todo lo que sé —se encogió de hombros.

La sorprendió que Zack se hubiera percatado, con tanta facilidad, de la razón de su repentino desaliento.

—Veré si puedo llamarle por teléfono más tarde.

—Helen, tú eres la enferma; deja que él se interese por ti —le aconsejó Zack, cortante—. Te ruego que no permitas que te presione, bajo ningún motivo. Olvida a tu familia por unos días; ellos son capaces de cuidarse si tu ayuda. Y no te lo digo para hacerte sentir que no haces falta —agregó con rapidez—. Sólo pienso que no debes preocuparte hasta que te recuperes.

Helen pensó que era más fácil recomendarlo que hacerlo, aunque la cara alegre de Emily contribuyó a que se sintiera mucho mejor cuando Zack llevó a la pareja de jóvenes a la habitación, unos minutos después. Greg estaba al lado de Emily y Helen supo que debía acostumbrarse a verlos juntos de ahora en adelante.

—Te perdiste una gran fiesta, mamá —sonrió Emily, después de besarla en la mejilla y entregarle un ramo de claveles.

Helen alzó los ojos al cielo.

—«¡Cuánto lo siento, mamá!» —imitó a su hija, en broma—. «Pero me alegra que ya te sientas mejor y que hayas salido bien en la operación» —terminó, feliz, al mismo tiempo que le devolvía la sonrisa a su hija, sentada al otro lado de la cama.

—Debe de ser la forma de hablar de cada uno —comentó Zack con picardía, moviendo la cabeza—. Le aseguré a tu madre que la tienda y tú podíais sobrevivir sin ella y casi me arranca la piel con sus ataques verbales —se quejó ante Emily y Greg, que lo miraban inquisitivos—. En cambio tú le insinúas que nadie la echó de menos y recibes una sonrisa —suspiró pesadamente, como si fuera demasiado complicado para él entender a las mujeres.

Helen sabía que no lo era. Zack podía manejar a las mujeres a su antojo, sin el menor esfuerzo. Olivia Mason era la única a la que no dominaba por completo y sólo porque su amor floreció en circunstancias poco propicias. Helen se entristeció de pronto, al pensar en ellos dos, juntos.

Greg le sonrió a su padre.

—Es la forma en que uno habla —confirmó, inclinándose ante su novia, juguetón.

Zack movió la cabeza de nuevo.

—¡No hay justicia en este mundo!

Emily lo observó, especulativa.

—¿Eso significa que te hubiera gustado también recibir una sonrisa y un abrazo?

A Helen le ardieron las mejillas debido al giro íntimo que empezaba a tomar la conversación y se reprendió por ruborizarse con tanta facilidad, cuando Zack se volvió a mirarla. Sin duda Olivia no se hubiera comportado con esa torpeza.

—Creo que estamos avergonzando a tu madre —comentó Zack al fin—. Y tú, Emily, recibirás una buena reprimenda de la enfermera si te encuentra sentada en la cama —le advirtió—. No está permitido.

Emily se burló de lo tonta que le parecía esa regla, pero de todas formas se puso de pie. Helen escuchó, sin prestar mucha atención, aunque agradeció que cambiaran de tema. Empezó a sentirse cansada, asombrándose de la debilidad de su cuerpo después de unos cuantos minutos de recibir a las visitas. Alzó los ojos y descubrió que Zack seguía observándola con intensidad.

—Muy bien —se dirigió a la pareja de jóvenes, hablando deprisa —. Ya habéis comprobado que no rapté a Helen anoche con oscuras intenciones, que está bien; ahora creo que ya es hora de que nos

despidamos y la dejemos dormir.

—Pero...

—Nosotros...

—Esta sugerencia podría convertirse en «órdenes del médico», si no obedecéis

—agregó con tranquilidad, aunque su voz adquirió un tono firme.

—Tú no eres mi médico, es la doctora Mason —intervino Helen, desafiándolo con un susurro, a pesar de que coincidía con su opinión: necesitaba descansar.

—Yo... ¿qué demonios...? —Zack se volvió hacia la puerta, frunciendo el ceño, al oír el ruido de varias voces airadas en el pasillo.

Apretó los dientes al atravesar la habitación y mirar hacia afuera, pero retrocedió, segundos después, cuando el padre de Helen irrumpió en el cuarto. No le importó empujar a su oponente, a pesar de su enfermedad cardiaca, pensó Helen divertida, pues estaba decidido a que nadie le impidiera ver a su hija.

—Lo siento, doctor Neilson —suspiró una agitada enfermera, corriendo detrás del anciano, sonrojada por la indignación—. Traté de explicarle a este caballero...

—No se dirija a mí como a «este caballero» —le advirtió Edward, enfadado—.

Soy el padre de la señora *Neilson*.

La enfermera ignoró esa aclaración mientras continuaba mirando a Zack, con la intención de disculparse.

Él la tranquilizó, sonriéndole.

—No hay problema, enfermera —le indicó con suavidad—. Todos nos iremos dentro de unos minutos para que la señora Neilson descanse.

—La señora Neilson —repitió su padre, asqueado, mientras la agradecida enfermera salía de la habitación—. Vengo a ver a Helen y me informan que no hay ninguna señora Palmer registrada aquí, pero que el señor Neilson está visitando a su esposa. Una vez que deduje que se trataba de Helen, me aclararon que no podía ver a mi propia hija porque...

—Existe una razón, Edward.

El anciano expresó con una mirada el desagrado que le producía el médico.

—Estoy seguro de que siempre tiene una explicación conveniente para justificar sus arbitrariedades.

Zack apretó los dientes al oír ese insulto; Helen reconoció las señales de peligro.

—Papá...

—La... razón... de... esa orden... Edward —Zack intentó mantener el control—, es que sólo se permiten dos visitas en una habitación al mismo tiempo, en especial cuando el paciente acaba de salir de una operación, como es el caso de Helen. Emily y Greg...

—¡Y usted! —lo interrumpió su padre, acusándolo—. ¡Hasta yo soy capaz de contar hasta tres!

Zack apretó los puños con fuerza.

—Yo soy el médico —replicó.

—¡Y yo el padre de Helen!

—¡Que no se comporta como un caballero! —comentó Zack con desagrado.

—Mire, joven arrogante...

—¡Basta, abuelo! —lo interrumpió Emily, tensa, mientras el anciano avanzaba un paso amenazador en dirección al cirujano—. ¡Ya es suficiente! —se encolerizó—.

Mamá no se siente bien. Y no me parece adecuado que vengas aquí a hacer una rabieta como un niño caprichoso.

—¡Emily! —exclamó Helen con debilidad.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —su padre la ignoró por completo y centró su indignación en la joven.

Helen también se preguntó cómo se había atrevido Emily. Contempló a su hija, quien permanecía de pie, con el cuerpo rígido y los puños apretados a los lados del cuerpo, con horror y fascinación al mismo tiempo. Aparte de Zack, nadie se había enfrentado a su padre de esa manera. Y nunca que Emily reprendiera a su abuelo.

—¿Cómo te atreves? —repitió el padre de Helen con incrédula furia—. ¡Dios Santo! —se volvió asqueado hacia Zack—. Unas semanas en compañía de su hijo y mi nieta se ha transformado en una criatura rebelde y grosera, igual que él.

—Oiga, espere un momento —intervino Greg, indignado.

—Greg no es rebelde ni grosero —lo defendió Emily, apasionada, casi pateando el suelo de ira.

—De tal palo, tal astilla —sentenció el viejo.

—Gracias a Dios —exclamó Emily, defendiendo a su novio—. Zack y Greg son dos hombres maravillosos.

—Muy distintos a mí, supongo —se burló el abuelo.

Helen quería intervenir, terminar con esa pelea de una vez, pero

los dos oponentes estaban tan indignados que pensó que no oirían a nadie. Además, ¡no podía creer lo que estaba sucediendo!

Los ojos de Emily brillaron con intensidad.

—Tú lo has dicho, no yo —contestó.

El anciano la observó con frialdad.

—No he venido aquí a que me insulten.

—Entonces, ¿a qué has venido? —lo retó la adolescente, todavía con los puños apretados—. Ni siquiera has saludado a mamá, ni tampoco has preguntado cómo sigue.

—¡Ya veo cómo sigue! —observó a su hija con desprecio—. Fuiste una tonta al casarte con Neilson —gruñó, expresando la razón de su furia—. Y lo serás todavía más si permites que Emily se case con el hijo de ese patán.

Helen se quedó muda, contemplando a su iracunda hija; nunca había visto a Emily así.

—Mamá no es tonta… tú sí —le dijo a su abuelo con calma. Parte de su irritación desapareció al contemplarlo con cierta piedad —. No te gusta que la gente sea feliz, siempre tratas de estropearlo todo.

—Me niego a quedarme para oír más tonterías —afirmó el anciano, inflexible, poniéndose muy erguido y mirando con frialdad a Helen, quien permanecía acostada en la cama, totalmente pálida —. Hablaré contigo más tarde, Helen, cuando sepa que has recuperado la cordura y prohíbes este compromiso matrimonial —y con una mirada de profundo desprecio a Zack, se volvió y salió de la habitación tan bruscamente como había entrado minutos antes.

Helen tragó saliva, hundiendo la cabeza en la almohada, derrotada; si antes se sentía cansada, ahora estaba destrozada.

Nunca había visto a Emily tan furiosa. Su hija fue una niña sonriente, feliz y una adolescente un poco rebelde, pero sólo una vez se enfadó con Helen: cuando ésta le dijo que su matrimonio con Zack había terminado y que se mudarían de la mansión en la que habitaban. Aun entonces, Emily se limitó a hacerle algunos reproches y, como Helen no podía hacer nada al respecto, dejó que el tiempo hiciera que disminuyera su rencor. Sin embargo, la joven continuó frecuentando a su nueva

«familia», algo que Helen había descubierto hacía poco tiempo, el día anterior, para ser más precisa.

Y ahora Emily reaccionaba irritada, haciéndola preguntarse si de verdad conocía a su hija tan bien como ella suponía.

—Bébete esto —le pidió Zack con ternura, sosteniendo un vaso

de agua frente a la enferma.

—¡Oh, mamá, cuánto lo siento! —gimió Emily, arrepentida, cuando vio lo pálida que Helen se había puesto—. No quería... sólo que... ¡lo siento muchísimo! ¡En serio! —sollozó antes de salir corriendo de la habitación.

—Voy con ella —anunció Greg, sin alterarse, antes de seguir a su novia.

Helen cerró los ojos por un instante, y se preguntó si eso formaba parte de la misma pesadilla que la había llevado al hospital. Pero no, cuando volvió a abrir los ojos, Zack todavía estaba sentado en el borde de la cama, sosteniendo el vaso de agua que ella no había aceptado.

—La enfermera te reprenderá si te ve sentado en la cama —le recordó Helen en voz baja y luego movió la cabeza, con ironía, mientras Zack la observaba, arqueando las cejas—. No, quizá a ti no te regañaría —admitió con un suspiro.

—Tienes razón —reconoció con aspereza.

—Zack, ¿qué sucedió hace unos momentos? —frunció el ceño, un poco mareada —. En un minuto todo era alegría y al siguiente... —movió lacabeza, sin comprender.

—Tu padre llegó —le señaló con suavidad.

La confusión de Helen aumentó.

—¿Y qué importa eso? —todos estaban acostumbrados a su comportamiento inflexible.

Zack puso el vaso de agua en la mesa, al lado de la cama, antes de levantarse.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó el médico en tono amable.

Helen lo miró inquisitiva.

—Realmente quiero saberlo —asintió, incapaz de interpretar la expresión cautelosa del médico.

El se encogió de hombros, caminando sin parar por la habitación.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —refunfuñó, irritado.

—Necesito saberlo, Zack —intentó persuadirlo.

—Anoche te operaron —suspiró—. Esta disputa nunca debió ocurrir, yo no debí permitir que ocurriera.

Helen frunció el ceño, indignada.

—¿Crees que podías haberlo evitado? —la discusión entre su padre y Emily fue demasiado violenta para interrumpirla, o al

menos, eso opinaba ella.

El cirujano se detuvo de pronto, impaciente.

—Debí intentarlo —insistió.

—Ignorabas lo que sucedería —Helen no acababa de entenderle.

Zack negó con la cabeza.

—Supuse que algo semejante ocurriría en un futuro cercano, si no hoy —le confesó con un suspiro.

La enferma abrió mucho los ojos.

—No comprendo cómo.

—Helen —la miró fijamente—, ¿tienes alguna idea del motivo por el que Emily se fue de tu casa hace un año?

Se concentró, preguntándose por qué cambiaba de tema.

—Emily iba a ingresar en la universidad —respondió Helen, despacio, mientras pensaba varias cosas a la vez—. Alquiló un apartamento para no tener que trasladarse todos los días a la ciudad; resultaba más conveniente, pero, eso no era todo, ¿verdad? —preguntó con inseguridad.

Zack tardó unos minutos en contestar, dudando entre decirle la verdad o no inquietarla más por ese día.

Pero al final dio la respuesta que Helen ya sabía y temía.

—Emily se fue de tu casa porque no soportaba vivir con su abuelo más tiempo

—afirmó, sin entusiasmo.

Capítulo 9

—Siento mucho tener que decirte esto, Helen —Zack le acarició una mejilla con sus largos dedos—. En especial ahora: pero era mejor que te enteraras de la verdad.

Nunca se dio cuenta, ni siquiera sospechó que su adorada hija se había ido de la casa que compartían porque no le gustaba vivir con su abuelo. Incluso en ese momento le resultó difícil comprenderlo, pero Zack no tenía razones para mentirle. Y además, había visto el resentimiento reflejado en los ojos de Emily como una prueba irrefutable de sus sentimientos.

Helen miró a Zack con dolor.

—Pero… ¿por qué?

Él evitó devolverle la mirada.

—Quizás debas hablar con Emily para que te lo explique.

—Estoy hablando contigo, Zack —lo interrumpió, rogándole con la mirada.

No había amargura en sus palabras, sólo la aceptación de sus errores; siempre creyó que Emily confiaría en ella, que le consultaría sobre cualquier problema que tuviera; pero su compromiso con Greg y esa última revelación acerca del porqué dejó la casa, demostraban que se había equivocado al juzgar la relación que tenía con su hija.

De pronto, Zack se puso de pie.

—Emily no ha sido desleal contigo.

—Lo sé —suspiró Helen, comprendiendo que debía aceptar que, a pesar de cuáles fueran sus sentimientos acerca de su breve matrimonio con Zack, Emily había creado un lazo emocional profundo y duradero con su padrastro.

Ese razonamiento de repente destacó, en contraste, la relación entre su padre y Emily. El anciano siempre había seguido un viejo proverbio: «A los niños hay que verlos, no oírlos», quizá porque tuvo una hija a edad muy avanzada. Con frecuencia reprendía a Helen por consentir demasiado a Emily. Nunca mostró el más ligero interés por sustituir la figura paterna en el corazón de su nieta, razón por la que a Emily le resultó tan fácil acercarse a Zack. ¿Por qué nunca se había dado cuenta de todos esos detalles?

Zack se encogió de hombros.

—Edward siempre ha dominado tu vida, Helen; y Emily estaba decidida a que no hiciera lo mismo con la suya. Te ha manejado —insistió cuando la enferma intentó protestar—. La única decisión

importante que tu padre no tomó por ti fue cuando te casaste conmigo. Yo tomé esa decisión por ambos —le recordó con aspereza.

¡Dios, la hacía parecer como una mujer sin carácter! Helen siempre se había considerado una persona independiente, que tomaba las decisiones, buenas o malas, que afectaban a su familia. Y quizá resolvía los problemas pequeños, pero Zack tenía razón: en todo lo demás, en los asuntos importantes, se inhibía mientras otro decidía qué camino seguir. Su padre la obligó a casarse con Ian, aunque ella presintió que cometería un grave error. Cuando su madre murió sin que nadie se lo esperara, su padre decidió que los recién casados siguieran viviendo con él. ¿Esa fue una de las razones por las que Ian nunca estaba en casa y empezó a beber?

Cuando Ian murió, su padre le aconsejó a Helen que no trabajara hasta que Emily empezara a ir al colegio; fue una decisión que la volvió completamente dependiente de él en términos económicos. Nunca le permitió olvidar ese hecho, ahora se daba cuenta, y su padre aceptó como un derecho que su hija le sirviera de ama de llaves. Cuando Emily cumplió cuatro años y empezó a ir al colegio, Helen consiguió un empleo que podía compaginar con el horario de la escuela y las vacaciones de su hija, pues su padre nunca se mostró dispuesto a cuidar a su nieta, ni siquiera unas horas al día. Además de su trabajo, Helen continuó cocinando y limpiando la casa para los tres.

Pero, ¿por qué nunca se había dado cuenta de algo tan obvio?

Por un sentimiento de culpabilidad, fue su respuesta inmediata. Había desilusionado a su padre al quedarse embarazada a los diecisiete años sin estar casada, según él mismo se lo aclaró. Así que pasó los siguientes dieciocho años de su vida tratando de que la perdonara por cometer esa locura.

Muchos padres recibían un fuerte impacto al saber que su hija adolescente estaba embarazada; pero una vez que desaparecía la reacción inicial, la mayoría de ellos se mostraban generosos y apoyaban cualquier decisión que tomaba la futura madre. Su padre no. Nunca le dejó olvidar la terrible equivocación que había cometido.

Sin embargo, no podía culparlo por ese comportamiento tiránico, reflexionó Helen; ella le permitió que la dominara y tenía tanta o más culpa que su padre. Él actuó por ignorancia; ella, por un arrepentimiento destructivo.

¡Y Emily huyó de la casa para escapar de los dos!

—Helen…

—Estoy bien, Zack —le sonrió con esfuerzo, pues la observaba ansioso—. Te agradezco que me hayas hecho darme cuenta de lo débil que he sido.

—¡Yo no he dicho eso, maldita sea! —explotó el médico, impaciente, entrecerrando los ojos.

—Pero lo he sido —afirmó Helen, frunciendo el ceño y comprendiendo que ya no podría seguir actuando de esa forma.

Había sido una cobarde la mayor parte de su vida; había estado a punto de perder a su hija por humillarse sin razón y ahora se enfrentaba al momento en el que debía impedir que eso continuara. Sus decisiones provocarían un total desequilibrio en la vida de los demás y en la suya. Empezó a dolerle la cabeza y apretó las manos por la tensión que sentía.

Zack siguió observándola.

—No debes estar tensa en este momento.

Helen le sonrió con aspereza.

—He evitado las tensiones casi siempre, durante años —sacudió la cabeza.

Su forma de actuar quizá parecía inclinarse por el camino más fácil, pero ahora que examinaba el pasado, se percataba de que sólo logró que muchas personas, incluyéndose ella, fueran desgraciadas.

—Dentro de unos cuantos días ya no te importará, ¿verdad? —inquirió Zack con gravedad—. El tiempo ayuda a olvidar. Y me ha dado la impresión de que tu padre no piensa hacerte más visitas —declaró con voz pausada—. Pero estoy seguro de que Emily volverá para disculparse por la escena de esta mañana —torció la boca.

Helen negó con la cabeza.

—No tiene por qué disculparse.

—La lástima que sientes por ti misma te sienta tan mal como haberte sentido mártir durante todos estos años —sentenció Zack, burlón.

Helen se ruborizó al notar su sarcasmo y sus ojos brillaron con ira.

—Tú…

—Quizá no debí salir de tu vida hace dos años —continuó, desafiándola—. Por lo menos, conmigo te desahogas.

Helen contuvo el aliento ante esa crueldad intencionada de Zack.

—Te dejé yo, ¿recuerdas? —le dijo con frialdad.

—Sí —asintió, pensativo, satisfecho de haberla sacado de su

destructiva autocompasión; también tenía razón con respecto a eso, ya que tal actitud era tan poco edificante como la de mártir—. Quizá los dos deberíamos discutir ese problema en profundidad.

Recordar la relación que Zack sostenía con la doctora que la había operado le impedía todo acercamiento a ese hombre.

—¡Lo único que quiero discutir contigo es nuestro divorcio! —declaró Helen con impaciencia.

—Ya te he dicho… —le advirtió el médico, apretando los dientes.

—No me importa lo que me hayas dicho, Zack —lo interrumpió—. No voy a perder otros tres años de mi vida casada contigo.

De repente, él se quedó inmóvil por la furia que sentía.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó en voz baja—. ¿Me mentiste respecto a que no había otro hombre en tu vida, Helen? ¿Acaso tienes a un sustituto en mente y por eso te empeñas en divorciarte en septiembre?

¿Por qué le irritaba la idea de que se comprometiera con otro hombre? ¿Acaso le parecía tan poco atractiva como mujer que no podía aceptar esa posibilidad?

Desde luego, no tenía a un sustituto, ni lo había tenido y, hasta ese momento, pensó que deseaba el divorcio por una decisión personal. Pero ahora ya no estaba tan segura. ¿Era una de tantas decisiones que alguien tomó en su lugar? Ya no podía afirmarlo y empezó a dudar de cada uno de sus actos.

—¿No tienes una cita para comer? —le recordó a Zack, con toda intención.

Él volvió a apretar los dientes.

—Estamos hablando de ti.

—No, tú estás hablando de mí —le corrigió Helen con dureza—. A mí me gustaría descansar un rato porque me siento agotada —sabía que ese cansancio se debía a que acababan de operarla, pero también a la crisis emocional que estaba sufriendo.

Zack pareció comprenderlo así y suspiró recriminándose.

—¿En qué demonios estoy pensando? —musitó, asqueado—. Si alguien hubiera entrado a perturbar a uno de mis pacientes de esta manera, le habría impedido volver a visitarlo.

Eso hubiera sido esperar demasiado, pues Zack era el cirujano jefe del hospital.

Pero en opinión de Helen, cuanto menos lo viera durante su estancia en el sanatorio, mucho mejor.

En especial si Zack planeaba besarla de ese modo cada vez que

se despedía.

No sospechó lo que él iba a hacer cuando atravesó la habitación con rapidez, se inclinó de pronto hacia ella y la besó. Helen correspondió a la caricia.

Alzó los brazos para rodearle el cuello, le metió los dedos entre el pelo y lo besó también.

Zack retrocedió después de haber logrado su objetivo.

—Descansa —le aconsejó, enfadado—. Yo hablaré con Emily para intentar resolver este problema de una vez por todas.

Si Helen no hablaba antes con su padre jamás lo conseguirían. Pero si realmente Emily huyó de su casa por esa razón, ya era hora de que hiciera algo al respecto, pensó con decisión.

Su padre no volvió al hospital mientras ella permaneció allí. Y, como Helen no tenía intención de prohibirle a Emily que se casara con Greg, no hizo el menor esfuerzo por ponerse en contacto con el anciano; no merecía la pena. De cualquier modo, necesitaba ese breve respiro para pensar las cosas con tranquilidad y, sobre todo, para decidir lo que le iba a decir.

Reconciliarse con Emily tranquilizó su conciencia y, por fortuna, su hija le facilitó las cosas con mucha generosidad. Cuando hablaron acerca de la relación con el anciano, Helen le prometió a su hija, sin saber lo que iba a suceder, que la situación cambiaría en el momento en que ella saliera del hospital. Ignoraba si su padre o ella se mudarían de casa, pero comprendió que había llegado la hora de que fuera independiente. Se sentía nerviosa respecto a eso, ahora se daba cuenta, ya que nunca había vivido sola.

Al finalizar la semana, como le había anunciado Olivia Mason, le dieron de alta y le permitieron regresar a casa. Un taxi la llevó a su hogar, y, con la intención de estar a solas cuando se enfrentara a su padre, Helen no le informó a nadie de que ese día saldría del hospital. Pero, sin duda, Zack lo averiguaría con rapidez y les informaría a Emily y a Greg de dónde se encontraba.

Su padre estaba sentado ante la mesa de la cocina, leyendo el periódico, cuando ella entró en la sala. Le pareció que lo veía por primera vez en su vida. ¿Siempre había tenido esa expresión seria e inflexible, esa mirada dura, esas arrugas que rodeaban su nariz y sus labios, esa boca delgada, que no sonreía al observar a su única hija? Helen frunció el ceño tratando de recordar la última vez que lo había visto sonreír, sin conseguirlo.

—Así que ya has vuelto, ¿eh? —preguntó, sin hacer ningún esfuerzo por ponerse de pie y ayudarla, aun cuando la expresión de

su rostro debió indicarle que se sentía exhausta por haber salido del hospital y trasladarse a su casa, sola.

¿Desde cuándo era tan inflexible, tan poco generoso? ¿O siempre fue así y sólo ahora notaba tales defectos en su padre? Pero el hecho de ser su padre no le daba al anciano derechos de propiedad sobre lo que ella sentía, ni sobre sus emociones; esa clase de lealtad debía ganarse, de la misma manera en que Zack lo hizo durante el breve tiempo en que actuó como padrastro de Emily. Se debe dar amor para recibirlo y Helen acababa de comprender que su padre nunca había practicado ese principio de reciprocidad.

Como si hubiera adivinado que su hija estaba pensando en Zack, el anciano miró hacia el vestíbulo.

—¿Dónde está Neilson? —se burló.

Helen se balanceó un poco sobre los pies, y caminó para sentarse en la silla que había enfrente de su padre. Avanzó con precaución, debido al largo tiempo que había pasado inmóvil después de la operación.

—No tengo la menor idea —anunció, sin prestar atención.

Su padre torció la boca.

—¿Ya se ha vuelto a cansar de ti?

—Creo que sería mejor para todos que te fueras a vivir a otro sitio —farfulló lo que pensaba expresar poco a poco, durante el curso de la conversación, porque la había herido con su sarcasmo.

Zack continuó visitándola los días que pasó en el hospital, pero no volvió a besarla y Helen siempre se preguntaba si después de despedirse de ella se reunía con Olivia Mason.

Su padre se tambaleó como si lo hubiera golpeado.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Helen? ¿Has perdido el juicio? —la contempló, incrédulo.

—No —suspiró ella, arrepintiéndose de su rudeza; pero, tal vez era la única manera de tratarlo, después de todo. Quizá hubiera cambiado de opinión si tardaba más en decírselo—. Lo he meditado y me parece una buena solución —prosiguió, ya sin miedo—. Mientras he estado en el hospital, has demostrado que eres capaz de cuidarte sin mi ayuda —la casa estaba tan limpia y ordenada como cuando ella se ocupaba de todo y parecía obvio que se había alimentado bien, pues daba la impresión de estar tan saludable como de costumbre; de hecho, un poco más—. Si llega el momento en que ya no puedas hacerlo, volveremos a hablar del asunto y a pensar en qué hacer —añadió con energía—. Pero hasta que eso suceda...

—¡Me estás echando! —los ojos del anciano brillaron con ira, acusándola.

—Estoy sugiriendo que sería preferible que vivieras en tu propia casa —

mantuvo el tono bajo, pero en realidad se sentía muy nerviosa. No podía recordar haberse enfrentado antes a su padre, pero ya era hora de que lo hiciera.

—¿No te importa qué esté enfermo del corazón?

—Sí le importa —comentó una voz a espaldas de ambos y, cuando Helen se volvió, vio a Zack parado en la puerta de la cocina —. La puerta estaba abierta y oí que hablaban —explicó el médico con naturalidad para justificar su intromisión.

Y Helen comprendió, por la censura de la mirada de Zack, que le exigía una justificación por haber abandonado el hospital esa mañana sin informárselo.

Seguramente, Olivia se lo contó, como ella había previsto. Helen se puso a la defensiva, tensa, al recordar a la otra mujer y el lugar que ocupaba en la vida de Zack. Se volvió cuando se dio cuenta de que el cirujano fruncía el ceño al descubrir que ella lo miraba con resentimiento.

—¡Usted! —su padre lo atacó, furioso—. ¡Debí suponer que estaba detrás de todo esto! No ha causado más que problemas en nuestras vidas desde el principio.

—Soy yo quien quiere que te vayas—le informó Helen con firmeza.

—Por culpa de él —acusó su padre—. ¿No te acuerdas de lo que sufriste cuando estuviste casada con ese tipo ¿No tienes orgullo, Helen? —agregó con desprecio—. ¿O ya no te importa que tenga amantes al mismo tiempo que tiene esposa?

—Escuche...

—Aunque ya no sea la misma, habrá otras, te lo aseguro —su padre ni siquiera le prestó atención a la interrupción de Zack—. Está acostumbrado a actuar así. Y tú jamás sabrás, cada vez que llegue tarde a casa, si estuvo con tu rival o estuvo trabajando, como te jurará. Usted...

—¡Basta! —la voz furiosa de Zack calló al anciano, más que la orden que recibió. Los ojos castaños brillaron con intensidad—. Es usted un viejo cruel y malvado, Edward —gritó sin poder controlarse—. Pudo obtener el amor y la lealtad de Helen, sin necesidad de manipularla y atormentarla de esta manera valiéndose de cualquier cosa para lograr lo que se proponía, aunque no fuera lo

mejor para su hija.

Ni siquiera lo avergonzó chantajearla con su enfermedad cardiaca para someterla a sus caprichos de viejo terco y consentido.

—¡Estoy enfermo del corazón! —replicó el anciano.

—No digo que no lo esté. No creo que se le hubiera ocurrido inventarse esa enfermedad para salirse con la suya —repuso Zack, asqueado—. De cualquier manera, conozco su estado y su enfermedad se controla con medicinas. Hay miles de personas en la misma situación que usted que llevan una vida normal y útil; así que no veo la razón por la que no pueda usted hacer lo mismo. Helen se viene ahora mismo conmigo —su mirada firme la silenció cuando iba a protestar—. Procuraré que se traslade a un apartamento, Edward, donde haya un conserje que se encargue de...

—¡No me mudaré a uno de esos lugares! —gritó el padre de Helen.

Zack se encogió de hombros.

—Allí o a una residencia de ancianos. Elija, Edward —le propuso, con frialdad —. Lo llamaré mañana para que me informe qué decisión ha tomado.

Agarró con fuerza a Helen del brazo y la sacó de la cocina; atravesaron el vestíbulo y él cogió la maleta que ella había llevado del hospital, para después salir.

Helen respiró el aire fresco. Tuvo miedo de ese enfrentamiento con su padre y había resultado tan horrible como lo había imaginado.

—¿Crees que estará bien? ¿No le pasará nada? —gimió.

La expresión de Zack se dulcificó ante esa preocupación.

—Te garantizo que en menos de dos meses de haberse mudado será el amo del complejo residencial.

Helen lo pensó durante unos momentos y luego se dio cuenta de que Zack tenía razón. Su padre no se quedaría inactivo por mucho tiempo. La tranquilizó esa seguridad.

—Y ahora... —Zack la condujo hacia el coche que estaba aparcado cerca de la casa—, creo que ya es hora de que nosotros dos hablemos, ¿no te parece?

Frunció el ceño cuando él, con mucha firmeza, hizo que se sentara en el coche.

—¿De qué? —preguntó.

Él levantó una ceja.

—Me parece que podemos empezar con el tema de mi amante. Lo juzgo tan bueno como cualquier otro.

Helen se angustió; había visto lo furioso que se había puesto cuando su padre mencionó a la otra mujer.

—Oliva Mason —suspiró, resignada.

—¡Es más que necesario que hablemos! —refunfuñó Zack, antes de sentarse al lado de su mujer.

Capítulo 10

Sin embargo, no hablaron durante el trayecto a casa de Zack, y cuando llegaron a su destino, él insistió en que Helen se instalara en el salón, recostándola en el sofá.

Pidió que les llevaran café, antes de hablar otra vez de Olivia.

—¿Quién te habló de Olivia? —la interrogó Zack, entrecerrando los ojos.

Ella se encogió de hombros.

—Tu madre. Estaba preocupada por ti, Zack —se apresuró a decir al ver que la expresión del médico se ensombrecía, sin pronosticar nada bueno—. La tranquilizó que tú parecieras olvidarte de Olivia y decidieras casarte conmigo. No pensó que me hacía daño hablándome de ese asunto —concluyó Helen con voz débil.

—¿Y te hizo daño? —Zack frunció el ceño—. Sí, puedo ver que sí —suspiró él.

Helen no encontró fuerzas para responder—. Quiero que sepas que el día del entierro de mi madre, no deseé que otra mujer ocupara tu lugar—la miró fijamente mientras hablaba—. ¿Me crees? —preguntó por fin.

¡Helen estaba pasmada! ¡Si pudiera ser verdad!

—Pero… pero… —quiso agregar algo.

Zack le cogió las manos.

—¿Me crees, Helen?

Ella lo miró interrogándole, y deseó con ansiedad confiar en él. ¡Necesitaba tanto creerle, tener algo en que basar sus esperanzas!

—No, no puedo —movió la cabeza—. Porque todo lo que digas ahora ya no tiene importancia —apartó sus manos de las de él y las unió con fuerza—. Hicimos el amor y después dejaste que me fuera.

—Lloraste la noche que nos amamos —le recordó con aspereza.

Helen contempló a Zack, azorada.

—¿Qué?

—Yo lloré antes de hacerte el amor. Pero tú lloraste después. Eso me pareció significativo, ¿a ti no? —gimió Zack.

Desde luego que ella lloró; fue la experiencia más maravillosa, hermosa y emotiva de su existencia.

—¿Zack…? —Helen frunció el ceño—. Me fui porque teníamos un trato y con la muerte de Bárbara terminó.

—Y también estaba Olivia —añadió él.

Sí, también estaba Olivia. Helen sintió que las esperanzas que

había abrigado con respecto a Zack se desvanecían al oír nombrar a la otra mujer.

—Sí, también estaba Olivia —aceptó, derrotada.

—Ahí surge el problema, porque no estaba —le confesó, frustrado—. Y no estaba desde hacía algún tiempo. Creímos estar enamorados y que el destino se oponía a nuestra felicidad, pues Olivia estaba casada con un inválido. Pero a medida que pasaron los años y ninguno de los dos intentó cambiar la situación, nos dimos cuenta de que sólo estábamos llenando ciertas necesidades emotivas. Las de Olivia, por la clase de matrimonio que vivía y las mías, porque no tenía tiempo, ni ganas, de mantener una relación sentimental que tal vez exigiría mucho de mí, en un momento de mi carrera que era de gran importancia para mi. Eso no ha variado —sonrió—.

Pero entonces trataba de establecerme. Y no hubiera sido justo que le ofreciera a una mujer la clase de vida que llevaba, días y noches de soledad, mientras que Olivia formaba parte de mi trabajo, entendía sus exigencias... Los dos nos ofrecimos comprensión y apoyo mutuo; nada más.

Helen movió la cabeza, incrédula.

—Os he visto juntos, he captado el profundo respeto y el amor...

—De dos colegas —la interrumpió Zack, impaciente—. Nunca ha habido nada más. Helen, el marido de Olivia murió hace un año —confirmó cuando ella contuvo el aliento—. Pero ese hecho no cambió nuestra relación.

—Porque seguías casado conmigo —gimoteó Helen.

—Y no tengo ninguna prisa por romper este matrimonio —le señaló con seriedad—. No amo a Olivia, Helen. Y ella tampoco me ama. Sólo sentimos un afecto de hermanos.

—Pero...

—Y además, le has caído muy bien ya que aprueba que no te dejes dominar por mí —torció la boca con picardía—. Helen, Olivia conoció hace unos meses a alguien de quien se enamoró. Se van a casar dentro de tres semanas. Yo seré uno de los testigos.

Helen estudió la belleza morena del rostro que la miraba, y trató de encontrar una expresión de nostalgia por haber perdido a la otra mujer, después de tantos años de haberla esperado.

—No encontrarás tristeza en mí —afirmó Zack, al suponer los pensamientos de Helen, y le sonrió con dulzura—. ¿Quieres saber cuándo comprendí que lo que sentía por Olivia no era la clase de amor que une a un hombre y a una mujer durante toda la vida?

Helen se estremeció al oír su pregunta y se mojó los labios con la punta de la lengua.

—El día en que le hice el amor a la mujer que me había inspirado una gran pasión —le confió con voz ronca y ella no respondió.

Helen tragó saliva, segura de que no podía equivocarse al interpretar la emoción reflejada en esos ojos oscuros, que la miraban con una nueva intensidad.

—¿Soy yo? —preguntó con incredulidad.

Zack asintió y luego suspiró.

—Te herí demasiado al casarme contigo de la forma en que lo hice, al forzar una situación que no te agradó y al utilizar el chantaje para conseguir lo que quería —

sacudió la cabeza—. Cuando nos casamos, me di cuenta de que mi madre te quería por tus cualidades y mil razones más. Y para ese entonces, ya no podía hacer nada para redimirme ante tus ojos.

Zack la amaba. La amaba ahora y la había amado desde hacía dos años.

Él bajó la cabeza.

—Me desprecié a mí mismo por haberme aprovechado de una situación emotiva cuando mi madre murió —confesó con voz ronca —. ¡Dios, cómo lloraste! —

se puso de pie de pronto para caminar por el salón—. Jamás olvidaré cuánto lloraste.

Ese recuerdo me ha perseguido durante los últimos dos años.

—¡Zack! —Helen le tendió una mano, pero él no la vio, pues seguía perdido en sus reflexiones.

Él movió la cabeza y luego apretó la mandíbula.

—Quiero mucho a Emily, siempre me alegra verla, pero cada vez que viene a casa me causa una terrible perturbación porque se parece a ti.

—¿Se parece a mí? —inquirió Helen.

Esa hermosa criatura que siempre la había fascinado y que todavía no podía creer que fuera su hija, ¿se parecía a ella?

Zack la contempló con un suave reproche en la mirada.

—Nunca has sido capaz de valorar tus méritos, Helen; yo siempre he deseado que fueras consciente de ellos.

Helen comprendió que todo lo que ella era o todo lo que podía ser, podía descubrirlo al lado de ese hombre que le había confesado su amor.

—Lo haré, Zack —le sostuvo la mirada y se levantó con lentitud

—. Contigo a mi lado descubriré qué clase de persona soy —se acercó a él y lo miró fijamente—.

Lloré ese día porque nuestra experiencia sexual fue muy hermosa, Zack —le confesó, conmovida—. Y la próxima vez que hagamos el amor, quizá vuelva a llorar, por la misma razón.

Zack pareció inquietarse, sin embargo, permaneció inmóvil.

—¿La próxima vez? —repitió, titubeando.

—La próxima vez —asintió, sintiéndose confiada al ver el efecto que su cercanía causaba en ese hombre y el amor que expresaban sus ojos—. Te amo, Zack —susurró, sin ningún temor.

—¡Oh, Dios, Helen! —gimió Zack, mientras sus brazos la apretaban contra él—.

Yo también te amo, amor mío. ¡Te amo tanto! ¿Desde cuándo...?

—Desde poco después de que nos casáramos —le sonrió con alegría, al contestar a la pregunta de todos los amantes—. No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que tenías todas las cualidades por las que tu madre te adoraba —había lágrimas de felicidad en sus ojos.

—¡Dos años! —gritó—. ¡Maldición, hemos perdido dos años! —musitó luego contra la suavidad de la garganta de Helen.

—Pues no perdamos más tiempo, Zack —le propuso su mujer.

El levantó la cabeza con lentitud para mirarla, captando la ansiedad de su expresión.

—Acabas de salir del hospital —le recordó, reacio; sin embargo, el brillo de sus ojos denunciaba que deseaba hacer el amor igual que ella.

—Ya encontraremos la manera, Zack —le prometió Helen, cariñosa.

Los ojos del médico adquirieron un color casi negro al cogerla en brazos.

—Trataré de amarte con suavidad, pero no será fácil —añadió con picardía, burlándose de sí mismo.

—Te dije que no necesitaríamos tres meses enteros —murmuró una voz desde la puerta.

—Y justo cuando empezaba a acostumbrarme a este anillo —comentó otra voz, con enfado.

Helen se volvió, en los brazos de Zack; vio que su hija y Greg entraban en el salón. El rubor tiñó sus mejillas al comprender que debían haber oído la conversación que Zack y ella acababan de sostener, sobre todo, la parte más íntima.

Greg le dio una palmada en la espalda a su padre, de buen

humor.

—Ya era hora de que recuperaras la cordura y te dieras cuenta del error que cometiste al permitir que Helen se fuera.

Zack miró a su hijo y entrecerró los ojos. Todavía mantenía a Helen en sus brazos, aunque ella luchaba para que la bajara.

—¿Y a qué os referíais vosotros dos con los comentarios que habéis hecho hace unos segundos? —preguntó con lentitud.

Greg sonrió, sin avergonzarse.

—Emily y yo planeamos esta estrategia para que, antes de iniciar el divorcio, os reconciliarais —se encogió de hombros, orgulloso por el éxito de su astucia.

—¡Fingisteis comprometeros! —exclamó Helen, incrédula, mientras Zack la dejaba en el suelo; le costó un gran esfuerzo aceptar que se trataba de una

«estrategia». Sin embargo, después del anuncio que se publicó en el periódico, Zack y ella empezaron a hablarse otra vez.

Observó a Emily con mirada acusadora; jamás se le ocurrió pensar que su hija fuera capaz de engañarla de esa forma.

—Oh, mamá, lo hicimos con la mejor intención —le aseguró, acercándose para abrazarla—. Y sólo porque estábamos seguros de que os amáis y de que vuestra obstinación de seguir con el divorcio os llevaría a negar lo que sentís el uno por el otro. Y ha dado resultado, ¿verdad? —la deslumbró con su radiante sonrisa—. Tú y Zack ya no os divorciaréis, ¿eh? —afirmó feliz.

—Desde luego que no —replicó Zack, abrazando a Helen por la cintura—. Y vosotros dos tampoco os casaréis, ¿eh?

Emily contempló con cierta nostalgia el anillo de compromiso, con el diamante y las esmeraldas, que brillaba en su dedo anular.

—Merece la pena casarse por conservar este anillo.

—Gracias —Greg hizo un gesto, en broma—. Yo no me casaría por un anillo.

—Pero yo...

—¿Por qué no os vais y lo discutís en otro lado? —sugirió Zack, impaciente—.

Helen y yo estábamos en mitad de un importante proyecto cuando nos habéis interrumpido —dijo, con voz ronca.

—Es cierto —sonrió Emily con picardía, burlándose de la falta de delicadeza de Greg y ella ahora que habían logrado su objetivo. Cogió del brazo a su hermanastro y le propuso—. Anda, amor mío —se rió con desvergüenza—, vamos a discutir lo del anillo de compromiso a otro lado.

Helen, todavía sorprendida por lo ocurrido, lo cual no se podía creer, suspiró:

—¿Idearon todo el enredo del compromiso sólo para que nos reconciliáramos?

—inquirió, azorada.

—Y ha dado resultado —Zack repitió las palabras de Emily al volverse para abrazar a Helen y apretarla contra su cuerpo—. No nos preocupemos por la forma en que sucedió; ya nos encargaremos de nuestros hijos más tarde. Mucho más tarde —

añadió con suavidad—. Por el momento, agradezcamos que estamos juntos de nuevo. Además, creo que después de todo no me extrañaría que el plan de los chicos los hubiera acercado aún más —murmuró con tranquilidad.

Helen parpadeó y luego frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, azorada.

Zack le sonrió.

—Esos dos se comprenden. Quizá todavía no se den cuenta, hasta que pase cierto tiempo, pero tengo el presentimiento de que han anunciado un compromiso matrimonial que algún día se llevará a cabo.

Helen pensó en el afecto que existía entre los adolescentes, en su relación amistosa. Pero de vez en cuando, como durante la fiesta de cumpleaños de Emily, también había captado el brillo de algo más profundo en los ojos de ambos. Zack tenía razón.

—Me alegra que decidieran interferir en nuestras vidas —continuó Zack, en broma—. Pero no quiero que se acostumbren a hacerlo, en especial si no van a respetar nuestra intimidad. Sin embargo, ya he pensado en una maravillosa manera de darles una lección por habernos interrumpido hoy —susurró.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo contempló con mirada soñadora.

—¿Cuál?

—Les podríamos dar un hermanito o una hermanita para que lo cuiden cuando nosotros vayamos al cine —contestó Zack, divertido.

Un hijo. De Zack y de ella.

—Oh, ¡sí, Zack! —exclamó Helen, quien sonrió feliz al imaginar la posibilidad de tener un hijo de ese hombre—. Sí, hagámoslo.

Él se rió volviendo a cogerla en brazos, luego atravesó el cuarto con pasos firmes para dirigirse a la puerta.

—Zack —musitó Helen, con inquietud—. El sábado pasado, cuando me quedé aquí porque estaba... mareada, ¿hicimos el amor?

—preguntó, frunciendo el ceño.

Zack la miró con adoración.

—¿Lloraste?

No, estaba segura de que no lloró, igual que ahora lo estaba de que no se habían amado.

—Entonces, ¿por qué...?

—Me gusta discutir contigo, Helen. ¡Hasta eso me parece divertido! —la interrumpió Zack, contento.

Helen se sentía excitada, llena de vida.

—Llévame a tu dormitorio y hazme llorar, Zack —expresó apasionada.

—¡Vaya sugerencia! —bromeó él, riéndose.

Sin embargo, Zack la obedeció.

Y Helen lloró, como predijo, pero esta vez de felicidad.

Fin